

**Estudio Expositivo del
Evangelio según Juan**



Transformados en Cristo

Juan 13–21

Warren W. Wiersbe

Transformados en Cristo

**Estudio expositivo del
Evangelio Según Juan
Capítulos 13—21**

Warren W. Wiersbe

Editorial Bautista Independiente

Transformados en Cristo fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Transformed**.

© 1986
SP Publications, Inc.
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial, ya sea fotocopiada, electrónica o por otros medios, sin la previa autorización escrita de la Editorial Bautista Independiente.

© 2008

WW-516
ISBN 1-932607-21-8

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard
Sebring, Florida 33870

Printed in USA

**Este libro es para
Bob y Gertrude Spradling
amigos selectos
con quienes es una dicha estar**

Índice

Prefacio	v
Bosquejo	vi

Capítulo	Página
1. El Siervo soberano (Juan 13:1-35)	1
2. Problemas del corazón (Juan 3:36-14:31)	17
3. Relaciones... y responsabilidades (Juan 15:1-17).....	33
4. El ministerio del Espíritu (Juan 15:18-16:16)	46
5. ¡Que haya gozo! (Juan 16:16-33)	59
6. La oración del Vencedor (Juan 17).....	70
7. La culpa y la gracia en el huerto (Juan 18:1-27).....	85
8. “Padeció bajo Poncio Pilato” (Juan 18:28-19:16).....	98
9. “Y muerte de cruz” (Juan 19:17-42)	113
10. El amanecer de un nuevo día (Juan 20:1-18).....	127
11. El poder de su resurrección (Juan 20:19-31)	140
12. Transformado para servir (Juan 21)	153

Prefacio

Este libro es un volumen compañero de ¡Vivos en Cristo!, estudio de Juan 1—12.

El tema básico del Evangelio de Juan es que Jesucristo de Nazaret es el mismo Hijo de Dios, y que todos los que creen en él reciben vida eterna (20:30-31). El tema de Juan es la deidad de Cristo. El objetivo de Juan es conducir a las personas a la vida: vida eterna, vida abundante, que sólo Cristo puede dar. Juan es a la vez teólogo y evangelista.

Los primeros doce capítulos enfocan el ministerio público de nuestro Señor, especialmente las señales (milagros) que Jesús realizó y los mensajes que surgieron de algunos de ellos. Como podrás ver en el bosquejo sugerido, el clímax de su ministerio público fue el rechazo oficial de parte de los dirigentes religiosos de Israel.

En los capítulos 13—21 Juan presenta, en su mayor parte, el ministerio privado de Cristo a sus discípulos. Lo estaba preparando para su servicio futuro cuando el Espíritu Santo vendría para darles poder. Me parece que lo que los discípulos experimentaron durante esos días transformó por completo sus vidas; y de allí el título de este libro: Transformados en Cristo.

Si todavía no has estudiado Juan 1—12, sugiero que repases esos capítulos con el bosquejo a la vista, para que puedas familiarizarte con el desarrollo del libro.

Warren W. Wiersbe

Bosquejo sugerido del Evangelio de Juan

Tema Central: Jesús es el Cristo; ¡cree y vive!

Versículo clave: Juan 20:31

Prólogo 1:1-14

I. Oportunidad - 1:15–6:71

“Aún no ha venido mi hora” (2:4)

Se presentó a:

A. Sus discípulos 1:19–2:12

B. Los judíos 2:13–3:36

C. Los samaritanos 4:1-54

D. Los dirigentes judíos 5:1-47

E. Las multitudes 6:1-71

Crisis #1 – “Ya no andaban con él” (6:66-71)

II. Oposición - Capítulos 7–12

“Aún no había llegado su hora” (7:30)

Hay conflicto con los dirigentes judíos por causa de:

A. Moisés 7:1–8:11

B. Abraham 8:12-59

C. La Identidad del Mesías 9:1–10:42

D. Su poder milagroso 11:1–12:36

Crisis #2 – “No querían creer en él” (12:37-50)

III. Resultado - Capítulos 13–21

“Su hora había llegado” (13:1; 17:1)

A. La fe de los discípulos 13–17

B. La incredulidad de los judíos 18–19

Crisis #3 – “Le crucificaron” (19:13-22)

C. La victoria de Cristo. 20–21

El Siervo soberano

Juan 13:1-35

Tres veces durante mi ministerio he predicado *sermones de despedida* a congregaciones en las que he servido, y no es cosa fácil hacerlo. Tal vez no haya logrado el éxito que esperaba, pero mi propósito siempre fue prepararlas para el futuro. Esto incluía advertencias tanto como instrucciones. Ellos llamarían a un nuevo pastor y entrarían en una nueva fase de ministerio, y yo quería que estuvieran preparados lo mejor posible.

Juan 13–17 es el *mensaje de despedida* de nuestro Señor a sus amados discípulos y culmina con su oración de intercesión por ellos y por nosotros. Otros mensajes de despedida en la Biblia fueron dados por Moisés (Deuteronomio 31–33), Josué (Josué 23–24), y Pablo (Hechos 20). Sin embargo, Jesús añadió una sección de acción significativa a su mensaje cuando les lavó los pies a sus discípulos. Fue una lección objetiva que ellos nunca olvidarían.

2 Transformados en Cristo

En este pasaje vemos a nuestro Señor en una relación cuádruple: con su Padre celestial (Juan 13:1-5), con Simón Pedro (Juan 13:6-11), con todos los discípulos (Juan 13:12-17) y con Judas (Juan 13:18-35). En cada una de esas secciones del Evangelio de Juan descubrirás un mensaje especial, una verdad espiritual que te ayudará en la vida cristiana.

1. Humildad: Jesús y el Padre (Juan 13:1-5)

Jesús había entrado en Jerusalén el día domingo, y el lunes había limpiado el templo. El martes fue un día de conflicto cuando los dirigentes religiosos trataban de ponerle trampa, queriendo encontrar evidencia para apresararlo. Estos eventos se relatan en Mateo 21–25. El miércoles probablemente fue un día de descanso, pero el jueves Jesús se reunió en el aposento alto con los discípulos para observar la Pascua.

El énfasis de Juan 13:1-3 es *lo que nuestro Señor sabía*, y en Juan 13:4,5 es *lo que nuestro Señor hizo*.

Jesús sabía que “su hora había llegado”. Juan, más que cualquier de los otros escritores de los evangelios, recalcó el hecho de que Jesús vivía según un “calendario divino” al cumplir la voluntad de su Padre. Nota el desarrollo de este tema:

2:4 - “Aún no ha venido mi hora”.

7:30 - “...aún no había llegado su hora”.

8:20 - “...aún no había llegado su hora”.

12:23 - “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado”.

13:1 - “...sabiendo Jesús que su hora había llegado”.

17:1 - “Padre, la hora ha llegado”.

¿Cuál era esta “hora” divinamente determinada? Era la hora cuando Cristo sería glorificado por su muerte,

resurrección y ascensión. Desde el punto de vista humano esto significaba sufrimiento, pero desde el punto de vista divino significaba gloria. Pronto dejaría este mundo y volvería al Padre quien le envió, habiendo terminado su obra en la tierra (Juan 17:4). Cuando el siervo de Dios está en la voluntad de Dios es inmortal hasta que termine su obra. No podían apresar a Jesús, y mucho menos matarlo, sino cuando la hora precisa había llegado.

Jesús también sabía que Judas le traicionaría. En el Evangelio de Juan se menciona a Judas ocho veces, más que en cualquier de los otros evangelios. Satanás había entrado en Judas (Lucas 22:3), y ahora le daría el pensamiento necesario para realizar el arresto y crucifixión del Hijo de Dios. La palabra que se traduce poner en Juan 13:2 literalmente significa *arrojar, lanzar*. Nos recuerda los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16). Judas no era creyente (Juan 6:64-71), así que no tenía el “escudo de la fe” para defenderse contra los ataques de Satanás.

Finalmente, Jesús sabía que el Padre le había dado todas las cosas (Juan 13:3). Esta afirmación es paralela a Juan 3:35, y también nos recuerda Mateo 11:27. Incluso en su humillación nuestro Señor había recibido todas las cosas de la mano de su Padre. Era pobre y sin embargo era rico. Debido a que Jesús sabía quién era, y adónde iba, era dueño completo de la situación. Tú y yo como creyentes sabemos que hemos nacido de Dios, y que un día iremos a Dios, y que en Cristo tenemos todas las cosas; por consiguiente, deberíamos seguir el ejemplo de nuestro Señor y servir a los demás.

Lo que Jesús sabía ayudó a determinar *lo que él hizo* (Juan 13:4,5). Los discípulos deben haberse quedado estupefactos al ver a su Maestro levantarse de la mesa, quitarse su túnica exterior, ponerse una toalla a la cintura,

4 Transformados en Cristo

tomar una vasija con agua y ponerse a lavarles los pies. Los criados judíos no les lavaban los pies a sus amos, aunque esclavos gentiles lo hacían a veces. Era una tarea servil, ¡y Jesús lo hizo! Como demostración especial de afecto, el dueño o la dueña de casa en ocasiones le lavaba los pies a algún invitado, pero no era el procedimiento normal en la mayoría de las casas.

Jesús sabía que había un espíritu de competencia en los corazones de los discípulos. De hecho, en pocos minutos ellos discutían acerca de cuál de ellos sería el mayor (Lucas 22:24-30). Jesús les dio una lección inolvidable de humildad, y mediante sus acciones reprendió el egoísmo y orgullo de ellos. Mientras más piensa uno en la escena, más profunda se hace. Es por cierto una ilustración de lo que Pablo escribiría años más tarde en Filipenses 2:1-16. Pedro debe haber recordado este evento cuando escribió su primera epístola e instó a sus lectores “revestíos de humildad” (1 Pedro 5:5).

Muy a menudo confundimos ser “pobres en espíritu” (Mateo 5:3) con *tener un espíritu pobre*, y la verdadera humildad con la timidez y la inferioridad. Al gran literato británico Samuel Johnson una vez le pidieron que preparara un sermón funeral para una niña, y él preguntó cuáles fueron sus virtudes especiales. Le dijeron que ella siempre fue amable con sus inferiores. Johnson replicó que eso era digno de elogio, pero que sería difícil determinar quiénes eran sus inferiores.

El Padre había puesto todas las cosas en las manos del Hijo, *¡sin embargo Jesús tomó una toalla y una vasija!* Su humildad no brotaba de la pobreza, sino de las riquezas. Era rico, y sin embargo se hizo pobre (2 Corintios 8:9). Un proverbio malayo dice: “Mientras más llena esté la espiga de trigo más se inclina”.

Es asombroso cómo el Evangelio de Juan revela la humildad de nuestro Señor a la vez que magnifica su deidad. “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo” (Juan 5:19,30). “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad” (Juan 6:38). “Pero yo no busco mi gloria” (Juan 8:50). “La palabra que habéis oído no es mía” (Juan 14:24). Su expresión máxima de humildad fue su muerte en la cruz.

Jesús era el Soberano, sin embargo tomó el lugar de sirviente. Tenía todas las cosas en sus manos, sin embargo tomó una toalla. Era el Señor y Maestro, sin embargo sirvió a sus seguidores. Bien se ha dicho que la humildad no es pensar menos de uno mismo; es simplemente no pensar en uno mismo. La verdadera humildad brota de nuestra relación con el Padre. Si nuestro deseo es conocer y hacer la voluntad del Padre de modo de glorificar su nombre, entonces tendremos el gozo de seguir el ejemplo de Cristo y de servir a los demás.

Nosotros hoy, tal como los discípulos esa noche, necesitamos desesperadamente esta lección sobre la humildad. La iglesia cristiana está llena de un espíritu mundano de competencia y críticas, y los creyentes se miran unos a otros para ver quién es el mayor. Crecemos en conocimiento, pero no en gracia (ve 2 Pedro 3:18). “La humildad es el único terreno en el cual la gracia echa raíces”, escribió Andrés Murray. “La falta de humildad es suficiente explicación para todo defecto y fracaso”.

Jesús sirvió a sus discípulos a causa de su humildad y su amor. Contrasta Juan 13:1 con 1:11 y 3:16: “A lo suyo [su mundo] vino, y los suyos [su pueblo] no le recibieron”. “Porque de tal manera amó Dios al mundo”. En el aposento alto Jesús ministró en amor a sus discípulos, y ellos recibieron lo que él tenía para decirles. El texto griego dice: “Los amó a lo máximo”. ¡Y todavía ama a los suyos!

6 Transformados en Cristo

2. Santidad: Jesús y Pedro (Juan 13:6-11)

Al ver Pedro al Señor lavándoles los pies a sus amigos, se preocupó más y más y no pudo comprender lo que Jesús estaba haciendo. Al leer la vida de Cristo en los evangelios uno no puede dejar de notar cómo Pedro con frecuencia hablaba sin pensarlo, en ignorancia, y Jesús tuvo que corregirlo. Pedro se opuso a que Jesús fuera a la cruz (Mateo 16:21-23), y trató de manejar los asuntos del Señor en la transfiguración (Mateo 17:1-8). Expresó la fe de los discípulos (Juan 6:66-71), sin darse cuenta de que uno de ellos era un traidor.

La palabra que se traduce lavar en Juan 13:5,6,8,12 y 14 es *nipto*, que quiere decir *lavar una parte del cuerpo*. Pero la palabra que se traduce “lavado” en Juan 13:10 es *louo*, y quiere decir *bañado por completo*. La distinción es importante, porque Jesús estaba tratando de enseñarles a sus discípulos la importancia de un andar santo.

Cuando el pecador confía en el Salvador, es *bañado completamente* y sus pecados son limpiados y perdonados (ve 1 Corintios 6:9-11; Tito 3:3-7; y Apocalipsis 1:5). “Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:17). No obstante, mientras el creyente anda en el mundo es fácil que se ensucie. No necesita bañarse de nuevo por completo; simplemente necesita que la contaminación sea limpiada. Dios promete limpiarnos cuando le confesamos nuestros pecados (1 Juan 1:9).

Pero, ¿por qué es tan importante que tengamos nuestros pies limpios? Porque si nos ensuciamos, no podemos tener comunión con nuestro Señor. “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Juan 13:8). La palabra que se traduce “parte” es *meros*, y lleva el significado de *participación*. Cuando Dios nos baña completamente en la salvación, produce nuestra *unión* con Cristo; y esa es

una relación personal definitiva que no puede cambiar. (El verbo *lavar* en Juan 13:10 está en el tiempo gramatical llamado participio pasado. Es algo establecido de una vez por todas.) Sin embargo, nuestra *comunión* con Cristo depende de que nos conservemos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27). Si permitimos en nuestras vidas algún pecado no confesado, estorbamos nuestro andar con el Señor; y allí es cuando necesitamos que nuestros pies se laven.

Esta verdad básica de la vida cristiana queda ilustrada hermosamente en el sacerdocio del Antiguo Testamento. Cuando se consagraba al sacerdote, se le bañaba (Exodo 29:4), y esa experiencia no se repetía nunca. Sin embargo, durante su ministerio diario se ensuciaba; así que era necesario que se lavara las manos y los pies en la fuente de bronce que había en el atrio (Exodo 30:18-21). Sólo después de hacerlo podía entrar al lugar santísimo para encender las lámparas, comer del pan santo o quemar incienso.

El Señor nos limpia por la sangre de Cristo, o sea, su obra en la cruz (1 Juan 1:5-10), y por la aplicación de su palabra a nuestras vidas (Salmo 119:9; Juan 15:3; Efesios 5:25,26). El *agua de la palabra* puede mantener nuestros corazones y nuestras mentes limpios para evitar la contaminación de este mundo. Pero si pecamos, tenemos un Abogado amante en la gloria que oírás nuestras oraciones de confesión y nos perdonará (1 Juan 2:1,2).

Pedro no comprendió lo que el Señor estaba haciendo; pero en lugar de esperar una explicación, impulsivamente trató de decirle al Señor lo que éste debía hacer. Hay un doble negativo fuerte en Juan 13:8. El erudito en griego Kenneth Wuest traduce la afirmación de Pedro de esta manera: “No me lavarás mis pies, no, nunca”. ¡Pedro en

8 Transformados en Cristo

realidad lo decía en serio! Después, cuando descubrió que rehusar al Señor significaría perder la comunión con el Señor, se fue al lado opuesto, ¡y pidió que Cristo bañara todo su cuerpo!

Podemos aprender una importante lección en la experiencia de Pedro: No cuestionar ni la voluntad ni la obra del Señor, ni tratar de cambiarla. El sabe lo que hace. Pedro tenía dificultades para aceptar el ministerio de Cristo para él *porque Pedro no estaba dispuesto a ministrar a los demás discípulos*. Exige humildad y gracia para servir a otros, pero también exige humildad y gracia para permitir que otros nos sirvan. Lo hermoso de un espíritu sumiso es que puede dar y recibir para la gloria de Dios.

Juan cuidadosamente señaló que Pedro y Judas tuvieron una relación diferente con Jesús. Sí, ¡Jesús le lavó los pies a Judas! Pero no le sirvió de nada a Judas porque él no había recibido un baño completo. Algunos enseñan que Judas fue un hombre salvo que pecó y perdió su salvación, pero no es eso lo que dijo Jesús. Nuestro Señor dejó bien claro que Judas nunca había sido limpiado de sus pecados y que no era creyente (Juan 6:64-71).

Es maravilloso ahondar nuestra comunión con el Señor. Lo importante es ser sincero con él y con nosotros mismos, y mantener limpios nuestros pies.

3. Felicidad: Jesús y los discípulos (Juan 13:12-17)

El versículo 17 es la clave: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis”. La secuencia es importante: humildad, santidad, y entonces felicidad. Aristóteles definió la felicidad como “buena fortuna unida a la virtud ...una vida agradable y segura”. Eso puede bastarle al filósofo, pero ¡no al creyente! La felicidad es un producto secundario de una vida que se vive en la

voluntad de Dios. Cuando nos humillamos para servir a otros, andamos en las sendas divinas de santidad, y hacemos lo que Dios nos dice, entonces disfrutaremos de felicidad.

Jesús les preguntó a los discípulos si entendían lo que él había hecho, y es muy probable que no hayan entendido. Así que Jesús se lo explicó: les había dado una lección en el servicio humilde, un ejemplo para seguir. El mundo piensa que la felicidad es resultado de que otros nos sirvan, pero el gozo verdadero resulta cuando servimos a otros en el nombre de Cristo. El mundo está constantemente buscando la felicidad, pero es como perseguir una sombra: siempre está más allá de nuestro alcance.

Jesús era el Maestro, así que tenía todo derecho de exigir el servicio de ellos. Pero en lugar de eso, ¡él les sirvió! Les dio un ejemplo del verdadero ministerio cristiano. En más de una ocasión durante los tres años previos les había enseñado lecciones sobre la humildad y el servicio; pero ahora les había demostrado la lección. Tal vez los discípulos recordaron la lección sobre el niño (Mateo 18:1-6), o el regaño a Santiago y a Juan cuando ellos pidieron tronos (Mateo 20:20-28). Ahora todo empezaba a encajar.

El siervo (esclavo) no es mayor que su maestro; así que si el maestro se hace siervo, ¿dónde pone eso al esclavo? *¡Al mismo nivel del amo!* Al hacerse siervo nuestro Señor no nos rebajó; ¡nos levantó! Enalteció el sacrificio y el servicio. Debes tener presente que los romanos no veían la necesidad para la humildad, y los griegos despreciaban el trabajo manual. Jesús combinó ambas cosas cuando les lavó los pies a sus discípulos.

El mundo pregunta: “¿Cuántos trabajadores tienes?” pero el Señor pregunta: “¿Para cuántos trabajas tú?”

10 Transformados en Cristo

Cuando ministraba en una conferencia en Kenya, un creyente africano me dijo uno de sus refranes: “El jefe es sirviente de todos”. ¡Cuán cierto es que necesitamos dirigentes que sirvan y sirvientes que dirijan. G. K. Chesterton dijo que un hombre realmente grande es el que hace que otros se sientan grandes, y Jesús hizo eso con sus discípulos *enseñándoles a servir*.

Sin embargo, no basta *saber* esta verdad; debemos ponerla en práctica. Santiago 1:22,27 dice claramente que la bendición viene al *hacer* la palabra, no al oírla. Wuest traduce la última frase de Santiago 1:25 de esta manera: “Este hombre será prosperado espiritualmente en lo que hace”. El estudio de esta sección del Evangelio de Juan puede estimularnos emocionalmente o iluminarnos intelectualmente, pero no puede bendecirnos espiritualmente mientras no hagamos lo que Jesús nos dice. Este es el único camino a la felicidad duradera.

Asegúrate de tener estas lecciones en su secuencia debida: humildad, santidad, felicidad. Sométete al Padre, mantén tu vida limpia y sirve a los demás. Esa es la fórmula de Dios para el verdadero gozo espiritual.

4. Hipocresía: Jesús y Judas (Juan 13:18-35)

Una sombra negra cae sobre la escena mientras Jesús trata con Judas, el traidor. Es importante notar que Judas no era un verdadero creyente; era un hipócrita. Nunca había creído en Jesús (Juan 6:64-71), no había sido bañado por completo (Juan 13:10,11), y no había estado entre los escogidos que el Padre le dio a su Hijo (Juan 13:18 y 17:12). ¡Qué cerca de la salvación puede estar una persona y sin embargo perderse para siempre! Judas era incluso el tesorero del grupo (Juan 12:6), y ciertamente que sus compañeros lo estimaban.

En esa hora Jesús tenía dos grandes preocupaciones: cumplir la palabra de Dios (Juan 13:18-30) y glorificar a Dios (Juan 13:31-35).

El pasaje que Jesús citó viene del Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”. Cuando David compuso ese salmo probablemente se refería a su consejero Ahitofel, quien se hizo traidor y se le unió a Absalón en su rebelión (ve 2 Samuel 15–17). Es significativo que tanto Ahitofel como Judas se suicidaron ahorcándose (2 Samuel 17:23; Mateo 27:3-10; Hechos 1:18). Sin embargo, Judas no se suicidó para cumplir una profecía bíblica, porque eso haría a Dios autor de su pecado. Judas era responsable por sus propias decisiones, y esas decisiones cumplieron la palabra de Dios.

Jesús se preocupaba porque la traición de Judas no debilitara la fe de los discípulos. Por eso la relacionó con la palabra de Dios: cuando los discípulos vieran que esto se cumplía, eso fortalecería su fe (ve Juan 8:28). Judas había sido desleal, pero Jesús esperaba que ellos fueran leales a él y a su causa. Después de todo, él era el Dios Hijo enviado por Dios Padre. Ellos eran los representantes escogidos por Cristo; recibirlos a ellos sería lo mismo que recibir al Padre y al Hijo. ¡Qué privilegio: ser embajadores del Rey!

Lo asombroso es que los demás en la mesa con Jesús no sabían que Judas no era creyente y que era un traidor. Hasta la hora de su traición Judas estaba protegido por el Salvador a quien traicionó. Si Jesús hubiera revelado abiertamente lo que sabía de Judas, es probable que los hombres se hubieran puesto en su contra. ¡Recuerda lo que Pedro le hizo a Malco cuando los soldados fueron a detener a Jesús!

12 Transformados en Cristo

Desde el principio Jesús sabía lo que Judas haría (Juan 6:64), pero no le obligó a hacerlo. Judas estuvo expuesto a los mismos privilegios espirituales como los demás discípulos, sin embargo, de nada le sirvió. El mismo sol que derrite el hielo endurece el barro. A pesar de todo lo que nuestro Señor dijo en cuanto al dinero, y todas sus advertencias en contra de la avaricia, Judas siguió siendo ladrón y robándose el dinero de la tesorería. A pesar de todas las advertencias de nuestro Señor contra la incredulidad, Judas persistió en su rechazo. *¡Jesús aun le lavó los pies a Judas!* Sin embargo, el corazón duro de Judas no cedió.

Jesús había hablado antes acerca de un traidor (Juan 6:70), pero los discípulos no lo tomaron en serio. Ahora, cuando habló al respecto abiertamente mientras estaba a la mesa, sus discípulos se quedaron perplejos.

Pedro le hizo señas a Juan, quien era el que estaba más cerca de Jesús, pidiéndole que averiguara quién sería el traidor. La respuesta del Señor a Juan no fue oída por todos los hombres; de hecho, ellos seguían discutiendo entre sí en cuanto a quién sería el traidor (Lucas 22:23). Cuando Jesús le dio el pan a Judas, lo interpretaron como un acto de amor y honor. De hecho, Judas estaba sentado en el lugar de honor, así que las acciones de nuestro Señor se veían en esa luz: estaba concediéndole un honor especial a Judas. No sorprende que después de que Judas salió los otros discípulos se pusieron a discutir quién sería el mayor (Lucas 22:24-30).

Juan sin duda se quedó estupefacto por esta revelación, pero antes de que pudiera decir o hacer algo, Jesús había enviado fuera a Judas. Aunque Satanás había entrado en Judas, fue Jesús quien tenía las riendas de todo. Vivía según el horario señalado por el Padre, y quería cumplir

lo que estaba escrito en la palabra. Siendo que Judas era el tesorero, era lógico que los discípulos concluyeran que el Señor le había enviado a alguna misión especial. Judas había expresado hipócritamente interesarse por los pobres (Juan 12:4-6), así que tal vez había ido a cumplir alguna obra de misericordia para ayudar a los pobres.

Ten presente que Judas sabía lo que estaba haciendo, y que lo hizo deliberadamente. Ya había hablado con los dirigentes religiosos y acordado llevarlos a Jesús de modo que no hubiera disturbios públicos (Lucas 21:37—22:6). Oyó a Jesús decir: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mateo 26:24). Sin embargo, persistió en su incredulidad y traición.

La breve frase que Juan incluye: “era ya de noche” tiene un tremendo impacto cuando uno recuerda que la *luz* y las *tinieblas* son figuras importantes en su evangelio. Jesús es la Luz del mundo (Juan 8:12), pero Judas rechazó a Jesús y salió a las tinieblas; y para Judas *¡todavía es de noche!* Los que hacen el mal detestan la luz (Juan 3:18-21). La advertencia que nuestro Dios dio en Juan 12:25,26 cayó en oídos sordos para Judas: e incluso hoy los pecadores no le hacen caso, personas que irán a donde Judas fue a menos que se arrepientan y confíen en el Salvador.

El instante en que Judas salió, la atmósfera se aclaró, y Jesús empezó a instruir a sus discípulos y prepararlos para su crucifixión y al final su regreso al cielo. Fue después de que Judas se había ido que instituyó la cena del Señor, algo de lo que Judas como incrédulo por cierto no podía participar. Judas había salido a la noche, controlado por el príncipe de las tinieblas, Satanás; pero Jesús estaba en la luz, dándoles amor y confianza a sus amados discípulos. ¡Qué contraste!

14 Transformados en Cristo

El tema ahora cambia a la gloria de Dios (Juan 13:31-35). Desde la perspectiva humana, la muerte de Cristo fue una obra vil que incluyó sufrimiento y humillación indescriptibles; pero desde la perspectiva divina fue la revelación de la gloria de Dios. “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (Juan 12:23). Doce veces en este evangelio aparece el título “el Hijo del Hombre”, y en Juan 13:31 aparece por la última vez. Daniel 7:13 identifica a este título como mesiánico, y Jesús a veces lo usó de esa manera (Mateo 26:64).

¿Qué significaba para Jesús glorificar al Padre? Lo dice en su oración: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). Así es como todos nosotros glorificamos a Dios, al hacer fielmente lo que nos llama a hacer. En el caso de nuestro Señor, la voluntad del Padre era que muriera por los pecadores, que fuera resucitado de la muerte, y que ascendiera al cielo. El Hijo glorificó al Padre y el Padre glorificó al Hijo (Juan 17:1,5).

Llegaría un tiempo cuando el Hijo sería glorificado en estos discípulos (Juan 17:10), pero ellos no podían seguirlo en esos momentos. Pedro se jactó de que seguiría al Señor incluso hasta la muerte (Lucas 22:33), pero desdichadamente le siguió y acabó negándolo tres veces.

Jesús les había dicho a los judíos en dos ocasiones que ellos le buscarían y no podrían hallarle ni seguirle (Juan 7:33-36; 8:21-24). Nota que no les dijo a sus discípulos que no podrían hallarle, pero sí se lo dijo a los judíos incrédulos. Un día los discípulos creyentes irían a estar con él (Juan 14:1-3), y también le verían después de su resurrección. Pero en este tiempo de sufrimiento y muerte era importante que ellos no trataran de seguirle.

He oído sermones elocuentes sobre el pecado de Pedro de *seguirle de lejos* (Lucas 22:54), y el énfasis ha sido que debemos seguirle de cerca. La realidad sencilla era ¡que él no debía haberle seguido de ninguna manera! La afirmación de Juan 13:33 es suficiente prueba, y cuando se añade Mateo 26:31 (que cita a Zacarías 13:7), y las palabras de nuestro Señor en Juan 18:8, la evidencia es conclusiva. Debido a que Pedro no hizo caso a esta advertencia, se metió en problemas.

La responsabilidad de los discípulos era amarse unos a otros tal como Cristo los había amado. Ellos ciertamente necesitarían de ese amor en las horas que vendrían, cuando su Maestro les sería quitado y su valiente portavoz, Pedro, le fallaría al Señor y a ellos. A decir verdad, todos fallarían, y lo único que volvería a unirlos sería su amor por Cristo y unos por otros.

La palabra *amar* o sus derivados se usa sólo doce veces en el Juan 1–12, pero en Juan 13–21 ¡se usa cuarenta y cinco veces! Es una palabra clave en el sermón de despedida de Jesús a sus discípulos, así como una carga en su gran oración sacerdotal (Juan 17:26). La palabra “nuevo” no quiere decir “nuevo en tiempo”, porque el amor había sido importante para el pueblo de Dios desde los tiempos del Antiguo Testamento (ve Levítico 19:18). Quiere decir *nuevo en experiencia, fresco*. Es lo opuesto a gastado. El amor tomaría un nuevo significado y poder debido a la muerte de Cristo en la cruz (Juan 15:13). Con la venida del Espíritu Santo el amor tendría un nuevo poder en sus vidas.

Esta sección empieza y termina con amor: el amor de Jesús por los suyos (Juan 13:1), y el amor de los discípulos unos por otros. El amor es la verdadera evidencia de que le pertenecemos a Jesucristo. El dirigente de la iglesia, Tertuliano (155-220, d. de C.) decía que los paganos

16 Transformados en Cristo

decían de los creyentes: “¿Ven como se aman unos a otros?” ¿Cómo evidenciamos ese amor? Al hacer lo que Jesús hizo: poniendo nuestras vidas por los hermanos (1 Juan 3:16). La manera de empezar a hacerlo es inclinándonos y lavándonos los pies unos a otros en servicio sacrificante.

Problemas del corazón

Juan 13:36—14:31

Esta sección empieza y termina con una amonestación amorosa de nuestro Señor: “No se turbe vuestro corazón” (Juan 14:1,27). No debe sorprendernos que los discípulos estuvieran turbados. Después de todo, Jesús les había anunciado que uno de ellos era un traidor, y le había advertido a Pedro que iba a negar tres veces a su Señor. Confiado de sí mismo Pedro estaba seguro, no sólo de que podía seguir a su Señor, sino incluso morir con él y por él. Sin embargo, Pedro no conocía su propio corazón, ni nosotros tampoco conocemos realmente *nuestros* corazones, excepto por una cosa: nuestros corazones se perturban fácilmente.

Tal vez el golpe más duro de todos fue el darse cuenta de que Jesús iba a dejarlos (Juan 13:33). ¿Adónde se iba? ¿Podrían acompañarle? ¿Cómo podrían ellos ir adónde él se iba? Estas son algunas de las preguntas intrigantes que daban vuelta en sus cabezas y corazones, y eran tema de su conversación alrededor de la mesa.

18 Transformados en Cristo

¿Cómo calmó Jesús sus atribulados corazones? Dándoles seis maravillosas afirmaciones seguras a que aferrarse, afirmaciones seguras de las que hoy podemos apropiarnos y así tener corazones que no se atribulan. Si eres creyente en Jesucristo, puedes apropiarte de cada una de esas promesas seguras.

1. Vas al Cielo (Juan 13:36—14:6)

Jesús no regañó a Pedro por preguntarle adónde se iba, pero su respuesta fue algo enigmática. Un día Pedro seguiría a Jesús a la cruz (Juan 21:18-19; 2 Pedro 1:12-15), y luego le seguiría al cielo. La tradición nos dice que Pedro fue crucificado, aunque pidió que lo crucificaran cabeza abajo porque no era digno de morir como su Maestro había muerto.

Justo cuando Pedro empezaba a sentirse como héroe, Jesús anunció que Pedro mismo le negaría. El mensaje no sólo tomó a Pedro por sorpresa, sino que también dejó estupefactos a los demás discípulos. Después de todo, si el valiente Pedro podría negar al Señor, ¿qué esperanza había para el resto? Entonces, Jesús dio este mensaje para calmar sus atribulados corazones.

Según Jesús, el cielo es un lugar real. No es producto de la imaginación religiosa o resultado de una alteración mental que le hace a uno esperar que *todo será color de rosa* algún día en el más allá. El cielo es el lugar donde mora Dios y donde Jesús está hoy sentado a la diestra del Padre. El cielo se describe como un reino (2 Pedro 1:11), una herencia (1 Pedro 1:4), una patria (Hebreos 11:16), una ciudad (Hebreos 11:16), y una morada (Juan 14:2).

La palabra *Padre* aparece cincuenta y tres veces en Juan 13–17. El cielo es “la casa de mi Padre”, según el Hijo de Dios. Es el hogar para los hijos de Dios. Hace años

un periódico de Londres hizo un concurso para determinar la mejor definición de hogar. La definición ganadora fue: “El hogar es donde mejor te tratan y donde te quejas más”. El poeta Robert Frost dijo que el hogar es el lugar adonde, cuando llegas, tienen que recibirte. ¡Buena definición!

La palabra griega *mone* se traduce “moradas” en Juan 14:2 y en Juan 14:23. Simplemente significa *cuartos, viviendas*, de modo que no debemos pensar en términos de mansiones, como aparece en algunas traducciones. Es lamentable que algunos cantos contrarios a la Biblia han perpetuado el error de que los creyentes fieles tendrán mansiones encantadoras en la gloria, en tanto que los creyentes carnales tendrán que contentarse con casitas o chozas. Jesucristo está preparando lugares para todos los verdaderos creyentes, y todo lugar será hermoso. Cuando estaba en esta tierra Jesús era carpintero (Marcos 6:3). Ahora ha vuelto a la gloria y está edificando en la tierra una Iglesia y en el cielo una morada para aquella Iglesia.

Juan 14:3 es una promesa clara del regreso de nuestro Señor por los suyos. Algunos irán al cielo atravesando el valle de sombra de muerte, pero los que estén vivos cuando Jesús regrese *nunca* verán la muerte (Juan 11:25,26). Serán transformados para que sean como Cristo e irán así al cielo (1 Tesalonicenses 4:13-18).

Siendo que el cielo es la casa del Padre, debe ser un lugar de amor y alegría. Cuando el apóstol Juan trató de describir el cielo, ¡casi se le acababan los símbolos y las comparaciones! (Apocalipsis 21–22). Finalmente, mencionó una lista de lo que no habrá allá: muerte, tristeza, dolor, noche, etc. ¡Qué maravillosa morada será: y la disfrutaremos para siempre!

La pregunta de Tomás revela su agudo anhelo de estar con Jesús (ve Juan 11:16) y esto quiere decir que él debía

20 Transformados en Cristo

saber adónde se iba el Maestro y cómo podía él mismo ir a tal lugar. El Señor le dijo claramente que iba al Padre, y que él era el único camino al Padre. El cielo es un lugar real, un lugar de amor, y un lugar exclusivo. No todo mundo irá al cielo, sino sólo los que han confiado en Jesucristo (ve Hechos 4:12; 1 Timoteo 2:4-6).

Jesús no simplemente enseña el camino o señala el camino: *él es el camino*. Es más, “el Camino” fue uno de los primeros nombres con que se conoció a la fe cristiana (Hechos 9:2; 19:9,23; 22:4; 24:14,22). La afirmación de nuestro Señor, “Nadie viene al Padre, sino por mí”, elimina cualquier otro propuesto camino al cielo: buenas obras, ceremonias religiosas, ofrendas costosas, etc. Hay sólo un camino, y ese camino es Jesucristo.

¿Cómo podía esta seguridad de ir al cielo calmar los corazones atribulados de los discípulos? El Dr. James M. Gray lo dijo en forma hermosa en un canto que compuso hace años: “¿A quién le importa el viaje cuando el camino lleva a casa?” La seguridad de un hogar celestial al final del camino de la vida nos permite soportar gozosamente los obstáculos y batallas en el camino. Fue esta seguridad que animó incluso a nuestro Señor, “el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz” (Hebreos 12:2). Pablo tenía en mente esta verdad cuando escribió: “Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18).

2. Conoces al Padre ahora mismo (Juan 14:7-11)

No tienes que esperar hasta llegar al cielo para conocer al Padre. Podemos conocerle hoy y recibir de él los recursos espirituales que necesitamos para seguir avanzando cuando los días se ponen difíciles.

¿Qué quiere decir conocer al Padre? Las palabras *conocer* y *saber* (o sus derivados) se usan algunas 154 veces en el Evangelio de Juan, pero no siempre significan lo mismo. De hecho, hay cuatro niveles diferentes de *conocer* según Juan. El nivel más elemental es simplemente conocer un hecho. El siguiente nivel es comprender la verdad detrás del hecho. Sin embargo, puedes conocer el hecho y la verdad detrás del hecho y aun así estar perdido en tus pecados. El tercer nivel introduce una *relación*: conocer quiere decir *creer en una persona y relacionarse con él o ella*. Esta es la manera de conocer que se usa en Juan 17:3. En verdad, en la Biblia conocer se usa para la más íntima de las relaciones entre un hombre y su esposa (Génesis 4:1).

El cuarto uso de conocer quiere decir *tener una relación profunda con otra persona, una profunda comunión*. Fue a este nivel al que Pablo se refería cuando escribió: “A fin de conocerle” (Filipenses 3:10). Jesús describirá esta profunda relación en Juan 14:19-23, de modo que dejaremos otros comentarios para cuando lleguemos a esa sección.

Cuando Jesús dijo que conocerle a él y verle a él era lo mismo que conocer y ver al Padre, estaba afirmando ser Dios. Desde ese momento ellos entenderían más y más acerca del Padre, aunque Jesús iba a dejarlos.

Aprecio el deseo de Felipe de conocer al Padre. Había avanzado mucho desde el día en que Jesús le halló y le llamó (Juan 1:43-45). El ardiente deseo de todo creyente debe ser conocer mejor a Dios. Leemos y estudiamos la Palabra de Dios para poder conocer mejor al Dios de la Palabra.

La construcción griega de la pregunta de Juan 14:10 indica que el Señor esperaba una respuesta positiva de parte de Felipe: Felipe *sí creía* que Jesús estaba en el Padre

22 Transformados en Cristo

y el Padre en Jesús. Siendo ese el caso, Felipe debería haberse dado cuenta de que las palabras de Jesús, así como sus obras, venían del Padre y revelaban al Padre. Los creyentes de hoy no han visto al Señor Jesús en la carne (1 Pedro 1:8), pero en su Palabra le hemos visto a él y a sus obras. El énfasis en todo el Evangelio de Juan es que no se puede separar las palabras y las obras de Cristo, porque ambas vienen del Padre y revelan al Padre.

La palabra “crees” de Juan 14:10 es singular, porque Jesús se dirigía a Felipe; pero en Juan 14:11 “creedme” es plural, y se dirige a todos los discípulos. El tiempo gramatical en ambos casos es presente, o sea, *sigan creyendo*. ¡Que su fe siga creciendo!

Cuatrocientos años antes de que Cristo naciera, el filósofo griego Platón escribió: “Hallar al Padre y Creador de este universo es tarea difícil, y cuando le hallamos, hablar de él a todos los hombres es imposible”. ¡Pero Platón se equivocó! *Podemos* conocer al Padre y Creador del universo, porque Jesucristo nos lo reveló. ¿Por qué tienen nuestros corazones que turbarse cuando el Creador y Gobernador del universo *es nuestro propio Padre*?

El mismo Señor del cielo y de la tierra es nuestro Padre (Lucas 10:21). No hay necesidad de tener corazones turbados, porque él tiene el control.

Por supuesto, no es el creyente quien de sí mismo hace estas cosas “mayores”; es Dios trabajando en y por el creyente. “Ayudándoles el Señor” (Marcos 16:20). “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” (Filipenses 2:13). La fe y las obras deben acompañarse siempre, porque es la fe la que desata el poder de Dios en nuestras vidas.

Debemos orar en el nombre de Cristo (v.13). Esta no es una fórmula mágica que automáticamente añadimos a

Fe de Errata

“Transformados en Cristo”

Dr. Warren W. Wiersbe

En las páginas 22 y 23 hay cuatro párrafos que no están en el lugar correcto. Se dan a continuación y deben ser colocados en la página 24 entre los párrafos 3 y 4.

“Por supuesto, no es el creyente quien de sí mismo hace estas cosas “mayores”; es Dios trabajando en y por el creyente. “Ayudándoles el Señor” (Marcos 16:20). “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer” (Filipenses 2:13). La fe y las obras deben acompañarse siempre, porque es la fe la que desata el poder de Dios en nuestras vidas.

Debemos orar en el nombre de Cristo (v.13). Esta no es una fórmula mágica que automáticamente añadimos a nuestras peticiones cuando oramos, que nos aseguran que Dios contestará. Pedir algo del Padre, en el nombre de Jesús, significa que pedimos lo que Jesús pediría, lo que le agradaría, y lo que le traería gloria al promover su obra. Cuando un amigo te dice que puedes usar su nombre te está otorgando un gran privilegio así como una tremenda responsabilidad.

El “todo lo que pidieres” en el versículo 13 se califica por todo lo que Dios ha revelado en su Palabra acerca de la oración; también, el “algo” en el versículo 14. Dios no nos da una *carta en blanco*; “en mi nombre” es el elemento que lo controla. Conocer el nombre de Dios significa conocer su naturaleza, lo que es él, y lo que desea hacer. Dios contesta la oración para honrar su nombre; así que, la oración debe estar de acuerdo con su voluntad (1 Juan 5:14,15). La primera petición en *el Padre Nuestro* es, “santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Cualquier petición que no glorifica el nombre de Dios no se debe pedir en su nombre.

Debemos orar en obediencia que proviene del amor (v.15). Cuando amas a alguna persona, honras su nombre; y nunca usarías ese nombre en una manera denigrante. *El amor* es un tema importante en el Evangelio de Juan; la palabra “amor” o sus derivados se usa como verbo o sustantivo un total de cincuenta y seis veces.”

nuestras peticiones cuando oramos, que nos aseguran que Dios contestará. Pedir algo del Padre, en el nombre de Jesús, significa que pedimos lo que Jesús pediría, lo que le agradaría, y lo que le traería gloria al promover su obra. Cuando un amigo te dice que puedes usar su nombre te está otorgando un gran privilegio así como una tremenda responsabilidad.

El “todo lo que pidieres” en el versículo 13 se califica por todo lo que Dios ha revelado en su Palabra acerca de la oración; también, el “algo” en el versículo 14. Dios no nos da una *carta en blanco*; “en mi nombre” es el elemento que lo controla. Conocer el nombre de Dios significa conocer su naturaleza, lo que es él, y lo que desea hacer. Dios contesta la oración para honrar su nombre; así que, la oración debe estar de acuerdo con su voluntad (1 Juan 5:14,15). La primera petición en *el Padre Nuestro* es, “santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Cualquier petición que no glorifica el nombre de Dios no se debe pedir en su nombre.

Debemos orar en obediencia que proviene del amor (v.15). Cuando amas a alguna persona, honras su nombre; y nunca usarías ese nombre en una manera denigrante. *El amor* es un tema importante en el Evangelio de Juan; la palabra “amor” o sus derivados se usa como verbo o sustantivo un total de cincuenta y seis veces.

3. Tienes el privilegio de orar (Juan 14:12-15)

“¿Por qué orar cuando puedes afanarte?” es la pregunta que he visto en una placa en muchas casas. Uno de los mejores remedios para un corazón turbado es la oración.

“Vive el hombre desprovisto
De paz, gozo y santo amor;
Esto es porque no llevamos
Todo a Dios en oración”.

24 Transformados en Cristo

Sin embargo, para que Dios conteste nuestras oraciones y ponga paz en nuestros corazones, hay ciertas condiciones que se deben reunir. De hecho, el llenar estas condiciones es una bendición en sí misma.

Debemos orar con fe (v.12). Esta es una promesa de la que debemos apropiarnos, y apropiarse de ella exige fe. El doble “de cierto, de cierto” nos asegura que es anuncio solemne. El hecho de que Jesús en efecto volvió al Padre es un estímulo, porque allí él está intercediendo por nosotros. El dirá más en cuanto a su obra intercesora más adelante en su discurso.

El “mayores” obras se aplicaba inicialmente a los apóstoles a quienes les fue dado el poder para realizar milagros especiales como credenciales para su oficio (Romanos 15:18,19; Hebreos 2:3,4). Estos milagros no fueron mayores en *calidad*, porque “el siervo no es mayor que su señor” (Juan 13:16), sino más bien en enfoque y cantidad. Pedro predicó un sermón y tres mil pecadores se convirtieron en un solo día. El hecho de que personas comunes realizaron estas señales lo hacía incluso más maravilloso, y daba mayor gloria a Dios (Hechos 5:13-16).

Tanto el amor como la obediencia son parte de la oración efectiva. “Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18).

No obedecemos al Señor simplemente porque queremos que nuestras oraciones sean contestadas, de forma parecida a la actitud de los niños antes de navidad. Le obedecemos porque le amamos, y mientras más le obedecemos, más experimentamos su amor. Guardar sus mandamientos quiere decir *valorarlos, atesorarlos, guardarlos, y hacerlos*. “Guardé las palabras de su boca más que mi comida” (Job 23:12).

La oración de fe es medicina maravillosa para aliviar el corazón atribulado. Medita en Filipenses 4:6,7; y luego, ¡ponlo en práctica!

4. Tenemos el Espíritu Santo (Juan 14:16-18)

Jesús tenía mucho que decir sobre el Espíritu Santo en su mensaje en el aposento alto, porque sin la ayuda del Espíritu de Dios no podemos vivir la vida cristiana como Dios quiere que la vivamos. Debemos saber quién es el Espíritu Santo, lo que hace y cómo lo hace.

Nuestro Señor usó dos nombres especiales para el Espíritu Santo: “otro Consolador”, y “el Espíritu de verdad”. La palabra griega que se traduce “Consolador” es *parakletos*, y solo Juan la usa (14:16,26; 15:26; 16:7; 1 Juan 2:1). Significa *llamado al lado para ayudar*. El Espíritu Santo no obra en lugar de nosotros, o a pesar de nosotros, sino en y por medio de nosotros.

La palabra confortar en español viene de dos palabras latinas que significan *con fuerza*. La primera idea que nos viene al oír *consolar* es aliviar la pena o aflicción de uno; y hasta cierto punto es verdad que el Espíritu Santo hace esto. Pero el verdadero consuelo nos da fortaleza para enfrentar la vida con valentía y seguir adelante. Esto no nos priva de nuestra responsabilidad, ni permite que nos rindamos tan fácilmente. Algunas versiones bíblicas en inglés llaman al Espíritu Santo “el Animador”, y es una buena selección de términos. *Parakletos* se traduce “abogado” en 1 Juan 2:1. Un abogado es uno que representa a alguien en la corte y está a su lado para abogar por su caso.

Como “Espíritu de verdad”, el Espíritu Santo se relaciona con Jesús, la Verdad, y con la palabra de Dios, que en sí misma es verdad (Juan 14:6; 17:17). El Espíritu

26 Transformados en Cristo

inspiró la palabra y también la ilumina para que la entendamos. Más adelante en su mensaje Jesús explicará el ministerio de enseñanza del Espíritu Santo. Siendo que es “el Espíritu de verdad”, el Espíritu Santo no puede mentir ni estar asociado con mentiras. Nunca nos lleva a algo contrario a la palabra de Dios, porque, como ya hemos dicho, la palabra de Dios es verdad.

Si queremos que el Espíritu Santo obre en nuestras vidas, debemos procurar glorificar a Cristo; y debemos considerar en alta estima la Palabra de Dios. Cuando se compara Efesios 5:18—6:9 con Colosenses 3:16—4:1, se ve que ambos pasajes describen la misma clase de vida cristiana: gozosa, agradecida y sumisa. Estar lleno del Espíritu Santo es lo mismo que ser controlados por la palabra de Dios. El Espíritu de verdad usa la palabra de verdad para guiarnos a la voluntad y la obra de Dios.

El Santo Espíritu mora en el creyente. Es un don del Padre en respuesta a la oración del Hijo. Durante su ministerio terrenal Jesús había guiado, guardado y enseñado a sus discípulos, pero ahora iba a dejarlos. El Espíritu de Dios vendría a ellos y *moraría en ellos*, tomando el lugar de su Maestro. Jesús llamó al Espíritu Santo “otro Consolador”, y la palabra griega que se traduce “otro” significa *otro de la misma clase*. El Espíritu de Dios no es diferente del Hijo de Dios, porque ambos son Dios. El Espíritu de Dios había morado *con* los discípulos en la persona de Jesucristo; ahora moraría *en* ellos.

Por supuesto, el Espíritu de Dios había estado ya antes en la tierra. Dio poder a hombres y mujeres en el Antiguo Testamento para que realizaran la obra de Dios. Sin embargo, durante la era del Antiguo Testamento el Espíritu de Dios vendría a las personas y luego las dejaba. El Espíritu de Dios se apartó del rey Saúl (1 Samuel 16:14; 18:12); y

David, al confesar su pecado, pidió que no le fuera quitado el Espíritu (Salmo 51:11). Cuando el Espíritu Santo fue dado en Pentecostés, fue dado al pueblo de Dios para que estuviera con ellos para siempre. Aunque es posible que entristezcamos al Espíritu, nunca nos dejará.

La manera en que tratamos al Espíritu Santo es la manera en que tratamos al Señor Jesucristo. El cuerpo del creyente es el templo del Espíritu (1 Corintios 6:19,20), así que, lo que el creyente hace con el cuerpo afecta la morada del Espíritu Santo. El Espíritu escribió la Palabra de Dios, y la manera en que tratamos a la Biblia es la manera en que tratamos al Espíritu de Dios y al Hijo de Dios.

El mundo no puede recibir al Espíritu porque el mundo vive por vista y no por fe. Es más, el mundo no conoce a Jesucristo; y no se puede conocer al Espíritu sin conocer al Hijo. La presencia del Espíritu en este mundo es, en realidad, una acusación contra el mundo, porque el mundo rechazó a Jesucristo.

La expresión “huérfanos” en Juan 14:18 quiere decir que no estamos solos, ni abandonados, ni sin esperanza. Adondequiera que vayamos, el Espíritu va con nosotros, así que, ¿por qué sentirnos huérfanos? No hay por qué tener un corazón atribulado cuando el mismo Espíritu de Dios mora en nosotros.

5. Disfrutamos del amor del Padre (Juan 14:19-24)

“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Los huérfanos se sienten indeseables y sin amor, pero nuestro Padre nos da su amor. Jesús explicó una triple manifestación del amor de Dios.

Hubo una manifestación pasada a los discípulos (vv.19,20). Juan 14:19 se enfoca en la resurrección de Jesucristo y sus

28 Transformados en Cristo

apariciones después de la resurrección a los discípulos y otros creyentes. La última vez que el mundo vio a Jesús fue cuando José y Nicodemo le bajaron de la cruz y le sepultaron. La próxima vez que el mundo le vea será cuando él venga con poder y gran gloria para juzgar a los perdidos.

Juan 14:20 se centra especialmente en la venida del Espíritu en Pentecostés y en la unidad de los creyentes con su Señor. Jesús volvió al cielo como la cabeza exaltada de la Iglesia (Efesios 1:19-23); y luego envió al Espíritu para que los miembros del cuerpo pudieran unirse a su Cabeza en una unión viva. Los creyentes de hoy, por supuesto, no han visto a Jesús después de su resurrección o en su ascensión, pero somos unidos a él por el Espíritu Santo quien mora en nosotros.

Hay una manifestación presente a los creyentes (vv.21,23,24). Nota la repetición de la palabra *amor*. Si atesoramos su Palabra y la obedecemos, entonces el Padre y el Hijo nos dan su amor y hacen su morada en nosotros. La frase que se traduce “haremos morada con él” en Juan 14:23 quiere decir *hacemos de él nuestro hogar* y se relaciona con la palabra “moradas” en Juan 14:2.

Cuando el pecador confía en Cristo, nace otra vez y el Espíritu de inmediato entra en su cuerpo y da testimonio de que esa persona es hijo de Dios. El Espíritu reside en él y no se irá. Pero en la medida en que el creyente se rinda al Padre, ame la Palabra, ore y obedezca, hay una relación más profunda con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Tener la salvación quiere decir que vamos al cielo, pero estar sumisos significa que el cielo ¡viene a nosotros!

Esta verdad queda ilustrada en las experiencias de Abraham y Lot, relatadas en Génesis 18 y 19. Cuando Jesús y los dos ángeles visitaron la tienda de Abraham, se sintieron en casa. Incluso disfrutaron de una comida, y

Jesús tuvo una charla privada con Abraham. Pero nuestro Señor no fue a Sodoma a visitar a Lot, porque allí no se sentía en casa. Más bien envió dos ángeles.

Nuestra experiencia con Dios debe ser cada vez más profunda, y lo será en la medida en que nos rindamos al Espíritu de verdad y le permitamos que nos enseñe y nos guíe. Si amemos a Dios y le obedezcamos, él nos manifestará su amor de una manera más profunda cada día.

Habrà una manifestación futura del amor de Dios cuando Jesucristo regrese (v.19). Judas (no el Iscariote) recordó que Jesús había dicho que no se manifestaría al mundo (Juan 14:22). Pero esto parecía contradecir las otras afirmaciones que él había hecho, tales como las registradas en Mateo 24:30. Su pregunta fue: “¿Qué ha sucedido para que no te reveles al mundo?” ¿Ha habido algún cambio en el plan divino?

Jesús había sido rechazado por su propio pueblo, así que no podía manifestarse a ellos. En verdad, era un acto de misericordia que no se manifestara al mundo, porque su manifestación significaría juicio. Se ha revelado a sí mismo a la Iglesia y dejó a la Iglesia en el mundo para que fuera testigo del amor de Dios. Él está esperando pacientemente, todavía dándoles a los pecadores una oportunidad para que se arrepientan y sean salvos (2 Pedro 3:1-10). Un día regresará (Apocalipsis 1:7) y el mundo le verá.

Una de las mejores maneras de calmar un corazón turbado es bañarlo con el amor de Dios. Cuando te sientas “huérfano” deja que el Espíritu de Dios te revele el amor de Dios de una manera más profunda. Charles Spurgeon dijo: “Un poco de fe te llevará al cielo, pero una gran fe traerá el cielo a tu alma”. Tu corazón puede llegar a ser *el cielo en la tierra* conforme tengas comunión con el Señor y le adores.

30 Transformados en Cristo

6. Tienes su don de paz (Juan 14:25-31)

Shalom, paz, es una palabra preciosa para los judíos. Quiere decir mucho más que ausencia de guerra o aflicción. *Shalom* quiere decir estar completo, tener seguridad, salud, e incluso prosperidad en el mejor sentido. Cuando disfrutas de la paz de Dios, hay gozo y contentamiento. Pero la paz de Dios no es como la “paz” que el mundo ofrece.

El mundo basa su paz en sus *recursos*, mientras que la paz de Dios depende en las *relaciones personales*. Aquel que está bien con Dios disfruta de la paz de Dios. El mundo depende de la capacidad personal, pero el creyente depende de la aptitud espiritual en Cristo. En el mundo la paz es algo que uno espera lograr o alcanzar con esfuerzo; pero para el creyente la paz es un maravilloso don de Dios, que se recibe por fe. Los no salvos disfrutan de paz cuando hay ausencia de problemas; los creyentes disfrutan de paz *a pesar de las pruebas* gracias al poder que proviene del Espíritu Santo.

Las personas del mundo andan por vista y dependen de cosas externas, pero los creyentes andan por fe y dependen de lo eterno. El Espíritu de Dios nos enseña la palabra y nos guía (¡no nos arrastra!) a la verdad. También nos recuerda lo que nos ha enseñado para que podamos depender de la Palabra de Dios en momentos de dificultad en la vida. El Espíritu usa la palabra para darnos su paz (Juan 14:27), su amor (Juan 15:9,10), y su gozo (Juan 15:11). Si eso no calma un corazón turbado ¡nada lo hará!

Otra vez Jesús les aseguró que lo verían de nuevo (Juan 14:28). ¿Por qué regocijarse debido a que él volvía al Padre? Porque su regreso hacía posible su maravilloso ministerio intercesor a favor nuestro, como nuestro Sumo Sacerdote en el cielo (Hebreos 2:17,18; 4:14-16). Tenemos

al Espíritu en nosotros, el Salvador arriba de nosotros, y la Palabra delante de nosotros. ¡Qué tremendos recursos para la paz!

En Juan 14:30,31 el Señor mencionó a dos de nuestros grandes enemigos espirituales: el mundo y el diablo. Jesús venció al mundo y al diablo (Juan 12:31), y el diablo no tiene autoridad sobre él. No hay nada en Jesucristo de lo cual el diablo pueda echar mano. Siendo que estamos en Cristo, Satanás no puede ganar pie en la vida del creyente, a menos que nosotros se lo permitamos. Ni Satanás ni el mundo pueden turbar nuestro corazón si nos hemos sometido a la paz de Dios por medio del Espíritu Santo.

Cuando Jesús dijo “el Padre mayor es que yo” (Juan 14:28) no estaba negando su propia deidad o igualdad con Dios, porque eso sería contradecirse a sí mismo (Juan 10:30). Cuando Jesús estaba aquí en la tierra, necesariamente estaba limitado por tener un cuerpo humano. Voluntariamente dejó a un lado el ejercicio independiente de sus atributos divinos y se sometió al Padre. En ese sentido, el Padre era mayor que el Hijo. Por supuesto, cuando el Hijo volvió al cielo, todo lo que había dejado a un lado le fue restaurado (Juan 17:1,5).

Jesús mostró su amor por el Padre (y el mundo) al ir voluntariamente a la cruz. No se escondió ni salió huyendo. Voluntariamente puso su vida. El y los discípulos deben haber salido del aposento alto en este momento (Juan 14:31) de modo que lo que Jesús dijo desde este punto en adelante fue dicho camino al huerto; o tal vez se levantaron de la mesa y se quedaron un rato mientras él les instruía. Podemos fácilmente imaginarnos la alegoría de la vid siendo relatada mientras caminaban esa noche por entre los viñedos.

32 Transformados en Cristo

Su propia paz perfecta nos asegura que sólo él puede dar verdadera paz. Jesús siempre fue el Amo de la situación, y nos capacita para tomar el control de nuestras vidas conforme nos rendimos a él y recibimos su legado de paz.

Relaciones personales y responsabilidades

Juan 15:1-17

Esta es la séptima y última de las afirmaciones “YO SOY” de Cristo registradas en el Evangelio de Juan. Sin embargo, Jesús no se detuvo en esa figura sino que pasó a usar el cuadro representativo del *amigo*. Estos dos cuadros del creyente, *pámpanos* y *amigos*, revelan tanto nuestros privilegios como nuestras responsabilidades. Como *pámpanos* tenemos el privilegio de participar de la vida de Cristo y la responsabilidad de permanecer. Como *amigos* tenemos el privilegio de conocer su voluntad y la responsabilidad de obedecer.

1. **Pámpanos: Debemos permanecer** (Juan 15:1-11)

El cultivo de viñedos era importante en la vida y economía de Israel. Una vid de oro adornaba el templo de Herodes. Cuando nuestro Señor utilizó esta figura no estaba introduciendo una idea nueva, sino algo familiar para todo judío. Hay cuatro elementos en esta alegoría que debemos comprender para sacar provecho de su enseñanza.

34 Transformados en Cristo

(1) *La vid*. Hay en realidad tres diferentes tipos de viñas que se mencionan en la Biblia. La viña *pasada* que era la nación de Israel (ve Salmo 80:8-19; Isaías 5:1-7; Jeremías 2:21; Ezequiel 19:10-14; Oseas 10:1). En un acto de gracia maravillosa Dios “trasplantó” a Israel en Canaán y le dio a la nación todo beneficio posible. “¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella?” preguntó Dios (Isaías 5:4). Si alguna vez hubo una nación que tenía todo lo necesario para triunfar, esa fue Israel.

Pero la vid produjo ¡uvas silvestres! En lugar de practicar justicia, practicaron opresión; en lugar de producir rectitud, produjeron injusticia y lamentos de aflicción de parte de las víctimas. Dios tenía que tratar con la nación de Israel y castigarla, pero ni así produjeron resultados duraderos. Cuando el propio Hijo de Dios llegó a la viña, le echaron fuera y le mataron (Mateo 21:33-46).

También hay una viña *futura*, “la viña de la tierra” que se describe en Apocalipsis 14:14-20. Este es el sistema del mundo gentil que madura para el juicio divino. Los creyentes son pámpanos o ramas en la viña celestial, pero los incrédulos son ramas en la viña de la tierra. Los que no son salvos dependen del mundo para su sustento y satisfacción, mientras que los creyentes dependen de Jesucristo. La viña de la tierra será cortada y destruida cuando Jesucristo regrese.

La vid *presente* es nuestro Señor Jesucristo, y por supuesto, la vid incluye las ramas. El es la “vid verdadera”, o sea la original, de la cual todas las demás son copias. Como creyentes, ¡no vivimos por sustitutos! El simbolismo de la vid y los pámpanos es similar a la de la cabeza y el cuerpo: tenemos una relación personal y viva con Jesucristo y le pertenecemos.

Cuando vivíamos en Chicago teníamos un viñedo pequeño en nuestro patio; pero lo que cultivábamos no

era nada como lo que se cultiva incluso en la actualidad en la tierra santa. La vid nuestra era una planta muy frágil y era fácil arrancar una rama. Las vides que vi en la tierra santa son fuertes y grandes, y era casi imposible arrancar una rama madura *sin hacer daño a la misma vid*. Nuestra unión con Cristo es una unión *viva*, para que podamos dar fruto; una unión *de amor*, para que podamos disfrutarla; y una unión *duradera* para que no temamos.

(2) *Los pámpanos*. En sí mismo el pámpano [o rama] es débil e inútil. Es bueno para dar fruto o para leña, pero no para construir (lee Ezequiel 15). La rama no puede producir su propia vida; debe recibirla de la vid. Es nuestra comunión con Cristo por medio del Espíritu lo que hace posible que demos fruto.

Muchas de las figuras de Cristo y del creyente que se dan en la Biblia recalcan este importante concepto de *unión* y *comunión*: el cuerpo y sus miembros (1 Corintios 12), la esposa y el Esposo (Efesios 5:25-33), las ovejas y el Pastor (Juan 10). Un miembro del cuerpo físico separado del cuerpo morirá. El matrimonio crea una unión, pero exige amor y devoción diarios para mantener la comunión. El pastor lleva a las ovejas al rebaño, pero la oveja debe seguir al pastor para tener protección y provisión.

Mientras más pronto como creyentes descubramos que no somos sino pámpanos o ramas, mejor nos relacionaremos con el Señor; porque nos daremos cuenta de nuestras debilidades y confesaremos nuestra necesidad de su fuerza.

La palabra clave es *permanecer*; dicha palabra o sus derivadas aparece once veces en Juan 15:1-11 (“esté” en Juan 15:11). ¿Qué quiere decir permanecer? Significa mantenerse en comunión con Cristo para que su vida pueda obrar en y por medio de nosotros para producir fruto. Esto por cierto incluye la Palabra de Dios y la

36 Transformados en Cristo

confesión de pecado, de modo que nada estorbe nuestra comunión con él (Juan 15:3). También incluye obedecerle porque le amamos (Juan 15:9,10).

¿Cómo podemos saber que estamos permaneciendo en Cristo? ¿Se siente algo especial? No; pero hay evidencias especiales que aparecen y que son inconfundibles. Por un lado, cuando permaneces en Cristo, produces fruto (Juan 15:2). Explicaremos más adelante lo que es aquel “fruto”. También experimentas el *podado* del Padre para que puedas dar más fruto (Juan 15:2). El creyente que permanece en Cristo recibe respuesta a sus oraciones (Juan 15:7) y experimenta un amor más profundo por Cristo y por los demás creyentes (Juan 15:9,12,13). También experimenta gozo (Juan 15:11).

Esta relación permanente es natural para el pámpano y la vid, pero en la vida cristiana hay que cultivarla. No es automática. Permanecer en Cristo exige adoración, meditación en la Palabra de Dios, oración, sacrificio y servicio, ¡es una experiencia de gran gozo! Una vez que has empezado a cultivar esta comunión más profunda con Cristo, no tendrás deseo de volver a la vida superficial del creyente descuidado.

(3) *El Labrador*. El labrador está a cargo del cuidado de las vides, y Jesús dijo que esta es obra de su Padre. Es él quien limpia o poda los pámpanos para que produzcan más fruto. Nota la progresión aquí: ningún fruto (Juan 15:2), fruto, más fruto, mucho fruto (Juan 15:5,8). Muchos creyentes oran pidiendo que Dios les haga más fructíferos, ¡pero no disfrutan del proceso de podado que exige!

El labrador poda los pámpanos de dos maneras: corta la madera seca que puede dar lugar a enfermedades e insectos. También corta tejido vivo para que la vida de la vid no se disipe y reste calidad a la cosecha. Es más,

el labrador corta racimos enteros de uvas a fin de que el resto de la cosecha sea de mejor calidad. Dios quiere tanto cantidad como calidad.

Este proceso de podado es la parte más importante de toda la empresa, y la gente que debe hacerlo tiene que recibir entrenamiento cuidadoso, porque podría destruir la cosecha entera. Algunos viñeros dedican dos o tres años a entrenar a los podadores para que sepan dónde cortar, cuánto cortar e incluso a qué ángulo hacer el corte.

El mayor castigo que Dios podría imponerle al creyente sería dejarlo solo, y dejar que se saliera con la suya. Debido a que Dios nos ama, nos *poda* y nos anima a dar más fruto para su gloria. Si las ramas pudieran hablar, confesarían que el proceso de podado duele; pero también se alegrarían de poder producir más y mejor fruto.

Tu Padre celestial nunca está más cerca de ti que cuando te está podando. A veces corta la madera muerta que pudiera causarte problemas; pero a menudo corta el tejido vivo que está robándote el vigor espiritual. Podar no quiere decir simplemente cirugía espiritual que quita lo malo. También puede significar cortar lo bueno y lo mejor para que podamos disfrutar de lo máximo. Sí, podar duele, pero también ayuda. Tal vez no nos guste, pero lo necesitamos.

¿Cómo nos poda el Padre? A veces simplemente usa la Biblia para convencernos y limpiarnos. (La palabra que se traduce limpiar en Juan 15:2 se usa de igual manera en Juan 13:10. Ve Efesios 5:26,27). A veces debe castigarnos (Hebreos 12:1-11). A veces duele cuando él quita algo que para nosotros es precioso; pero cuando se produce la “cosecha espiritual” vemos que el Padre sabía lo que estaba haciendo.

Mientras más permanecemos en Cristo, más fruto llevamos; y mientras más fruto damos, más tiene que

38 Transformados en Cristo

podarnos el Padre para que la calidad se mantenga a la par que la cantidad. Dejado solo el pámpano podría producir muchos racimos, pero serían de calidad inferior. Dios es glorificado con una cosecha más abundante, pero también por una cosecha *mejor*.

(4) *El fruto*. La palabra *resultados* se oye con frecuencia en la conversación entre obreros cristianos, pero en realidad no es un concepto bíblico. Una máquina puede producir resultados, y lo mismo un robot, pero se requiere de un *organismo vivo* para producir fruto. Producir fruto exige tiempo y cultivo; una buena cosecha no surge de la noche a la mañana.

Debemos recordar que las ramas no se comen el fruto; otros lo comen. No debemos producir fruto para complacernos a nosotros mismos, sino para servir a los demás. Debemos ser personas que dan de comer a otros mediante nuestras palabras y obras. “Los labios del justo apacientan a muchos” (Proverbios 10:21).

En la Biblia se mencionan varias clases diferentes de fruto espiritual. Damos fruto cuando ganamos a otros para Cristo (Romanos 1:13). Somos parte de la cosecha (Juan 4:35-38). Al crecer en santidad y obediencia estamos dando fruto (Romanos 6:22). Pablo consideraba que las ofrendas son fruto de una vida dedicada (Romanos 15:28). “El fruto del Espíritu” (Gálatas 5:22,23) es la clase de carácter cristiano que glorifica a Dios y hace a Cristo real ante los demás. Incluso nuestras buenas obras, nuestro servicio, brotan de nuestra vida que permanece (Colosenses 1:10). La alabanza que brota de nuestros corazones y labios es en realidad fruto para la gloria de Dios (Hebreos 13:15).

Muchas de estas cosas podrían ser falsificadas por la carne, pero a la larga se descubrirá el engaño, porque el

verdadero fruto espiritual lleva en sí mismo *la semilla para dar más fruto*. Los resultados hechos por el hombre son muertos y no se pueden reproducir, pero el fruto producido por el Espíritu seguirá reproduciéndose de una vida a otra. Habrá fruto, más fruto, mucho fruto.

Una rama o un pámpano verdadero, unido a la vid, siempre dará fruto. No todo pámpano produce una cosecha gigantesca, ni todo campo produce una cosecha gigantesca (Mateo 13:8,23), pero donde hay vida siempre hay fruto. Si no hay fruto, el pámpano es inútil y es echado fuera y quemado. No pienso que nuestro Señor esté enseñando aquí que los verdaderos creyentes puedan perder su salvación, porque esto sería una contradicción de lo que enseñó en Juan 6:37 y 10:27-30. No es sabio edificar una doctrina teológica sobre una parábola o alegoría. Jesús estaba enseñando una verdad principal: la vida fructífera del creyente; y no debemos estirar demasiado los detalles. Así como una rama sin fruto es inútil, así un creyente infructuoso es inútil; y hay que tratar con ambos. Es trágico que un creyente que una vez daba fruto se descarríe y pierda su privilegio de la comunión y el servicio. Creo que Juan 15:6 describe la disciplina divina antes que el destino eterno. “Hay [para los creyentes] pecado de muerte” (1 Juan 5:16).

Nuestro Señor ha hablado de paz (Juan 14:27); ahora menciona amor y gozo (Juan 15:9-11). Amor, gozo y paz son los primeros tres en la lista de “el fruto del Espíritu” mencionada en Gálatas 5:22,23. Nuestra permanencia en Cristo debe producir por cierto su amor, gozo y paz en nuestros corazones. Debido a que le amamos, guardamos sus mandamientos; y, al guardar sus mandamientos, permanecemos en su amor y lo experimentamos de una manera más profunda.

40 Transformados en Cristo

Varias veces en el Evangelio de Juan se encuentra a Jesús hablando del amor del Padre por él. Recalcamos tanto el amor de Dios por el mundo y la iglesia que nos olvidamos que el Padre ama al Hijo. Debido a que el Padre sí ama al Hijo, ha puesto todo en manos del Hijo (Juan 3:35) y ha revelado todas las cosas al Hijo (Juan 5:20). El Padre amaba al Hijo desde antes de la fundación del mundo (Juan 17:24); amaba al Hijo cuando el Hijo moría en la cruz (Juan 10:17). Lo sorprendente es que los creyentes hoy pueden experimentar el mismo amor. Jesús oró “que el amor con que me has amado, esté en ellos [en los discípulos y en los creyentes de hoy]” (Juan 17:26).

Como pámpanos en la Vid tenemos el privilegio de permanecer y la responsabilidad de dar fruto. Ahora pasamos al segundo cuadro, el de los *amigos*.

2. Amigos: Debemos obedecer (Juan 15:12-17)

La mayoría de nosotros tenemos muchos conocidos pero muy pocos amigos, e incluso algunos de nuestros amigos tal vez se porten en forma poco amistosa o incluso son desleales. ¿Qué tal en cuanto a Judas? “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar” (Salmo 41:9). Aun un amigo devoto puede fallarnos cuando más lo necesitamos. Pedro, Jacobo y Juan se quedaron dormidos en el huerto cuando deberían haber estado orando; y Pedro hasta negó al Señor tres veces. Nuestra amistad de unos a otros y con el Señor no es perfecta, pero la amistad que él nos ofrece sí es perfecta.

Sin embargo, no debemos interpretar la palabra *amigo* de una manera limitada, porque la palabra griega significa *amigo en la corte*. Describe el *círculo íntimo* que rodea a un rey o a un emperador. (En Juan 3:29 se refiere al “amigo” en una boda.) Los *amigos del rey* son los que más cerca están

Relaciones... y responsabilidades 41

de él y saben sus secretos, pero también son sus súbditos y tienen que obedecer sus órdenes. Por tanto, no hay conflicto entre ser amigo y ser sirviente.

La ilustración perfecta de esto en la Biblia es Abraham, *amigo de Dios* (2 Crónicas 20:7; Isaías 41:8; Santiago 2:23), quien también era siervo de Dios (Génesis 26:24). En Génesis 18 nuestro Señor y dos ángeles visitaron a Abraham de camino a investigar el pecado de Sodoma. Aunque Abraham tenía casi cien años, interrumpió su siesta de mediodía, recibió a los visitantes, ordenó que los atendieran y les preparó una comida succulenta. En los primeros quince versículos de este capítulo Abraham está en movimiento; y dos veces se le menciona como siervo (Génesis 18:3,5). Nota que este anciano “salió corriendo”, y “corrió” a animar a los demás que hicieran rápidamente su trabajo, ejemplo perfecto del siervo. Abraham no se sentó a comer con ellos. Como verdadero sirviente, se quedó cerca, listo para atenderlos en lo que fuera.

En la última parte del capítulo la atmósfera cambia, y Abraham se queda quieto en comunión con el Señor. Sigue siendo siervo, pero ahora es amigo. “¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer . . .?” preguntó el Señor. Como amigo de Dios, Abraham sabía los secretos de Dios.

Es esta clase de relación personal la que Jesús describió cuando llamó amigos a sus discípulos. Era por cierto una relación personal de *amor*, tanto para él como de unos a otros. Los *amigos del Rey* no pudieron competir entre sí por atención o ascenso. Eran parte de su círculo íntimo, no para promoverse a sí mismos, sino para servir al Rey. ¡Qué reproche debe haber sido esto para los egoístas discípulos que con frecuencia discutían quién sería el mayor!

¿Cómo es posible que Jesús nos *ordene* amarnos unos a otros? ¿Puede ordenarse el verdadero amor? Hay que

42 Transformados en Cristo

tener presente que el amor cristiano no es básicamente un sentimiento o emoción; es un acto de la voluntad. La prueba de nuestro amor no es lo que sentimos sino nuestras acciones, incluso al punto de poner nuestras vidas por Cristo y unos por otros (1 Juan 3:16). Jesús puso su vida por sus amigos ¡y por sus enemigos! (Romanos 5:10). Aunque las emociones tienen su lugar, el verdadero amor cristiano es un acto de la voluntad. Quiere decir tratar a otros de la manera en que Dios nos trata.

Así que nuestra amistad con Cristo incluye amor y obediencia, pero también incluye conocimiento: El nos divulga sus planes. De hecho, es nuestro Maestro (Juan 13:13,16), pero no nos trata como a sirvientes. Nos trata como amigos, *si* hacemos lo que nos ordena. Abraham fue amigo de Dios porque obedeció a Dios (Génesis 18:19). Si tenemos amistad con el mundo, entonces tenemos enemistad contra Dios (Santiago 4:1-4). A Lot, en Sodoma, no se le llamó amigo de Dios, aunque era salvo (2 Pedro 2:7). Dios le dijo a Abraham lo que planeaba hacer a las ciudades de la llanura, y Abraham pudo interceder por Lot y la familia de éste.

Es interesante notar que en el evangelio de Juan ¡eran los criados los que sabían lo que estaba pasando! Los criados en la fiesta de bodas en Caná sabían de dónde salió el vino (Juan 2:9), y los sirvientes del noble sabían cuándo fue curado el hijo (Juan 4:51-53).

Uno de los más grandes privilegios que tenemos como amigos es que aprendemos a conocer mejor a Dios, y a participar en los secretos de Dios. Nunca olvidaré el impacto que sentí en mi propio corazón cuando oí al Dr. Oswald Sanders decirle al personal de Back to the Bible: “Cada uno de nosotros está tan cerca de Dios como quiere estar”. Somos sus amigos, y debemos estar cerca del trono,

Relaciones... y responsabilidades 43

escuchando su palabra, disfrutando de intimidad con él, y obedeciendo sus mandamientos.

Un día, cuando andaba fugitivo, David estuvo cerca de Belén, su ciudad natal, y anhelaba beber agua del pozo que estaba cerca de la puerta. Tres de sus valientes estaban tan cerca de él que oyeron lo que decía, y arriesgaron sus vidas para traerle el agua que él quería (2 Samuel 23:15-17). Eso es lo que significa ser amigo del rey.

En Juan 14:16 Jesús recordó a los hombres que ellos tenían esa posición privilegiada sólo debido a la gracia divina. No fueron ellos los que lo escogieron a él; ¡él los escogió a ellos! Los escogió del mundo (Juan 14:19) y los ordenó para que hicieran su voluntad. De nuevo hallamos la importante palabra *fruto*. Como ramas participamos de su vida y damos fruto; y como amigos participamos de su amor y damos fruto. Como ramas, el Padre nos poda; como amigos, el Hijo nos instruye y sus palabras controlan nuestra vida.

La palabra “puesto” sencillamente quiere decir *nombrado*. Se refiere a la acción de separar a alguien para un servicio especial. Por gracia hemos sido escogidos y apartados por el Señor para que vayamos al mundo y demos fruto. Nos ha enviado al mundo (Juan 17:18) como sus embajadores personales para que les hablemos a otros del Rey y de su gran salvación. Cuando testificamos a otros y los ganamos para Cristo, esto es dar fruto para la gloria de Dios.

Como mencioné anteriormente, la evidencia de ser verdaderos hijos, de ser discípulos (Juan 15:8) y de ser amigos (Juan 15:15) es el *fruto*. “Por sus frutos los conoceréis” (Mateo 7:20). Donde hay fruto verdadero, ese fruto permanece; los resultados hechos por el hombre a la larga desaparecen. El fruto tiene en sí la semilla para más fruto,

44 Transformados en Cristo

así que el proceso sigue sin cesar. Lo que es nacido del Espíritu de Dios lleva en sí la característica de la eternidad, y durará.

De nuevo Jesús se refirió al privilegio de la oración. Los amigos del rey por cierto hablan a su Soberano y le cuentan sus cargas y necesidades. En los días de las monarquías se consideraba un honor especial ser invitado para hablar con el rey o la reina; sin embargo los amigos de Jesús pueden hablar con él todo el tiempo. El trono de la gracia siempre está disponible para ellos.

Juan 15:15,16 resume lo que significa ser amigo del Rey de reyes. Es una experiencia que nos deja humildes, porque él nos escoge y no nosotros a él. Debemos siempre tener esto presente para que no nos enorgullezcamos o seamos arrogantes. Quiere decir que mantenemos nuestros oídos abiertos y escuchamos lo que tiene para decirnos. “¿Oíste tú el secreto de Dios? (Job 15:8). “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto” (Salmo 25:14). Debemos estar atentos y alertas.

Pero el propósito de todo esto es que podamos obedecerle y hacer su obra. El Rey tiene tareas que deben hacerse; y si le amamos, obedeceremos sus mandamientos. Procuraremos dar fruto que le agrade y glorifique al Padre. Nuestro gozo debe ser complacerle.

Jesús terminó esta parte de su mensaje recordándoles (a ellos y a nosotros) el mandamiento más importante de todos: amarse unos a otros. Hay decenas de afirmaciones “unos a otros” en el Nuevo Testamento, pero todas ellas se resumen en *ámense unos a otros*. Jesús ya había dado este mandamiento a los once (Juan 13:34,35), y ahora lo repite dos veces (Juan 15:12,17). Será expresado de una manera u otra, muchas veces más en las cartas del Nuevo Testamento, especialmente en la Primera Epístola de Juan.

Los amigos del Rey no sólo deben amarle a él, sino que también deben amarse unos a otros. Qué alegría para el corazón del Rey al ver que sus amigos se aman unos a otros y trabajan juntos para obedecer sus mandamientos.

Este estudio empezó con la viña ¡y termina en la sala del trono! El próximo estudio nos llevará al campo de batalla, en donde experimentaremos el odio de un mundo perdido. Si no estamos permaneciendo como ramas y obedeciendo como amigos, nunca podremos hacerle frente a la oposición del mundo. Si no nos amamos unos a otros, ¿cómo podemos esperar amar a los hombres y mujeres perdidos del mundo? Si no estamos marchando juntos como amigos del Rey, nunca podremos presentar un frente unido ante el enemigo.

“Separadas de mí, nada podéis hacer” (Juan 15:5).

No es que quedamos simplemente lisiados o estorbados. ¡Quedamos paralizados sin esperanza! ¡No podemos hacer *nada!*

Pero si permanecemos en él, si nos quedamos cerca del trono, podemos hacer *¡cualquier cosa* que él nos ordene!

¡Qué privilegio, y qué responsabilidad!

El ministerio del Espíritu en el mundo

Juan 15:18–16:16

Esta es una sección larga, Juan 15:18–16:16, y está unida por dos temas importantes: la oposición del mundo contra la iglesia, y el ministerio del Espíritu a la iglesia y por medio de ella. Nuestro Señor había estado hablando del amor (Juan 15:9-13,17), pero ahora pasa a hablar del *odio*; y usa siete veces el verbo aborrecer en este capítulo. Parece increíble que alguien odie a Jesucristo y a su pueblo, pero esa es exactamente la situación hoy; y *una parte de ese aborrecimiento viene de gente religiosa*. En pocas horas los dirigentes religiosos de Israel estarían condenando a su Mesías y pidiendo a gritos su sangre.

Nuestro Señor había enseñado abiertamente a sus discípulos que un día vendría la persecución. Lo mencionó en el sermón del monte (Mateo 5:10-12,44), y cuando comisionó a los discípulos a ministrar (Mateo 10:16-23). Al denunciar a los fariseos Jesús abiertamente dijo que ellos perseguirían y matarían a los siervos de Dios (Mateo 23:34,35); y hay una advertencia similar que

dio en su mensaje profético en el Monte de los Olivos (Marcos 13:9-13).

En todo el Evangelio de Juan es evidente que el pueblo religioso no sólo se oponía a Jesús, sino que procuraba matarlo (Juan 5:16; 7:19,25; 8:37,59; 9:22; nota también 11:8). Conforme avanzaba su ministerio surgió primero una ola de resentimiento, luego odio, y finalmente abierta oposición. Así que los discípulos no deberían haberse sorprendido cuando Jesús trajo a colación este tema de la persecución, porque ya habían oído sus advertencias y le habían visto hacer frente al odio de los hombres durante su ministerio.

Hasta que el Señor regrese, o nosotros muramos, tenemos que vivir en un mundo hostil y enfrentar oposición continua. ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Cuál es el secreto de la victoria? Es la presencia y el poder del Espíritu Santo de Dios en nuestra vida. Esta es la sección clave del mensaje del aposento alto en cuanto al Espíritu Santo y su ministerio.

Antes de estudiar este pasaje y ver el ministerio triple del Espíritu Santo a la iglesia en el mundo, debemos hacer una pausa para refrescar nuestra memoria de quién es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo de Dios es una Persona; Jesús se refería al Espíritu Santo usando pronombres personales. El Espíritu tiene inteligencia (Romanos 8:27), voluntad (1 Corintios 12:11), y sentimientos (Gálatas 5:22,23).

En Juan 15:26 se mencionan a todas las tres Personas de la Deidad: Jesús el Hijo enviará al Espíritu, quien procede del Padre. Debido a que el Espíritu Santo es una Persona, y es Dios, quiere decir que el creyente ¡tiene a Dios morando en su cuerpo! Si no tuviéramos al Espíritu Santo dentro no podríamos servir al Señor en este presente mundo malo. Debemos andar en el Espíritu (Gálatas 5:16),

48 Transformados en Cristo

adorar en el Espíritu (Filipenses 3:3) y testificar en el Espíritu (Hechos 1:8).

Los creyentes pueden estar firmes y resistir en medio del aborrecimiento del mundo gracias a los ministerios especiales del Espíritu Santo.

1. El Espíritu como Consolador anima a la Iglesia

(Juan 15:18–16:4)

Debemos empezar aclarando lo que Jesús quería decir con el término “mundo”, porque en la Biblia se usa el término por lo menos de tres maneras diferentes. Puede indicar *el mundo creado* (“el mundo por él fue hecho”, Juan 1:10), el mundo de la *humanidad* (“Porque de tal manera amó Dios al mundo”, Juan 3:16), o *la sociedad apartada de Dios y opuesta a Dios*. A veces usamos la frase, el sistema del mundo para referirnos a este significado especial.

Por ejemplo, cuando se oyen las noticias por la radio uno puede oír que el locutor dice: “Y ahora las noticias del mundo de los deportes”. Obviamente “el mundo de los deportes” no es un país o planeta especial en donde viven todos los que de una manera u otra tiene que ver con deportes.

“El mundo de los deportes” se refiere a todas las organizaciones, personas, planes, actividades, filosofías, etc. que son parte de los deportes. Algunas de estas cosas son visibles y otras invisibles, pero todas ellas están organizadas alrededor de una cosa: deportes.

“El mundo” desde el punto de vista bíblico incluye a todas las personas, planes, organizaciones, actividades, filosofías, etc. que pertenecen a una sociedad sin Dios. Algunas de estas cosas pueden ser cuestión de cultura; otras pueden ser muy corruptas; pero todas tienen su origen

en los corazones y las mentes de hombres pecadores, y promueven lo que el hombre pecador quiere disfrutar o lograr. Como creyentes debemos tener cuidado de no amar al mundo (1 Juan 2:15-17) ni conformarnos al mundo (Romanos 12:1,2).

Jesús no anda con rodeos al decirles a sus discípulos que su situación en el mundo será seria e incluso peligrosa. Nota el progreso en la oposición del mundo: aborrecimiento (Juan 15:18,19), persecución (Juan 15:20), expulsión e incluso muerte (Juan 16:2). Puedes encontrar estas etapas de resistencia al leer el Libro de los Hechos.

¿Por qué será que el sistema del mundo, incluyendo el “mundo religioso” aborrece al creyente que cree en Jesucristo y procura seguirle? Jesús da varias razones.

Nos identificamos con Cristo (15:18 y 20). Si el mundo le aborreció a él, también nos aborrecerá a los que nos identificamos con él. En Juan 15:20 Jesús citó la afirmación que ya había hecho anteriormente (Juan 13:16), y la lógica es clara. El es el Maestro; nosotros sus siervos. El es mayor que nosotros, así que él debe recibir la alabanza y la gloria, pero el mundo no le alaba ni le glorifica. El mundo lo aborrece a él, y por consiguiente debe aborrecernos. Si con toda su grandeza y perfección Jesús no escapa de la persecución, ¿qué esperanza tenemos nosotros con todas nuestras imperfecciones?

Este principio se ve en algunas de las otras figuras de la relación personal entre Cristo y los suyos. El es Pastor y nosotros sus ovejas; y cuando atacan al Pastor, eso afecta a las ovejas (Mateo 26:31). El es el Maestro y nosotros los discípulos, los aprendices. Pero es alentador saber que cuando el pueblo de Dios es perseguido, nuestro Señor entra con ellos en su sufrimiento, porque él es la Cabeza del cuerpo y nosotros los miembros. “Saulo, Saulo, ¿por

50 Transformados en Cristo

qué me persigues?” (Hechos 9:4). Cualquier cosa que el enemigo pueda hacernos a nosotros, ya ha sido hecha a Jesucristo, y él está *con nosotros* mientras sufrimos.

No pertenecemos al mundo (15:19). Cuando confiamos en Cristo pasamos a una nueva posición espiritual: ahora estamos en Cristo y no somos del mundo. Es cierto que estamos físicamente en el mundo, pero espiritualmente no somos *del* mundo. Ahora que somos “participantes del llamamiento celestial” (Hebreos 3:1) ya no nos interesan los tesoros o placeres de este mundo. Esto no quiere decir que debemos aislarnos de la realidad o ser insensibles a las necesidades del mundo, ni concentrarnos tanto en lo celestial que no servimos para nada en la tierra. Más bien, quiere decir que miramos a las cosas de la tierra desde el punto de vista celestial.

El sistema del mundo funciona a base de la conformidad. En tanto y en cuanto una persona sigue las novedades y modas, y acepta los valores del mundo, podrá adaptarse. Pero el creyente rehusa conformarse al mundo (Romanos 12:2). El creyente es una “nueva criatura” (2 Corintios 5:17), y ya no quiere vivir la vida vieja (1 Pedro 4:1-4). Somos la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-16), pero un mundo en tinieblas no quiere la luz, y un mundo en descomposición no quiere sal. En otras palabras, el creyente no sólo está fuera de compás; está ¡fuera de lugar! (Ve Juan 17:14,16 y 1 Juan 4:5.)

El mundo es espiritualmente ignorante y ciego (15:21). Si uno les hubiera preguntado a los dirigentes religiosos de Jerusalén si conocían al Dios que estaban tratando de defender, habrían dicho: “¡Por supuesto que le conocemos! ¡Israel ha conocido al verdadero Dios por siglos!” Pero Jesús dijo que ellos *no conocían* al Padre y, por tanto, no podían conocer al Hijo (ve Juan 16:3). Los líderes

religiosos sabían mucho acerca de Jehová Dios y podían citar capítulo y versículo para defender sus doctrinas, pero no conocían personalmente a Dios.

Este no era un nuevo tema para nuestro Señor, puesto que ya lo había mencionado a los dirigentes religiosos que se oponían a él. “Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (Juan 8:19). “Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco” (Juan 8:55). Jesús les había enseñado la palabra y había demostrado su deidad en señales milagrosas y un andar santo; aun así los dirigentes religiosos de la nación estaban ciegos a su identidad: “El mundo no le conoció” (Juan 1:10).

El mundo religioso de hoy afirma conocer a Dios, pero no quiere doblar su rodilla ante Jesucristo, el Hijo de Dios y único Salvador del mundo. Satanás ha cegado sus mentes (2 Corintios 4:3,4) y el pecado ha cegado sus corazones (Efesios 4:17-19). Como Saulo de Tarso, están tan convencidos de que su religión y justicia son satisfactorias que *en nombre de aquella religión* persiguen al pueblo de Dios.

El mundo no será franco respecto a su propio pecado (15:22-24). De nuevo Jesús hizo hincapié en sus palabras y obras. Hemos visto este énfasis en todo el Evangelio de Juan (3:2; 5:36-38; 10:24-27; 14:10,11). El pueblo no tenía excusa por sus pecados. Habían visto sus obras y oído su palabra, pero no querían reconocer la verdad. Toda la evidencia había sido presentada, pero ellos no eran suficientemente sinceros como para recibirla y ponerla en práctica.

Esta afirmación es paralela a la que Jesús les dijo a los fariseos después de haber sanado al ciego (Juan 9:39-41). Ellos tenían que reconocer que Jesús había sanado al ciego de nacimiento, pero no querían seguir la evidencia a su

52 Transformados en Cristo

conclusión lógica y confiar en él. Jesús les dijo que ellos eran los ciegos. Pero puesto que confesaron que habían visto un milagro, eso empeoró aun más su pecado. No estaban pecando debido a ignorancia; estaban pecando contra un torrente de luz. ¿Por qué? Porque aquella luz revelaba su propio pecado y no querían hacerle frente con franqueza. Su actitud era similar a la que se describe en 2 Pedro 3:5: “Estos ignoran *voluntariamente*”.

¿Cómo alienta el Espíritu Santo al creyente que está sufriendo por el aborrecimiento y la oposición del mundo? Primordialmente por la Palabra de Dios. Por un lado, el Espíritu nos hace recordar que varios escritores de la Biblia mencionan claramente esta oposición. En Juan 15:25 Jesús citó el Salmo 35:19 y 69:4. La Palabra le aseguró que el odio del mundo no se debía a algo que él hubiera hecho porque no había hecho nada deliberadamente para incitar esa oposición. Hoy podemos acudir a pasajes tales como Filipenses 1:28-30; 2 Timoteo 2:9-12; Hebreos 12:3,4 y 1 Pedro 4:12ss. También tenemos las palabras alentadoras de nuestro Señor encontradas en los Evangelios.

El Espíritu también nos da testimonio a nosotros y por nosotros en tiempos de persecución (Juan 15:26,27). Nos recuerda que lo que estamos atravesando es “participación de sus padecimientos [los de Cristo]” (Filipenses 3:10) y que es un privilegio sufrir vituperio por su nombre. (Lee *cuidadosamente* 1 Pedro 4:12-19).

Los tiempos de persecución siempre han sido para la iglesia cristiana tiempos de proclamación y testimonio. Debemos estar “siempre preparados para presentar defensa” cuando los incrédulos nos atacan (1 Pedro 3:15). El Espíritu nos da testimonio para que nosotros podamos testificar al mundo (Marcos 13:11). Sin el poder del Espíritu de Dios no podemos dar un claro testimonio de Cristo (Hechos 1:8).

No hay razón para que el creyente tropiece (Juan 16:1) cuando el mundo atiza el fuego de la persecución. Debe esperar persecución, aunque sea sólo porque el Señor le dijo que vendría. (Nota especialmente Juan 13:19 y 14:29 donde el Señor les advirtió a sus discípulos de antemano.) Todavía más, no deben tropezar cuando esta persecución brota de los dirigentes religiosos que en realidad piensan que están sirviendo a Dios. La palabra que se traduce “servicio” en Juan 16:2 quiere decir *servicio sacerdotal*. Esta afirmación es una buena descripción de Saulo de Tarso, quien pensaba que estaba sirviendo a Dios en su afán de destruir la Iglesia (ve Hechos 7:57–8:3; 22:3,4; 26:9-12).

Es trágico cuando los religiosos persiguen y asesinan en el nombre de Dios. En tanto que es cierto que “la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia” (Tertuliano), también es cierto que su sangre mancha las páginas de la historia.

2. El Espíritu como reprensor testifica mediante la Iglesia (Juan 16:5-11)

Por tres años Jesús había estado con ellos protegiéndolos de ataques; pero ahora iba a dejarlos. Les había dicho esto antes esa noche (Juan 13:33), y Pedro le había preguntado adónde se iba (Juan 13:36). Sin embargo, la pregunta de Pedro revelaba más preocupación *por sí mismo* que por el Señor Jesús. También, su pregunta se centraba en lo inmediato, no en lo último. Era necesario que Jesús explicara por qué era importante *para ellos* que él volviera al Padre.

La principal razón, por supuesto, era para que el Espíritu Santo pudiera venir para dar poder a la iglesia para la vida y el testimonio. También el Salvador ascendido podría interceder por su pueblo ante el trono de la gracia. Con todas sus faltas, los discípulos amaban profundamente a su Maestro; y era difícil para ellos captar estas nuevas verdades.

54 Transformados en Cristo

Es importante notar que el Espíritu viene *a la Iglesia* y no al mundo. Esto quiere decir que él obra en y por medio de la Iglesia. El Espíritu Santo no ministra en el vacío. Así como fue preciso que el Hijo de Dios tuviera un cuerpo para hacer su obra en la tierra, así el Espíritu de Dios necesita un cuerpo para realizar sus ministerios; y ese cuerpo es la Iglesia. Nuestros cuerpos son sus herramientas y templos, y él quiere usarnos para glorificar a Cristo y testificar a un mundo perdido.

A veces oímos que algunos oran: “Señor: ¡Manda tu Espíritu para que hable a los perdidos! ¡Que el Espíritu vaya de corazón en corazón!” Sin duda, tal oración es sincera, pero ¿es bíblica? El Espíritu no *flota* como fantasma por las bancas de un templo, tratando de ganar a los perdidos, sino que obra a través de las personas en las que él vive. Cuando el Espíritu Santo vino en Pentecostés, llenó a Pedro de poder para predicar; y la predicación de la palabra produjo convicción en los que oyeron.

La palabra clave aquí es convencer (Juan 16:8). Es una palabra legal que quiere decir *sacar a la luz, exponer, refutar, convencer y dejar convicto*. Se podría traducir como pronunciar el veredicto. El mundo puede pensar que está juzgando a los creyentes, pero son los creyentes los que están juzgando al mundo al testificar por Jesucristo. Los creyentes son los testigos, el Espíritu Santo es el *fiscal* y los incrédulos son los prisioneros culpables. Sin embargo, el propósito de esta acusación no es condenar sino llevar a la salvación.

El Espíritu Santo convence al mundo de un pecado en particular: el de la *incredulidad*. La ley de Dios y la conciencia del hombre convencen al pecador de sus *pecados* (plural) específicas; pero es la obra del Espíritu, mediante el testimonio de los creyentes, que deja al

descubierto la incredulidad de un mundo perdido. Después de todo, es la incredulidad lo que condena al pecador (Juan 3:18-21), no el hecho de cometer pecados individuales. Una persona puede limpiar su vida y dejar sus malos hábitos y así y todo estar perdida e ir al infierno.

El Espíritu también convence de *justicia* al pecador, no de *injusticia*. ¿Cuál justicia? La justicia de Jesucristo, el perfecto Cordero de Dios. El mundo no quiso recibir al Hijo de Dios (Juan 1:10), de modo que él regresó al Padre. Cuando estaba en la tierra los hombres lo acusaron de ser blasfemo, de quebrantar las leyes, de ser un engañador e incluso de estar endemoniado. El Espíritu de Dios revela al Salvador en el mundo y de esta manera le glorifica (Juan 16:13,14). El Espíritu también revela a Cristo en las vidas de los creyentes. El mundo no puede recibir o ver al Espíritu de Dios, pero sí puede ver lo que él hace al contemplar las vidas de los creyentes consagrados.

El Espíritu convence de *juicio* al pecador perdido. No confundas esta afirmación con Hechos 24:25 (“de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero”). Jesús se refería al juicio de Satanás que fue efectuado cuando Cristo murió en la cruz (Juan 12:31). Satanás es el príncipe de este mundo, pero es un príncipe derrotado. Satanás ya ha sido juzgado y el veredicto ha sido dictado. Todo lo que falta por realizarse es la ejecución de la sentencia, y eso sucederá cuando Jesús regrese.

Cuando el pecador está verdaderamente bajo convicción verá la necedad y el mal de la incredulidad; confesará que no llega a la medida de la justicia de Cristo; y se dará cuenta de que está bajo condenación porque pertenece al mundo y al diablo (Efesios 2:1-3). La única persona que puede rescatarlo de tan horrible situación es Jesucristo, el Hijo de Dios. No puede haber conversión sin convicción,

56 Transformados en Cristo

y no puede haber convicción sin la obra del Espíritu de Dios quien usa la Palabra de Dios y el testimonio de un fiel hijo de Dios.

Testificar es un gran privilegio, pero también es una seria responsabilidad. ¡Es cuestión de vida o muerte! Cómo necesitamos que el Espíritu Santo nos guíe a las personas precisas, que nos dé las palabras precisas, y nos capacite para glorificar con paciencia a Jesucristo.

3. El Espíritu como maestro guía a la Iglesia

(Juan 16:12-15).

Nuestro Señor siempre se cuidaba de darles a sus discípulos la cantidad apropiada de verdad en el mejor momento. Esto es siempre la característica de un gran maestro. El Espíritu Santo es nuestro Maestro hoy, y sigue el mismo principio: nos enseña las verdades que debemos saber, cuando las necesitamos, y cuando estamos listos para recibirlas.

Cuando se compara Juan 14:26 con 16:13 se ve que Dios preparó una maravillosa manera para que se escribieran las Escrituras del Nuevo Testamento. A los discípulos, el Espíritu les haría recordar lo que Jesús les había enseñado; los cuatro evangelios se componen de dichas enseñanzas. El Espíritu también les guiaría a toda verdad; y esto resultaría en las epístolas. “Os hará saber las cosas que habrán de venir” se refiere a las Escrituras proféticas, especialmente el libro de Apocalipsis.

Es esencial que veamos que el Espíritu de Dios nunca obra aparte de Jesucristo o de la Palabra de Dios. “El dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26); “El me glorificará” (Juan 16:14). Los que afirman que el Espíritu de Dios les guía a hacer cosas contrarias al ejemplo de Cristo o a la enseñanza de la palabra, están equivocados

o están permitiendo que Satanás los descarríe. Jesús es la verdad (Juan 14:6), y la palabra es verdad (Juan 17:17), y el Espíritu Santo es “el Espíritu de verdad”. Donde está obrando el Espíritu Santo, debe haber verdad.

La frase “[el Espíritu] no hablará por su propia cuenta” (Juan 16:13) no quiere decir que el Espíritu jamás se refiera a sí mismo, porque cuando escribió la Biblia el Espíritu se mencionó a sí mismo con frecuencia. Más bien quiere decir que no habla aparte del Padre y del Hijo. El Espíritu no fabrica un mensaje diferente. En Juan 16:13 se menciona a toda la Deidad porque el Espíritu de Dios no hace caso omiso ni al Padre ni al Hijo. Todos trabajan armoniosamente.

La enseñanza del Espíritu por medio de los apóstoles no fue diferente de la enseñanza del Espíritu por medio de Jesucristo. Algunos teólogos gustan de contrastar el *cristianismo de Cristo* con el *cristianismo de Pablo*. Afirman que Pablo arruinó el cristianismo haciéndolo tan teológico y complicando el mensaje sencillo de Jesucristo. Que interpretación más triste. Lo que Jesús dijo en Juan 14:26 y 16:13 refuta por completo esa falsa enseñanza. El mismo Espíritu Santo comunicó las verdades que se hallan en los cuatro evangelios, las epístolas y el libro de Apocalipsis; y también escribió la historia y la doctrina que hallamos en Hechos.

Es ministerio del Espíritu enriquecernos con los tesoros de la verdad de Dios. Nos ilumina con la verdad de Dios y nos enriquece con los tesoros de Dios. La Palabra de Dios es una rica mina de oro, plata y piedras preciosas (Proverbios 3:13-15; 8:10-21). ¡Qué gozo es que el Espíritu ilumina su palabra y revela a Jesucristo a nosotros!

No estudiamos la Palabra de Dios simplemente para discutir de religión con las personas, o jactarnos de que captamos las cosas espirituales. Estudiamos la Palabra para ver a Jesucristo, para conocer mejor a Dios y para

58 Transformados en Cristo

glorificarle en nuestras vidas. Cuando testificamos en este mundo hostil, el Espíritu usa la palabra que él nos ha enseñando; y así podemos hablar de Cristo a los perdidos. Nuestra tarea es testificar; es tarea del Espíritu convencer.

Tal vez algunos tenemos que dejar de actuar como si fuéramos abogados acusadores, o jueces, para que el Espíritu pueda usarnos como testigos fieles.

¡Que haya gozo!

Juan 16:16-33

Esta sección, Juan 16:16-33, concluye el discurso del aposento alto y trata primordialmente de las emociones de los discípulos. Ellos estaban tristes, confusos por algunas de las enseñanzas de Jesús, y con miedo. Para mí es alentador saber que los discípulos fueron hombres, tal como nosotros, con problemas, y sin embargo el Señor pudo usarlos. A veces tenemos la impresión falsa de que estos hombres eran diferentes de nosotros, especialmente dotados de conocimiento espiritual y valor; pero no fue ese el caso. ¡Eran humanos!

Uno de los temas que se repiten en esta sección es el *gozo* (Juan 16:20-22,24,33). Los once por cierto que no sentían mucho gozo esa noche. Pero lo que Jesús les dijo a la larga haría una diferencia en sus vidas, al igual que puede hacer una diferencia en nuestra vida hoy. Tierna y pacientemente nuestro Señor les explicó cómo su pueblo puede tener gozo.

60 Transformados en Cristo

1. Hay un principio que captar (Juan 16:16-22)

El principio es sencillamente este: Dios nos da gozo, no por sustitución, sino por transformación. Su ilustración de la mujer que da a luz lo deja bien claro. *El mismo bebé que causa dolor también es motivo de alegría.* En el nacimiento Dios no sustituye el dolor de la madre con algo que lo alivie. Más bien, usa lo que ya está allí, pero lo transforma.

Todos los padres saben lo que es tener un niño entristecido porque se le ha roto algún juguete o que un amiguito le ha dejado para ir a su casa. El padre puede hacer una de dos cosas: sustituir el juguete roto o el amigo ausente por alguna otra cosa, o transformar la situación en una nueva experiencia para el niño triste. Si la madre siempre le da un nuevo juguete al niño cada vez que un juguete se le daña, ese niño crecerá esperando que todo problema sea resuelto por sustitución. Si la madre siempre llama por teléfono a otro amiguito y le invita a venir a su casa, el niño crecerá esperando que la gente venga a rescatarlo cada vez que haya una crisis. El resultado en esos casos será un niño mimado que no podrá hacerle frente a la realidad.

Usar la sustitución para resolver problemas es el camino a la inmadurez. El camino de la transformación es el camino de la fe y de la madurez. No podemos madurar emocional o espiritualmente si alguien siempre está reemplazando nuestros *juguets rotos*.

Jesús no dijo que la aflicción (dolor) de la madre fue reemplazada con gozo, sino que la aflicción fue transformada en gozo. El mismo bebé que causó el dolor también fue motivo de gozo. Lo mismo en la vida cristiana: Dios toma situaciones al parecer imposibles, añade el milagro de su gracia, y transforma la prueba en triunfo y la tristeza en gozo. “Jehová tu Dios te convirtió

la maldición en bendición” (Deuteronomio 23:5; ve Nehemías 13:2).

Los hermanos de José lo vendieron como esclavo, y Potifar lo echó en la cárcel como si fuera criminal; pero Dios transformó en victoria esa situación desesperada de derrota. Todo lo que logró la persecución que Egipto desató contra Israel fue que Israel se multiplicara y prosperara más. El rey Saúl perseguía a David procurando matarlo, pero todo lo que logró fue que David se hizo un hombre de Dios más fiel y le ayudó a producir los salmos que hoy animan nuestros corazones. Incluso Jesús tomó la cruz, símbolo de derrota y vergüenza, y la transformó en símbolo de victoria y gloria.

Ahora que entendemos este principio podemos entender mejor los problemas y preguntas de los discípulos.

En Juan 16:16 Jesús anunció que en breve el mundo no le vería más; luego, en breve le verían. Fue una afirmación deliberadamente desconcertante (según Juan 16:25 Jesús hablaba en alegorías [hablaba en sentido figurado]) y los discípulos no entendieron. Esto también me alienta cuando estudio la Biblia y hallo afirmaciones que no puedo entender. ¡Incluso los discípulos tuvieron sus horas de ignorancia espiritual!

¿Qué quería decir Jesús? Posiblemente estaba hablando de los eventos que se avecinaban, en relación con su muerte y resurrección. Después de su sepultura, ellos no le verían por un breve tiempo; pero luego él resucitaría de los muertos y así ellos podrían verle de nuevo. Les había dicho en ocasiones anteriores que se levantaría de los muertos después de tres días, pero sus palabras nunca penetraron en la mente y corazón de ellos.

Sin embargo, pienso que Jesús estaba hablando primordialmente de su regreso al Padre (“Porque yo voy

62 Transformados en Cristo

al Padre”, Juan 16:16). Esto se relaciona con Juan 16:10: “por cuanto voy al Padre, y no me veréis más”. Los discípulos no vivieron para ver el regreso de Cristo, pero sí murieron y le vieron cuando llegaron a la gloria. En comparación con la eternidad, el tiempo que la iglesia ha estado esperando el regreso del Señor ha sido en realidad “un poco” (ve 2 Corintios 4:16-18). A decir verdad, la frase “un poco” se usa en este mismo sentido en Hebreos 10:37: “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”.

En lugar de pedirle a Jesús que les explicara sus palabras, los hombres empezaron a comentarlo entre sí, casi como si se abochornaran de confesar su ignorancia. No obstante, uno no avanza mucho por un intercambio de ideas o palabras que no entiende. Es cuando nos acercamos al Señor y le pedimos su ayuda que aprendemos las lecciones importantes de la vida.

Egipto se alegró cuando Israel partió (Salmo 105:38), y el mundo se alegró cuando Jesucristo salió de escena. Los dirigentes políticos tanto como los líderes religiosos del día esperaban ver que los primeros creyentes se murieran, y que el “movimiento cristiano” desapareciera; pero no fue ese el caso. Jesús envió el Espíritu Santo a su Iglesia, y la iglesia sigue llevando la palabra de la gracia de Cristo hasta lo último de la tierra. Los primeros creyentes se regocijaban incluso cuando sufrían persecución (Hechos 5:41).

Para la madre que sufre los dolores de parto, cada minuto le puede parecer una hora. Nuestro concepto del tiempo cambia con nuestras emociones. Treinta minutos en la silla del dentista puede parecernos horas, mientras que horas pescando o cenando con amigos pueden parecernos muy poco tiempo. La madre siente como si el nacimiento estuviera demorándose una eternidad, cuando en realidad

bien puede ser “un poco”. Cuando el bebé nace, el dolor queda en el olvido porque el gozo llena el corazón.

El mundo actual no quiere a Jesucristo ni a su iglesia. El mundo se regocija mientras nosotros sufrimos, esperando el regreso de nuestro Señor. Es más, toda la creación sufre “dolores de parto” debido al pecado, esperando el regreso del Señor (Romanos 8:22). Cuando el Esposo está ausente, la esposa se lamenta (Mateo 9:15). Pero en un poco él volverá y nosotros iremos con él al cielo para gozarnos en la casa del Padre.

Aunque la aplicación inmediata puede haber sido para los corazones afligidos de los discípulos, la aplicación es para todo el pueblo de Dios, mientras espera la venida de Jesucristo. Para nosotros parece una larga espera; pero Dios no mide el tiempo como nosotros (ve 2 Pedro 3). Pero mientras esperamos debemos hacerle frente a las pruebas y los sufrimientos a base de *transformación* y no *sustitución*, si esperamos madurar en la vida cristiana.

2. Hay una promesa que creer (Juan 16:23-28)

El tema central de este párrafo es la oración: “pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido” (Juan 16:24). Es importante notar que el texto usa dos palabras diferentes para la idea de pedir, aunque se pueden intercambiar. Las palabras que se usa en Juan 16:19,23a [preguntar], y 26b [rogar] quieren decir *hacer una petición*. Se usa cuando alguien hace una petición a un igual. Las palabras que se traduce “pedir” en Juan 16:23b,24 y 26a quieren decir *pedir algo a un superior*. Jesús nunca usó ésta última en su vida de oración porque él es igual al Padre. Nosotros nos acercamos a Dios como inferiores, pidiendo su bendición; pero él se acercó como el mismo Hijo de Dios, igual con el Padre.

64 Transformados en Cristo

¿Qué período de tiempo quería Jesús indicar con la frase “en aquel día”? (Juan 16:23) Pienso que se refería al tiempo después de la venida del Espíritu Santo. En Juan 16:22 les prometió que les vería de nuevo, y él cumplió su promesa. Pasó cuarenta días con ellos después de su resurrección, enseñándoles claramente las verdades que tenían que saber para tomar su lugar y ministrar en la tierra (Hechos 1:3ss). “Aquel día” no puede referirse al día de su regreso por su Iglesia, porque no hay evidencia en la Biblia de que oraremos a él cuando hayamos llegado al cielo.

Jesús sabía que ellos querían hacerle una pregunta (Juan 16:19). Les aseguró que vendría un día muy pronto cuando ellos no les harían más preguntas. En lugar de eso, ellos orarían al Padre y él supliría sus necesidades. Esa fue la promesa que ellos necesitaban desesperadamente creer: que el Padre les amaba y que oíría sus peticiones, y supliría sus necesidades. Mientras Jesús estaba en la tierra, él suplió todas las necesidades de sus discípulos. Ahora él iba a regresar al Padre, pero el Padre supliría las necesidades de ellos. Aquí tenemos la maravillosa promesa y privilegio de la oración.

Nuestro Señor había mencionado la oración muchas veces en su ministerio, y había puesto el ejemplo de oración en su propia vida. En verdad era un hombre de oración. En su mensaje del aposento alto recalcó la oración (Juan 14:12-14; 15:7,16; 16:23-26). Dijo bien claro que la oración de fe es uno de los secretos de una vida cristiana fructífera.

En Juan 16:25-27 Jesús explicó que habría una nueva situación debido a su resurrección y ascensión, y debido a la venida del Espíritu Santo. Ya no les hablaría en términos que exigían perspectiva espiritual para comprenderlos. Les hablaría en términos sencillos y les revelaría al Padre.

En el aposento alto había usado varias figuras simbólicas para que captaran su mensaje: el lavamiento de los pies, la casa de su Padre, la vid y los pámpanos, y el nacimiento de un bebé. En los días que seguirían, esas figuras se harían cada vez más claras para los discípulos mientras fueron enseñados por el Espíritu de Dios.

El propósito del estudio de la Biblia no es simplemente entender verdades profundas, sino llegar a conocer mejor al Padre. “Claramente os anunciaré acerca del Padre” (Juan 16:25). Si nuestra lectura y estudio de la Biblia no resulta en esto, nos puede hacer más daño que bien.

Habría no sólo una nueva situación en la enseñanza, sino también una nueva situación en sus oraciones. Jesús ya había insinuado esto en Juan 16:23. El regresaría al cielo para estar con el Padre, y allí ministraría como nuestro Sumo Sacerdote, haciendo intercesión por nosotros (Romanos 8:34; Hebreos 7:25). También ministraría como nuestro Abogado (1 Juan 2:1). Como nuestro Sumo Sacerdote Jesús nos da la gracia para que no pequemos. Como nuestro Abogado nos restaura cuando confesamos nuestros pecados. Su ministerio en el cielo hace posible nuestro ministerio como testigos en la tierra, mediante el poder del Espíritu.

Cuando se lee el libro de Hechos se descubre que la iglesia inicial dependía de la oración. Creían en las promesas de Dios y le pedían a Dios lo que necesitaban. Le haría mucho bien a todo el pueblo de Dios si regularmente repasaran lo que Jesús enseñó en cuanto a la oración en este discurso del aposento alto. Hay en realidad gozo al orar y recibir respuestas a la oración. Hay gozo en llenar las condiciones que Jesús señaló para la oración exitosa. Pienso que fue Jorge Muller quien dijo que la oración verdadera no es vencer la renuencia de Dios, sino desplegar la buena disposición de Dios.

66 Transformados en Cristo

Hay gozo en la oración y hay gozo al darse cuenta del principio de *transformación*. Jesús mencionó una tercera clase de gozo, el gozo de participar en su victoria sobre el mundo.

3. Hay una posición que tomar (Juan 16:29-33)

En Juan 16:29-30 los discípulos de súbito salieron de su estupor espiritual e hicieron una tremenda afirmación de fe. Primero, afirmaron que comprendían lo que él les había estado enseñando, aunque esta afirmación probablemente tenía algo de insolencia, como lo demostraron sus acciones subsecuentes. Parecían incapaces de captar el significado de la resurrección prometida. Estuvieron perplejos incluso después de su resurrección respecto al futuro de Israel (Hechos 1:6ss). No estoy criticándolos, porque hoy tenemos igual o más puntos débiles cuando se trata de entender la Palabra de Dios. Todo lo que estoy sugiriendo es que su afirmación tuvo algo de presunción.

No sólo que afirmaron su comprensión, sino también su fe y seguridad. “Ahora entendemos...por esto creemos”. Fue toda una afirmación de fe, y pienso que el Señor la aceptó. En su oración que se registra en el capítulo siguiente, Jesús le habló al Padre respecto a sus discípulos y se refirió a su condición espiritual (Juan 17:6-8). Por cierto que él conocía sus debilidades, pero de buen grado aprobó las crecientes evidencias que ellos daban de fe y seguridad.

Pero es posible tener fe, comprensión y seguridad *y así y todo fallarle al Señor*. Si no practicamos esa fe, aplicamos esa comprensión y nos apoyamos en esa seguridad, fallaremos cuando venga el tiempo de la prueba. Eso es lo que les sucedió a los discípulos, y Jesús les advirtió diciéndoles que eso sucedería.

El ya había advertido a Pedro de que le negaría, pero ahora advirtió al grupo entero de discípulos de que ellos le abandonarían. Juan no cita la profecía del Antiguo Testamento (Zacarías 13:7) que se cita en Mateo 26:31. Esta afirmación del Señor debería haber sido una advertencia para que Pedro no siguiera a Jesús cuando lo detuvieron. “Dejad ir a éstos” fueron las palabras de nuestro Señor en el huerto (Juan 18:8). Sabía que no era seguro para ellos quedarse allí.

Jesús ha prometido nunca dejarnos solos (Mateo 28:20; Hebreos 13:5); y sin embargo sus propios discípulos le dejaron solo. Pedro, Jacobo y Juan fueron con él al huerto, pero se quedaron dormidos. Jesús sabía que el Padre estaría con él. “No soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre” (Juan 8:16). “El que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre” (Juan 8:29). Qué alentador fue para el Hijo saber que estaba haciendo la voluntad de su Padre y que podía depender de la ayuda de su Padre.

En cierto punto, no obstante, Jesús sí sintió la ausencia del Padre “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (Mateo 27:46; Salmo 22:1). Cuando fue hecho pecado por nosotros, quedó separado del Padre. Estuvo solo para que nosotros jamás estuviéramos solos. Fue desamparado para que nosotros nunca estuviéramos desamparados.

Juan 16:33 es el resumen y culminación del mensaje del aposento alto. ¿Por qué dio Jesús ese mensaje? Para que los discípulos pudieran tener paz en un mundo de tribulación. Nota el contraste entre “en mí” y “en el mundo”. En Cristo hay paz; en el mundo hay tribulación. Esta es la posición que debemos tomar; estamos *en Cristo*, y por lo tanto podemos vencer al mundo y todo su odio.

Jorge Morrison definió la paz como “la posesión de recursos adecuados”. En Jesucristo tenemos todos los

68 Transformados en Cristo

recursos que necesitamos. Pero la paz depende también de las relaciones personales apropiadas, porque recursos espirituales dependen de relaciones espirituales. “En mí” es la clave. En nosotros mismos no tenemos nada; pero “en Cristo” tenemos todo lo que necesitamos.

Todo creyente es *vencido* o *vencedor*. “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4). El mundo quiere vencernos; por eso Satanás usa al mundo para perseguir y presionar a los creyentes. El mundo quiere que nos conformemos; no quiere que seamos diferentes. Cuando nos sometemos a Cristo y confiamos en él, él nos capacita para que seamos vencedores. Debemos apropiarnos de nuestra posición espiritual en Cristo y creerle para obtener la victoria.

“Confiad” es una de las afirmaciones de estímulo que nuestro Señor repitió. Literalmente quiere decir ¡*Aní-mense!* Hay buen ánimo en su perdón (Mateo 9:1-8), su poder (Mateo 9:18-22), y su presencia (Mateo 14:22-27). Aquí en Juan 16:33 Jesús anuncia el “confiad” de su victoria sobre el mundo. Somos vencedores porque él ha vencido primero por nosotros.

Al repasar esta sección podemos ver cómo estas tres explicaciones de nuestro Señor encajan perfectamente. Reveló un maravilloso principio: Dios transforma la tristeza en gozo. Pero este principio no resulta en nuestras vidas a menos que creamos en su promesa y oremos. Dios ha ordenado que su obra se realice mediante la oración de fe. Pero no podremos orar eficazmente si no nos apropiamos de nuestra posición como vencedores en Jesucristo.

Pero Juan 16:33 es también un prefacio a su gran oración sacerdotal. Les había enseñado la palabra, y ahora iba a orar por ellos. La palabra y la oración siempre deben ir juntas

¡Que haya gozo! 69

(Hechos 6:4). Jesús usó la palabra *mundo* diecinueve veces en esta oración, porque en ella nos muestra cómo vencer al mundo. El mismo estaba enfrentándose al odio del mundo y *del diablo*, y sin embargo podría soportar el sufrimiento y obtener la victoria.

Hay gozo cuando permitimos que Dios transforme la tristeza en gozo. Hay gozo cuando Dios contesta la oración. Hay gozo cuando vencemos al mundo.

¡Que haya gozo!

La oración del Vencedor

Juan 17

La mayoría de los estudiosos que han tratado de armonizar los relatos de los cuatro Evangelios colocan la oración que el Señor Jesús elevó en Juan 17, en el aposento alto, después de que hubo terminado de dar sus instrucciones a sus discípulos. Después todos entonaron los salmos tradicionales de la Pascua, salieron del aposento alto, y se dirigieron a Getsemaní en donde Jesús solía reunirse con ellos y orar (ve Mateo 26:30-46; Marcos 14:26-42).

Sea que haya elevado esta oración en el aposento alto o camino a Getsemaní lo que sí es seguro es que esta es la oración más importante jamás elevada en la tierra, y la más importante registrada en toda la Biblia. Juan 17 es ciertamente el *lugar santísimo* de los relatos de los Evangelios, y debemos abordar este capítulo con un espíritu de humildad y adoración. ¡Qué privilegio se nos concede el de oír mientras Dios el Hijo conversa con su Padre cuando está a punto de dar su vida como rescate por los pecadores!

Sin que importe cuáles eventos ocurrieron más tarde esa noche, esta oración deja bien claro que Jesús era y es el Vencedor. No fue una víctima; fue y es ¡el Vencedor! “Confiad”, les había animado a sus discípulos: “yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). La palabra “mundo” se usa diecinueve veces en esta oración, de modo que es fácil ver la relación entre la oración y Juan 16:33. Si tú y yo comprendemos y aplicamos las verdades que se revelan en esta profunda oración, eso nos capacitará para también ser vencedores.

No es difícil descubrir la progresión del pensamiento en esta oración. Jesús primero oró por sí mismo y le dijo al Padre que su obra en la tierra estaba terminada (Juan 17:1-5). Luego oró por sus discípulos, para que el Padre *los guardara y los santificara* (Juan 17:6-19). Concluyó su oración orando por ti y por mí, y por toda la iglesia, para que pudiéramos estar unidos en él y un día participar de su gloria (Juan 17:20-26).

¿Por qué elevó Jesús esta oración? Ciertamente estaba preparándose para los sufrimientos que se avecinaban. Al contemplar la gloria que el Padre le había prometido, recibiría nueva fuerza para su sacrificio (Hebreos 12:1-3). Pero también tenía en mente a sus discípulos (Juan 17:13). ¡Qué estímulo debe haber sido para ellos esta oración! Oró por su seguridad, su gozo, su unidad, ¡y su gloria futura! También oró esto por nosotros hoy, para que pudiéramos saber todo lo que él ha hecho por nosotros y nos ha dado, y todo lo que hará por nosotros cuando lleguemos al cielo.

En esta oración nuestro Señor declara cuatro privilegios maravillosos que tenemos como hijos suyos, privilegios que nos ayudan a ser vencedores.

72 Transformados en Cristo

1. Participamos de su vida (Juan 17:1-5)

Nuestro Señor empezó esta oración pidiendo por sí mismo, pero al orar por sí mismo también estaba orando por nosotros. “Una oración por uno mismo no es necesariamente una oración egoísta”, escribió el Dr. R. A. Torrey, y al examinar las oraciones de la Biblia se halla que esto es cierto. Lo que nuestro Señor quería más era la gloria de Dios, y esta gloria se realizaría en su obra concluida en la cruz. El siervo de Dios tiene todo derecho de pedirle al Padre la ayuda necesaria para glorificar su nombre. “Santificado sea tu nombre” es la primera petición en el Padre Nuestro (Mateo 6:9), y es el primer énfasis en esta oración.

“Padre, la hora ha llegado” nos recuerda las muchas ocasiones en el Evangelio de Juan en que se menciona “la hora”, empezando en Juan 2:4. Jesús había vivido según un *calendario divino* mientras estaba en la tierra, y sabía que estaba en la voluntad de su Padre. “En tu mano están mis tiempos” (Salmo 31:15).

La importante palabra *gloria* se usa cinco veces en estos versículos, y debemos distinguir con todo cuidado las diferentes *glorias* que Jesús menciona. En Juan 17:5 se refiere a la gloria que tuvo con el Padre antes de su encarnación, la gloria que dejó a un lado cuando vino a esta tierra para nacer, servir, sufrir y morir. En Juan 17:4, informó al Padre que su vida y ministerio en la tierra habían glorificado al Padre porque Jesús había terminado la obra que el Padre le había dado para hacer. En Juan 17:1 y 5 nuestro Señor pidió que se le diera de nuevo la gloria que tuvo con el Padre antes de su encarnación, para que el Hijo pudiera glorificar al Padre en su regreso al cielo.

La palabra *gloria* se usa ocho veces en la oración del Señor, de modo que es un tema importante. Con certeza Jesús glorificó al Padre en sus milagros (Juan 2:11; 11:40);

pero dio la mayor gloria al Padre mediante sus sufrimientos y muerte (ve Juan 12:23-25; 13:31,32). Desde el punto de vista humano el Calvario fue una exhibición repugnante del pecado humano; pero desde el punto de vista divino, la cruz reveló y magnificó la gracia y gloria de Dios. Jesús anhelaba regresar al cielo cuando dijo: “He acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). Esta “obra” incluía sus mensajes y milagros en la tierra (Juan 5:17-19), el entrenamiento de sus discípulos para el servicio futuro, y sobre todo, su sacrificio en la cruz (Hebreos 9:24-28; 10:11-18).

Es debido a esta obra terminada que como creyentes tenemos la dádiva de la vida eterna (Juan 17:2,3). La palabra *dar* se usa de una u otra forma en esta oración por lo menos diecisiete veces. Siete veces Jesús afirma que los creyentes le fueron dados por su Padre (Juan 17:2,6,9,11,12,24). Estamos acostumbrados a pensar que Jesús es la dádiva de amor del Padre para nosotros (Juan 3:16), pero el Señor afirma que los creyentes son una dádiva de amor del Padre para su amado Hijo.

La “vida eterna” es un tema importante en el Evangelio de Juan, y se menciona por lo menos diecisiete veces. La vida eterna es la dádiva de la gracia de Dios a todos los que creen en su Hijo (Juan 3:15,16,36; 6:47; 10:28). El Padre le dio a su Hijo autoridad para dar vida eterna a los que el Padre le dio al Hijo. Desde el punto de vista humano, recibimos la vida eterna cuando creemos en Jesucristo, pero desde el punto de vista divino ya hemos sido dados al Hijo en la elección divina. Este es un misterio que la mente humana no puede comprender plenamente ni explicar; debemos aceptarlo por fe.

¿Qué es la vida eterna? Es conocer a Dios personalmente. No simplemente saber *acerca* de él, sino tener una relación personal con él por la fe en Jesucristo. No podemos

74 Transformados en Cristo

conocer al Padre sin conocer al Hijo (Juan 14:6-11). No es suficiente creer en Dios; esto jamás salvará del infierno eterno al pecador. “También los demonios creen, y tiemblan” (Santiago 2:19). El debate de nuestro Señor con los dirigentes judíos (Juan 8:12ss) dejó bien claro que una persona puede ser muy consagrada en su religión y no conocer a Dios. La vida eterna no es algo que nos ganamos debido a nuestro carácter o conducta; es una dádiva que recibimos al confesar que somos pecadores, al arrepentirnos y creer en Jesucristo, y sólo en Jesucristo.

El Padre contestó la petición del Hijo y le dio la gloria. Hay en el cielo hoy un Hombre glorificado, el Dios-Hombre, Jesucristo. Debido a que ha sido glorificado en el cielo, los pecadores pueden ser salvos en la tierra. Cualquiera persona que confía en Jesucristo recibe la dádiva de la vida eterna.

Debido a que participamos de su vida, somos vencedores; ¡porque también participamos de su victoria! “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4). Cuando uno nace la primera vez, nace *en Adán*, y es un perdedor. Cuando uno nace otra vez por la fe *en Cristo* ¡nace vencedor!

Satanás ha tratado de oscurecer la preciosa verdad de la obra terminada de Jesucristo, porque sabe que es la base de la victoria espiritual. “Y ellos le han vencido [a Satanás] por medio de la sangre del Cordero” (Apocalipsis 12:11). No permitas que Satanás te prive de tu poder para vencer por la obra terminada de Cristo.

2. Sabemos su nombre (Juan 17:6-12)

Cristo ha dado a los suyos vida eterna (Juan 17:2), pero también les ha dado la revelación del nombre del Padre

(Juan 17:6). Los judíos del Antiguo Testamento conocían a Dios como “Jehová”, el gran YO SOY (Exodo 3:11-14). Jesús tomó este nombre sagrado YO SOY y lo hizo significativo para sus discípulos: “Yo soy el pan de vida” (Juan 6:35); “Yo soy la luz del mundo” (Juan 8:12); “Yo soy el buen pastor” (Juan 10:11); etc. En otras palabras, Jesús reveló el nombre misericordioso del Padre mostrándoles a sus discípulos que él era todo lo que necesitaban.

Pero el nombre del Padre incluye mucho más que esto, porque Jesús también les enseñó a sus discípulos que Dios, el gran YO SOY, era su Padre celestial. La palabra *padre* se usa cincuenta y cuatro veces en Juan 13–17, y 136 veces en el Evangelio de Juan. En sus mensajes a los judíos Jesús dijo claramente que el Padre le había enviado, que era igual al Padre, y que sus palabras y obras venían del Padre. Fue una clara afirmación de deidad, pero ellos rehusaron creer.

En la Biblia “nombre” se refiere a *naturaleza*, porque los nombres muchas veces se ponen para revelar algo especial sobre la naturaleza de la persona que lleva ese nombre. Jacob fue un intrigante, y su nombre procede de una raíz hebrea que quiere decir *tomar por el talón*, es decir, hacer tropezar, engañar (Génesis 25:26). El nombre Isaac quiere decir *risa* (Génesis 21:6) porque trajo alegría a Abraham y a Sara. Incluso el nombre Jesús revela que es el Salvador (Mateo 1:21).

“He manifestado tu nombre” quiere decir *He revelado la naturaleza de Dios*. Uno de los ministerios del Hijo fue dar a conocer al Padre (Juan 1:18). La palabra griega que se traduce “dado a conocer” quiere decir *desplegar, guiar, mostrar el camino*. Jesús no reveló instantáneamente al Padre en una ráfaga de gloria cegadora, porque sus discípulos no podían aguantar tal experiencia. Gradualmente, por sus

76 Transformados en Cristo

palabras y obras, les reveló la naturaleza de Dios, según ellos podían recibirlo (Juan 16:12).

El énfasis de esta sección es en la seguridad del creyente; Dios guarda a los suyos (Juan 17:11,12). Nuestra seguridad depende de la naturaleza de Dios, y no de nuestro carácter o conducta. Cuando estaba en la tierra Jesús guardó a sus discípulos y ellos podían depender de él. “Yo los guardaba en tu nombre” (Juan 17:12). Si el Salvador limitado, en cuerpo humano, pudo guardar a los suyos mientras estaba en la tierra, ¿no será capaz de guardarlos ahora que está glorificado en el cielo? El y el Padre, junto con el Espíritu Santo, ¿son más que capaces de guardar y tener seguro al pueblo de Dios!

Todavía más, el pueblo de Dios es dádiva del Padre al Hijo. ¿Le daría el Padre a su Hijo un regalo que no durara? Los discípulos le habían pertenecido al Padre por creación y por pacto (eran judíos), pero ahora le pertenecían al Hijo. ¡Qué preciosos somos a su vista! ¡Cómo nos guarda e incluso ahora ora por nosotros! Cuando te sientas como si el Señor te hubiera olvidado, o que su amor parece haberse desvanecido, lee Romanos 8:28-39, ¡y alégrate!

Nuestra seguridad descansa en otro hecho: estamos aquí para glorificarle a él (Juan 17:10). Con todos sus fracasos y faltas, los discípulos reciben esta palabra de elogio: “he sido glorificado en ellos”. ¿Glorificaría a Dios si uno de los suyos, que confiaron en el Salvador, no llegara al cielo? ¡Ciertamente que no! Este fue el razonamiento de Moisés cuando la nación de Israel pecó: “¿Por qué han de hablar los egipcios, diciendo: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de sobre la faz de la tierra?” (Exodo 32:12). Es cierto que Dios sabe todo, así que, ¿para qué salvarlos si sabe que van a fracasar en el camino? Lo que Dios empieza, lo termina (Filipenses 1:6).

Dios ha provisto los recursos divinos para que le glorifiquemos y seamos fieles. Tenemos su palabra (Juan 17:7,8), y su palabra nos revela todo lo que tenemos en Jesucristo. La palabra nos da fe y seguridad. Tenemos al Hijo de Dios que intercede por nosotros (Juan 17:9; Romanos 8:34; Hebreos 4:14-16). Puesto que el Padre siempre contesta las oraciones del Hijo (Juan 11:41,42), este ministerio de intercesión nos ayuda manteniéndonos seguros.

También tenemos la comunión de la iglesia: “Para que sean uno, así como nosotros” (Juan 17:11). El Nuevo Testamento no sabe nada de creyentes aislados; dondequiera que se encuentran santos, se hallan en comunión y compañerismo. ¿Por qué? Porque los del pueblo de Dios se necesitan unos a otros. Jesús empezó su mensaje del aposento alto lavando los pies de los discípulos y enseñándoles a ministrarse unos a otros. En las horas que seguirían, estos hombres (¡incluyendo el confiado Pedro!) descubrirían lo débiles que eran y cuánto necesitaban los unos el estímulo de los otros.

El creyente, entonces, está seguro en Cristo por muchas razones: la misma naturaleza de Dios, la naturaleza de la salvación, la gloria de Dios y el ministerio intercesor de Cristo. Pero, ¿qué de Judas? ¿Estaba él seguro? ¿Cómo cayó? ¿Por qué no le guardó seguro Jesús? Por la sencilla razón de que *Judas nunca fue uno de los que pertenecían a Cristo*. Jesús guardó fielmente a todos los que el Padre le dio, pero Judas nunca le fue dado por el Padre. Judas no era creyente (Juan 6:64-71); nunca había sido limpiado (Juan 13:11); no estaba entre los escogidos (Juan 13:18); y nunca había sido dado a Cristo (Juan 18:8,9).

No, Judas no es un ejemplo de un creyente que *perdió su salvación*. Es un ejemplo de un incrédulo que *fingió tener la salvación* pero que a final de cuentas quedó al

78 Transformados en Cristo

descubierto como fraude. Jesús guardó a los que el Padre le dio (Juan 10:26-30).

Somos vencedores porque participamos de su vida. Hay un tercer privilegio que nos permite vencer.

3. Tenemos su palabra (Juan 17:13-19)

“Yo les he dado tu palabra” (Juan 17:14, y ve el v.8). La palabra de Dios es otro don de Dios para nosotros. El Padre dio las palabras a su Hijo (Juan 17:8), y el Hijo se las dio a sus discípulos, quienes, a su vez, las han pasado a nosotros según fueron inspiradas por el Espíritu (2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:20,21). La palabra de Dios es divina en su origen, un precioso don del cielo. Nunca debemos dar por sentado la palabra de Dios, porque los que son vencedores saben la palabra y saben cómo usarla en su vida diaria.

¿Cómo nos capacita la palabra de Dios para vencer al mundo? Para empezar, *nos da gozo* (Juan 17:13); y este gozo interior nos da la fuerza para vencer (Nehemías 8:10). A menudo pensamos de Jesucristo como “varón de dolores” (Isaías 53:3), y en verdad lo fue; pero también fue una persona de gozo profundo y permanente. Juan 17:13 es el corazón mismo de esta oración, *y su tema es el gozo!*

Jesús ya se había referido al gozo (Juan 15:11), y había explicado que el gozo viene por transformación y no sustitución (Juan 16:20-22). El gozo también viene por la oración contestada (Juan 16:23,24). Ahora dice claramente que el gozo también viene por la palabra. El creyente no halla su gozo en el mundo sino en la palabra. Como Juan el Bautista, ¡debemos regocijarnos cuando oímos la voz del Esposo!(Juan 3:29).

Nunca debemos imaginarnos a Jesús andando con la cara larga y una disposición de tristeza. Fue un hombre de

gozo y reveló ese gozo a otros. Su gozo no fue la liviandad fugaz de un mundo pecador, sino el gozo permanente del Padre y de la palabra. No dependía de las circunstancias externas sino de los recursos internos que estaban ocultos para el mundo. Esta clase de gozo es la que Cristo quiere que tengamos, y podemos tenerlo mediante su palabra. “Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón” (Jeremías 15:16). “Me he gozado en el camino de tus testimonios más que de toda riqueza” (Salmo 119:14). “Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos” (Salmo 119:162).

La palabra no sólo imparte el gozo del Señor, sino que también *nos asegura su amor* (Juan 17:14). El mundo nos aborrece, pero podemos hacerle frente a su odio con el mismo amor de Dios, amor que nos imparte por el Espíritu y mediante la palabra. El mundo nos aborrece porque no pertenecemos a su sistema (Juan 15:18,19) y no nos conformamos a sus prácticas y normas (Romanos 12:2). La palabra nos revela lo que es el mundo en realidad; la palabra desenmascara los engaños del mundo y sus peligrosas artimañas.

El mundo compite por el amor del Padre (1 Juan 2:15-17), pero la palabra de Dios nos capacita para disfrutar del amor del Padre. Uno de los primeros pasos hacia una vida mundana es el descuido de la palabra de Dios. D. L. Moody escribió en la pasta de su Biblia: “Este libro te alejará del pecado o el pecado te alejará de este libro”. Así como la columna de fuego fue tinieblas para los egipcios pero luz para Israel, así la palabra de Dios es nuestra luz en un mundo en tinieblas, pero el mundo no puede entender las cosas de Dios (Exodo 14:20; 1 Corintios 2:12-16).

La palabra de Dios no sólo nos da el gozo y amor de Dios, sino que también nos imparte el poder de Dios para

80 Transformados en Cristo

vivir una vida santa (Juan 17:15-17). La petición anhelante de la oración de nuestro Señor en Juan 17:6-12 era *la seguridad*; pero aquí es *santidad*, una vida práctica y santa para la gloria de Dios. Estamos *en* el mundo pero no somos *del* mundo, y no debemos vivir *como* el mundo. A veces pensamos que sería más fácil si estuviéramos fuera de este mundo, pero no es así. Dondequiera que vayamos, llevamos con nosotros nuestro propio ser pecaminoso, y los poderes de las tinieblas nos seguirán. He conocido a personas que se han “aislado espiritualmente” para poder ser más santos, tan sólo para descubrir que no resulta.

La verdadera santificación (ser apartado para Dios) viene por el ministerio de la palabra de Dios. “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Juan 15:3). Cuando fuiste salvo, fuiste apartado para Dios. Conforme creces en la fe, experimentas más y más la santificación. Amas menos al pecado y amas más a Dios. Quieres servirle a él y ser una bendición para otros. Todo esto viene mediante la palabra.

La verdad de Dios nos ha sido dada en tres maneras: su palabra es verdad (Juan 17:17); su Hijo es la verdad (Juan 14:6), y su Espíritu es la verdad (1 Juan 5:6). Necesitamos todas las tres para experimentar verdadera santificación, una santificación que toque toda parte de nuestra persona interior. Con la mente *aprendemos* la verdad de Dios mediante la palabra. Con el corazón *amamos* la verdad de Dios, su Hijo. Con la voluntad nos rendimos al Espíritu y *vivimos* la verdad de Dios día tras día. Los tres son esenciales para una experiencia de santificación balanceada.

No es suficiente solo estudiar la Biblia y aprender gran cantidad de verdad doctrinal. Debemos también amar a Jesús más al aprender todo lo que él es y ha hecho por

nosotros. Aprender y amar debe llevar a una vida práctica, permitiendo que el Espíritu de Dios nos capacite para obedecer su palabra. Así es como le glorificamos en este mundo perverso.

La palabra nos da gozo, amor y poder para vivir una vida santa. También nos da lo que necesitamos para servirle como testigos en este mundo (Juan 17:18,19). La santificación no es con el propósito de jactarnos ni es por disfrutarla egoístamente o jactarnos; sino para que podamos representar a Cristo en este mundo y ganar a otros para él. Jesús se apartó por nosotros; y ahora nos ha apartado para él. El Padre le envió al mundo, y ahora él nos envía al mundo. Somos gente *bajo órdenes* y ¡será mejor que obedezcamos! Jesús ahora está apartado en el cielo, orando por nosotros, para que nuestro testimonio lleve fruto, el fruto de los muchos que se arrepienten de sus pecados y acuden al Señor.

¿Cómo podemos ser vencidos por el mundo cuando tenemos la palabra de Dios que nos ilumina, nos capacita y nos anima?

4. Participamos de su gloria (Juan 17:20-26)

Aquí nuestro Señor dirige nuestra atención al futuro. Empieza a orar por nosotros los que vivimos hoy, y por la iglesia de todas las épocas. Ya había orado por la seguridad y santidad; ahora la petición en esta oración es *unidad*. Se preocupa porque su pueblo tenga una unidad espiritual como la unidad del Padre y el Hijo. Los creyentes pueden pertenecer a diferentes compañerismos, pero todos le pertenecen al Señor y los unos a los otros.

A menudo los discípulos exhibían un espíritu de egoísmo, competencia y desunión; y esto debe haberle quebrantado el corazón al Salvador. Me pregunto cómo

82 Transformados en Cristo

se siente él cuando ve la condición actual de la iglesia. El predicador puritano Tomás Brooks escribió: “La discordia y la división no le convienen al creyente. El que los lobos sean una preocupación para las ovejas no es sorpresa, pero que una oveja inquieta a otra, eso no es natural sino es monstruoso”.

¿Cuál es la base para la verdadera unidad cristiana? La persona y la obra de Jesucristo y su gloria (Juan 17:2-5). El ya nos ha dado su gloria, y ¡promete que experimentaremos más esa gloria cuando llegemos al cielo! Todos los verdaderos creyentes tienen dentro de sí la gloria de Dios, sin que importe cómo se vean por fuera. La armonía cristiana no se basa en lo externo de la carne, sino en lo interno y lo eterno del Espíritu Santo dentro de la persona. Debemos mirar más allá de los elementos de nuestro primer nacimiento: raza, color, capacidades, etc., y cultivar nuestra comunión sobre lo esencial de nuestro nuevo nacimiento.

Ya tenemos su gloria dentro de nosotros (Juan 17:22, y nota Romanos 8:29), y un día contemplaremos su gloria en el cielo (Juan 17:24). Conforme crecemos en el Señor, la gloria de dentro empieza a crecer y a revelarse en lo que decimos y hacemos, y la manera en que lo decimos y hacemos. La gente no nos ve a nosotros para glorificarnos a nosotros; ve al Señor y le glorifica a él (Mateo 5:16; 1 Corintios 6:19,20).

Una de las cosas que más impresiona al mundo es la manera en que los creyentes se aman unos a otros y viven juntos en armonía. Es este testimonio lo que nuestro Señor quiere en el mundo “para que el mundo crea que tú me enviaste” (Juan 17:21). El mundo no puede ver a Dios, pero sí puede ver a los creyentes; y lo que ven en nosotros es lo que creerán en cuanto a Dios. Si ven amor y

unidad, creerán que Dios es amor. Si ven odio y división, rechazarán el mensaje del evangelio.

Jesús nos ha asegurado que algunos creerán debido a nuestro testimonio (Juan 17:20), pero debemos asegurarnos que nuestro testimonio es fiel y amoroso. Algunos creyentes se parecen a fiscales acusadores y jueces en lugar de ser testigos fieles, y el resultado es que los pecadores se alejan del Salvador.

Hay toda razón para que los creyentes se amen unos a otros y vivan en unidad. Confiamos en el mismo Salvador y participamos de la misma gloria. Un día ¡disfrutaremos del mismo cielo! Pertenece al mismo Padre y tratamos de hacer la misma obra, testificándole a un mundo perdido que sólo Jesucristo salva del pecado. Creemos la misma verdad, aunque podamos tener puntos de vista diferentes en asuntos doctrinales secundarios; y seguimos el mismo ejemplo que Jesús puso para su pueblo, el de vivir una vida santa. Sí, los creyentes tienen sus diferencias; pero tenemos mucho más en común, y esto debe animarnos a amarnos unos a otros y promover la verdadera unidad espiritual.

Con frecuencia he usado Juan 17:24 como texto para meditaciones en funerales. ¿Cómo sabemos que los creyentes van a cielo? Debido al precio que Jesús pagó (Juan 3:14-16) y la promesa que Jesús hizo (Juan 14:1-6), y la oración de Cristo (17:24). El Padre siempre contesta las oraciones del Hijo, así que sabemos que los creyentes que mueren van al cielo para contemplar la gloria de Dios.

En Juan 17:25,26 no hay peticiones. Jesús simplemente le informa al Padre sobre su ministerio en el mundo, y hace varias afirmaciones que son importantes para nosotros. Declara que el mundo no conoce al Padre, pero que los creyentes le conocemos porque el Hijo nos ha revelado al Padre. El mundo por cierto ha tenido muchas

84 Transformados en Cristo

oportunidades para conocer al Padre, pero prefiere seguir ciego y con el corazón duro. Nuestra tarea como creyentes es dar testimonio al mundo perdido y proclamar el mensaje divino de salvación.

También declara la importancia del amor y la verdad en la iglesia. Los creyentes conocen el nombre (la naturaleza) de Dios y participan de esa naturaleza divina. Jesús dijo claramente que la *verdad* y el *amor* deben ir juntos (ve Efesios 4:15). Bien se ha dicho que la verdad sin amor es brutalidad, pero el amor sin verdad es hipocresía. La mente crece al recibir la verdad, pero el corazón crece cuando da amor. El conocimiento por sí solo puede conducir al orgullo (1 Corintios 8:1), y el amor por sí solo puede llevar a las decisiones equivocadas (ve Filipenses 1:9,10). ¡El amor cristiano no debe ser ciego!

Al repasar esta oración se ve las prioridades espirituales que el Salvador tenía en su corazón: la gloria de Dios, la santidad del pueblo de Dios, la unidad de la iglesia y el ministerio de la proclamación del evangelio a un mundo perdido. Hoy seremos sabios si enfocamos las mismas prioridades.

Un día cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta de su ministerio. Es un pensamiento solemne esto de que un día estaremos ante el tribunal de Cristo, y daremos nuestro *informe final*.

Confío en que podremos decir: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4).

La culpa y la gracia en el huerto

Juan 18:1-27

El ministerio privado de nuestro Señor con sus discípulos ha terminado, y el drama público de la redención está a punto de empezar. El hombre hará lo peor que puede, y Dios responderá con lo mejor que hay. “Mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Romanos 5:20).

Tal vez la mejor manera de ver las verdades de Juan 18:1-27 y captar las lecciones que presenta, es prestar atención a los símbolos que incluye. El Evangelio de Juan está repleto de símbolos, algunos más obvios que otros; y estos símbolos presentan importantes verdades espirituales. Hay cinco símbolos en esta sección.

1. El huerto: Obediencia (Juan 18:1)

El valle del Cedrón se halla al este de Jerusalén, entre la muralla de la ciudad y el monte de los Olivos; y el huerto del Getsemaní se halla en la falda occidental de la colina. Jesús a menudo iba a este huerto con sus discípulos,

86 Transformados en Cristo

sin duda para descansar, meditar y orar (Lucas 22:39). Jerusalén estaba repleta de peregrinos que habían venido para la Pascua, y Jesús quería alejarse de la multitud a un lugar privado. Sabía que Judas vendría a buscarle allí, y él estaba listo.

La historia humana empezó en un huerto (Génesis 2:8ss), y el primer pecado del hombre fue cometido en aquel huerto. El primer Adán desobedeció a Dios y fue arrojado del huerto, pero el postrer Adán (1 Corintios 15:45) fue obediente al ir al huerto del Getsemaní. En un huerto el primer Adán trajo el pecado y la muerte a la humanidad; pero Jesús, por su obediencia, trajo justicia a la vida de todos los que confiarán en él. Fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8).

La historia un día terminará en otro huerto, en la ciudad celestial que Juan describe en Apocalipsis 21 y 22. En ese huerto no habrá más muerte ni maldición. El río de agua de vida correrá incesantemente allí y el árbol de la vida producirá fruto en abundancia. Edén fue el huerto de desobediencia y pecado; Getsemaní fue el huerto de obediencia y sumisión; y el cielo será el huerto eterno de delicia y satisfacción, para la gloria de Dios.

El nombre Getsemaní significa *prensa de aceite*. Incluso en la actualidad hay antiguos olivos en el Getsemaní, aunque de seguro no los que estaban allí en días de Jesús. Recogían las aceitunas y las exprimían en prensas para extraer su aceite. ¡Qué cuadro del sufrimiento! Así que nuestro Señor tendría que pasar por la prensa de aceite y el “lagar” (Isaías 63:3) y probar el juicio por nosotros.

El arroyo del Cedrón también es significativo. El nombre quiere decir *nublado, tétrico*, refiriéndose a las aguas turbias que a menudo eran teñidas por la sangre de los sacrificios que se hacían en el templo. Nuestro Señor y

sus discípulos estaban a punto de atravesar *aguas turbias*, y Jesús experimentaría las *ondas* y *olas* (Salmo 42:7; nota también Jonás 2:3).

El Cedrón tenía una significación histórica especial, porque el rey David cruzó el Cedrón cuando fue rechazado por su nación y traicionado por su propio hijo Absalón (2 Samuel 15; nota también Juan 18:23). Jesús había sido rechazado por su propio pueblo y en ese mismo momento estaba siendo traicionado ¡por uno de sus propios discípulos! Es interesante que Ahitofel, el traicionero consejero de David, se ahorcó (2 Samuel 17:23), y el traicionero hijo de David, Absalón, quedó enredado en un árbol y lo mataron mientras estaba allí colgado (2 Samuel 18:9-17). Judas, por supuesto, salió y se ahorcó (Mateo 27:3-10).

Jesús sabía plenamente lo que le esperaba, sin embargo fue al huerto en obediencia a la voluntad del Padre. Dejó a ocho de los hombres cerca de la entrada y tomó a Pedro, Jacobo y Juan y se adentró en el huerto para orar (Mateo 26:36-46; Marcos 14:32-42). Su alma humana anhelaba el ánimo y compañía que ellos pudieran darle en esa hora crítica; pero, ¡ellos se quedaron dormidos! Fue fácil para esos hombres jactarse en cuanto a su devoción a Cristo, pero cuando vino la prueba, fracasaron miserablemente. Antes de juzgarles tan severamente, será mejor que examinemos nuestros propios corazones.

2. El beso: Traición (Juan 18:2-9)

Judas había vivido con el Señor Jesús por unos tres años, y le había oído enseñar; y sin embargo le conocía muy poco. El traidor en realidad trajo una compañía de los guardias del templo, ¡armados con garrotes y espadas! (Mateo 26:55). ¡Piensa en los privilegios que

88 Transformados en Cristo

Judas desdeñó y las oportunidades que desperdició! La palabra “compañía” se puede traducir *cohorte*. Una cohorte romana era la décima parte de una legión, o sea, unos 600 hombres! No es probable que Judas haya traído tantos al huerto, pero al parecer pusieron a su disposición una cohorte entera en caso de que la necesitara. ¿Acaso no se dio cuenta de que el Cordero de Dios se sometería mansamente y que no habría necesidad de batalla?

Jesús tenía el control total; sabía lo que sucedería (ve Juan 13:1,3,11; 16:19). Judas esperaba algún tipo de engaño, así que hizo arreglos para identificar a Jesús mediante un beso (Mateo 26:48,49). Pero Jesús dejó estupefactos tanto a Judas como a los oficiales que venían a arrestarlo presentándose intrépidamente ante ellos. No tenía nada que temer, ni nada que esconder; *voluntariamente* pondría su vida por sus ovejas. Es más, al entregarse a los oficiales, Jesús ayudó a proteger a sus discípulos. Los guardó seguros no sólo espiritualmente (Juan 17:11,12) sino también físicamente.

¿Por qué retrocedieron y cayeron en tierra los oficiales que lo arrestaron cuando Jesús les dijo “Yo soy”? A los judíos presentes les impactaría su “YO SOY”, porque era una afirmación de su deidad. A los romanos, que eran la mayoría, les tomaría por sorpresa su intrepidez, porque era obvio que él estaba al mando. Era una situación cargada de emoción, y no sabemos lo que Judas les había dicho en cuanto a Jesús para prepararlos para esta confrontación. Los dirigentes judíos habían tratado de apresar a Jesús antes y nunca lograron hacerlo. La compañía estaba preparada para el conflicto, y cuando se vieron frente a rendición y calma, eso los dejó atónitos.

Tal vez fue una manifestación de poder divino, o exhibición de la majestad de Jesucristo. “Cuando se

juntaron contra mí los malignos, mis angustiadores y mis enemigos, para comer mis carnes, ellos tropezaron y cayeron” (Salmo 27:2).

El beso de Judas, que él dio repetidas veces al Señor, fue uno de los actos más bajos de traición registrados jamás en la historia sagrada o secular. En esos días un beso era señal de afecto y devoción. Los familiares se besaban al encontrarse o despedirse, pero Judas no era miembro de la familia de Dios. Los discípulos saludaban a su rabino besándole; era señal de devoción y obediencia. Pero Judas no era verdaderamente un discípulo de Jesucristo, aunque pertenecía al grupo de discípulos. En el huerto Judas estaba con el enemigo, ¡no con los amigos de Jesús!

Cuando las personas hoy fingen conocer y amar al Señor, cometen el mismo pecado de Judas. Ya es suficientemente malo traicionar a Cristo, pero hacerlo *con un beso*, señal de afecto, es la traición más vil de todas. Salió del mismo abismo del infierno.

3. La espada: Rebelión (Juan 18:10).

Todos los discípulos habían afirmado valientemente su devoción a Cristo (Mateo 26:35), y Pedro decidió demostrarlo; así que rápidamente sacó una espada pequeña ¡y empezó a luchar! Por cierto que malentendió lo que Jesús había dicho en cuanto a espadas más temprano esa noche (Lucas 22:35-38). Jesús les había advertido que desde ese momento en adelante la situación cambiaría, y que los hombres los tratarían como transgresores. No estaba sugiriendo que usaran espadas materiales para librar batallas espirituales, sino que tuvieran una nueva manera de pensar y que esperaran oposición e incluso peligro. Les había dado toda provisión y les había protegido mientras estaba con ellos en la tierra, pero ahora él volvía al Padre. Ellos tendrían

90 Transformados en Cristo

que depender del Espíritu Santo y ejercer sabiduría. Pedro evidentemente tomó sus palabras literalmente y pensó que debía declarar la guerra.

La espada de Pedro simboliza la rebelión contra la voluntad de Dios. Pedro debía haber sabido que Jesús sería apresado y que se entregaría voluntariamente a sus enemigos (Mateo 16:21ss; 17:22-23; 20:17-19). ¡Pedro cometió toda equivocación posible! Luchó contra el enemigo errado, usó el arma equivocada, con el motivo errado, y ¡consiguíó el resultado equivocado! Estaba oponiéndose abiertamente a la voluntad de Dios y ¡estorbando la obra que Jesús vino a realizar! Aunque admiramos su valentía y sinceridad, fue ciertamente una demostración de celo sin conocimiento.

¿Por qué fracasó Pedro tan miserablemente? Por un lado, había discutido con el Señor cuando Jesús le advirtió que negaría a su Maestro esa misma noche. Pedro se había quedado dormido cuando debería haber estado orando, y habló cuando debería haber estado escuchando. Imitó a los mismos enemigos que vinieron a apresar a Jesús, porque ellos también vinieron armados con espadas. Pedro descubriría que la espada del Espíritu es el arma que los siervos de Dios usan al librar las batallas espirituales (Hebreos 4:12; Efesios 6:17). Usaría esa espada en Pentecostés y *traspasaría el alma* de tres mil personas (ve Lucas 2:35).

Jesús no necesitaba la protección de Pedro. Podía llamar a legiones de ángeles si hubiera querido que lo librasen (Mateo 26:52-54). Lucas nos dice que Jesús sanó la oreja de Malco (Lucas 22:51), lo que ciertamente fue un acto de gracia de su parte. Fue también acto de misericordia desde el punto de vista de Pedro, porque si Jesús no hubiera curado a Malco, ¡a Pedro podían haberlo apresado y crucificado! Pedro estaba actuando como un *zelote* judío y no como un discípulo de Jesucristo.

Pero también fue un acto de misericordia hacia Malco. Después de todo, era nada más que un sirviente; y ¿por qué preocuparse por lo que le pasa a un sirviente? También era un enemigo, junto con los hombres que habían venido a apresar a Jesús; así que ¡él debía sufrir! ¿Es posible que Malco realmente le había echado mano a Jesús? No lo sabemos; pero si lo hizo, le puso las manos encima al santo Hijo de Dios. Sin embargo, nuestro Señor no castigó a Malco, aunque era un pecador que merecía la ira de Dios. En lugar de eso, ¡le sanó! Fue el último milagro público de nuestro Señor antes de la cruz.

Ten presente que este milagro revela su gracia por nosotros. Si Jesús tiene el poder para aturdir a una chusma armada y sanar una oreja cercenada, podía salvarse a sí mismo del arresto, el juicio y la muerte. *¡Pero se sometió voluntariamente!* ¡Y lo hizo por nosotros!

Es triste cuando creyentes bien intencionados, pero ignorantes, toman la espada para *defender* al Señor Jesucristo. Pedro hirió a Malco, algo que ningún creyente debe hacer. Pedro le hizo daño al testimonio de Cristo y dio la falsa impresión de que los discípulos de Cristo aborrecían a sus enemigos y trataban de destruirlos. (Nota la respuesta de nuestro Señor a Pilato en Juan 18:36).

4. La copa: Sumisión (Juan 18:11-14).

Pedro tenía una espada en su mano, pero nuestro Señor tenía una copa en la suya. Pedro estaba oponiéndose a la voluntad de Dios pero el Salvador estaba aceptando la voluntad de Dios. Anteriormente Jesús había orado: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). La copa representaba el sufrimiento que tendría que atravesar y la separación del Padre que experimentaría en la cruz. Elevó

92 Transformados en Cristo

esta oración tres veces, evidencia de que todo su ser era sensible al precio que pagaría por nuestra salvación. Su alma santa debe haberse conmovido hasta lo más profundo al contemplar que sería hecho pecado.

En las Escrituras con frecuencia se usa la figura de beber una copa para ilustrar la experiencia de sufrimiento y aflicción. Cuando Babilonia capturó a Jerusalén se dice de la ciudad: “el cáliz de aturdimiento bebiste hasta los sedimentos” (Isaías 51:17). Jeremías pintó un cuadro de la ira de Dios contra las naciones como el derramamiento de una copa (Jeremías 25:15-28). También hay una copa de consolación (Jeremías 16:7) y la copa que rebosa de gozo (Salmo 23:5).

Jesús había comparado sus sufrimientos con la acción de beber una copa y con la experiencia del bautismo (Mateo 20:22,23). Cuando instituyó la cena comparó la copa con su sangre derramada para la remisión de pecados (Mateo 26:27,28). La figura era conocido por los discípulos, y no es figura extraña hoy. Beber la copa quiere decir *atravesar una experiencia difícil*. El hecho de que algunos trofeos están diseñados como copas sugiere que los ganadores han atravesado experiencias exigentes.

Jesús pudo aceptar la copa porque su Padre la mezcló y se la entregó. No se opuso a la voluntad del Padre, porque vino para hacerla y terminar la obra que el Padre le dio que hiciera. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8). Puesto que el Padre había preparado y medido el contenido de la copa, Jesús sabía que no tenía nada que temer.

Esta es una buena lección para todos nosotros: nunca debemos temer las copas que el Padre nos pone delante. Para empezar, nuestro Salvador ya ha bebido la copa antes que nosotros, y nosotros no estamos sino siguiendo

sus pasos. No necesitamos temer lo que hay en la copa porque el Padre la ha preparado para nosotros con amor. Si pedimos pan, jamás nos dará una piedra; y la copa que nos prepara jamás tendrá nada que nos dañe. Es posible que suframos dolor y angustia, pero a la larga Cristo transformará ese sufrimiento en gloria.

Jesús deliberadamente se entregó a sus enemigos. Le ataron y le llevaron a la casa de Anás, que no estaba lejos. Anás había servido como sumo sacerdote hasta que los romanos lo depusieron; y ahora su yerno Caifás era el sumo sacerdote. Dios había ordenado que el sumo sacerdote sirviera de por vida, así que es fácil ver que el establecimiento religioso de los judíos se hallaba en condición deplorable. Generalmente se piensa que la familia del sumo sacerdote tenía a su cargo los negocios del templo, y el hecho de que Jesús limpió dos veces el templo debe haber despertado la cólera de ellos contra él.

El juicio ante Anás fue más bien una audiencia informal. Era ilegal y fue brutal. ¡Imagínate que se permite que un guardia golpee al preso! ¡Imagínate que un hombre que no ostenta autoridad legal interroga a un preso!

Anás, por supuesto, buscaba alguna evidencia que pudiera dar lugar para un veredicto de pena de muerte. ¿Qué doctrina estaba enseñando Jesús? ¿Era subversiva? Jesús le dijo que preguntara a los que le habían oído, porque él no había dicho nada en secreto. A decir verdad, ¡el mismo Anás podía haber ido a oírle!

¿Qué de los discípulos del Señor? ¿Se habían organizado para derrocar al gobierno? ¿No es verdad que uno de ellos usó su espada en el huerto? Jesús con todo cuidado no dijo nada en cuanto a sus discípulos. Piénsalo: Mientras Pedro estaba en el patio negando al Señor, ¡Jesús estaba sometido a juicio protegiendo a Pedro!

94 Transformados en Cristo

La ley judía exigía que se llamara a testigos antes de interrogar a un preso. Anás hizo tabla rasa de la ley, y a la larga el concilio contrató testigos *falsos*. Jesús sabía sus derechos (“testifica en qué está el mal”, Juan 18:23), pero no insistió en reclamarlos. El es un ejemplo para nosotros cuando sufrimos injustamente (1 Pedro 2:19-25; 4:12-19).

5. El fuego: Negación (Juan 18:15-27)

Jesús había dicho que Pedro le negaría tres veces (Mateo 26:34; Juan 13:38), pero que sería restaurado a la comunión y al servicio (Lucas 22:32). Pedro siguió a la chusma cuando debía haber estado huyendo (Juan 18:8; y ve Mateo 26:30-32). Si hubiera seguido su camino, no habría negado al Señor. Aunque ciertamente admiramos su amor y valentía, no podemos convenir con sus acciones; porque se metió en la misma tentación. Esto es lo que Jesús le advirtió en el huerto (Mateo 26:41).

No sabemos quién era el otro discípulo que entró con Pedro en el patio de la casa del sumo sacerdote. Probablemente era Juan, aunque es difícil entender cómo un pescador pudiera ser conocido del sumo sacerdote y de su familia. ¿Era posiblemente el “otro discípulo” Nicodemo o José de Arimatea? Ellos con certeza habrían tenido acceso a esa casa.

Al ver a Pedro lo verás entrando gradualmente al lugar de tentación y pecado; y sus acciones son paralelas a lo que se describe en Salmo 1:1. Primero Pedro “anduvo en consejo de malos” cuando siguió a Jesús y entró en el patio de la casa del sumo sacerdote. Pedro debía haber seguido el consejo de Jesús, ¡y salido rápidamente! Luego, Pedro *estuvo* con el enemigo junto al fuego (Juan 18:16,18); y a poco, *se sentó* con el enemigo (Lucas 22:55). Ya era demasiado tarde, y dentro de poco negaría tres veces a su Señor.

Primero una criada le preguntó: “¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?” El texto griego indica que ella esperaba una respuesta negativa, y recibió lo que esperaba. Pedro negó a Cristo diciendo que no pertenecía al grupo de discípulos.

Pedro se quedó junto a la fogata, así que no sorprende que le hicieran la misma pregunta. (Esa misma noche, ¡Jesús había estado sudando al orar en el huerto!) Otra criada le hizo la misma pregunta, igualmente esperando una respuesta negativa. El pronombre *ellos* en Juan 18:25 sugiere que otros en el círculo alrededor de la fogata se unieron a la pregunta y uno por uno se la lanzaron a Pedro.

La tercera pregunta vino de uno de los parientes de Malco. La construcción en el griego indica que esperaba una respuesta *afirmativa*: “Yo te vi en el huerto con Jesús, ¿verdad? ¡Claro que te vi!” Después de todo, este hombre había visto claramente a Pedro porque probablemente estaba con Malco cuando apresaron a Jesús. Algunos de los presentes se unieron a la conversación (Mateo 26:73; Marcos 14:70) de modo que Pedro debe haberse visto rodeado de retadores.

En ese punto la resistencia de Pedro cedió por completo. Empezó a “maldecir y a jurar” (Mateo 26:74). Esto no quiere decir que Pedro soltó toda una andanada de blasfemias, sino más bien que se puso a sí mismo bajo juramento a fin de dar énfasis a su afirmación. Estaba siendo sometido a juicio, así que se puso bajo juramento para convencer a sus acusadores de que estaba diciendo la verdad.

Fue en este punto que el gallo empezó a cantar (Juan 18:27), tal como Jesús lo había dicho (Mateo 26:34). Había cuatro vigiliass: la noche (6-9 p.m.), medianoche (9 p.m.-12 a.m.), el canto del gallo (12 de la medianoche hasta las 3 a.m.), y la mañana (3-6 a.m.) (ve Marcos 13:35).

96 Transformados en Cristo

El canto del gallo hizo que Pedro recordara las palabras del Señor, y salió fuera para llorar amargamente.

El canto del gallo le aseguró a Pedro que Jesús estaba en control total de la situación, aunque estuviera atado y siendo hostigado por las autoridades. Al controlar a un solo ave Jesús afirmaba su soberanía. Según Génesis 1:26 Dios le dio al hombre autoridad sobre los peces, las aves y los animales. Pedro había visto a Jesús ejercer autoridad sobre los peces (Mateo 17:24-27; Lucas 5:1-11) y los animales (Mateo 21:1-11); pero ahora reconoció su autoridad sobre las aves.

Pero el canto del gallo también fue una invitación al arrepentimiento. “Y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Lucas nos dice que Jesús se volvió y miró a Pedro (Lucas 22:61), y que esta mirada de amor le partió el corazón a Pedro. Pedro había sido testigo de los sufrimientos de Cristo (1 Pedro 5:1), y con sus propias negaciones aumentó esos sufrimientos.

Ten presente que el canto del gallo ¡era anuncio del amanecer de un nuevo día! “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30:5). Vale la pena hacer un contraste entre Pedro y Judas. Pedro lloró por sus pecados y se arrepintió, mientras que Judas sintió remordimiento y no se arrepintió. Cuando Judas salió del aposento alto era de noche (Juan 13:30); pero cuando Pedro salió para llorar amargamente amanecía un nuevo día. Es el contraste entre la tristeza piadosa que lleva al verdadero arrepentimiento, y la tristeza del mundo (pesar, remordimiento) que lleva a la muerte (2 Corintios 7:9,10). Descubriremos que Jesús restauró a Pedro (Juan 21) y le capacitó para servir con gran poder y bendición.

En el huerto esa noche se halla culpa y gracia. Pedro fue culpable de oponerse a la voluntad de Dios. Judas fue

culpable de la traición más vil. La chusma fue culpable de rechazar al Hijo de Dios y de tratarle como si fuera el peor criminal.

Pero ¡Jesús dio un ejemplo de misericordia! Como el rey David, cruzó el Cedrón, plenamente consciente de que Judas iba a traicionarle. Fue al huerto del Getsemaní sometiéndose a la voluntad del Padre. Sanó la oreja de Malco. Protegió a sus discípulos. Se entregó en las manos de pecadores para poder sufrir y morir por nosotros.

“Amor tan grande y sin igual,
En cambio exige todo el ser”.

¿Qué tienes en tu mano hoy: la espada o la copa?

‘Padeció bajo Poncio Pilato’

Juan 18:28—19:16

Mucho antes de que los dirigentes judíos hicieran apresar a Jesús en el huerto, ya habían decidido matarlo (Juan 11:47-54). Sin embargo, el concilio judío no tenía el derecho de ejecutar presos; así que era necesario conseguir la cooperación y aprobación de Roma. Esto implicaba una visita al procurador romano, Poncio Pilato.

Hubo tres etapas en ambos juicios, el judío y el romano. Después de arrestarlo llevaron a Jesús a la casa de Anás, y allí fue interrogado informalmente (Juan 18:12-14,19-23). Anás esperaba hallar alguna información que implicaría a Jesús como enemigo del estado. Quería probar que tanto su doctrina como sus discípulos eran anti-romanos, porque eso significaría que merecía la pena de muerte.

La segunda etapa del juicio judío tuvo lugar ante Caifás y todos los miembros del sanedrín que el sumo sacerdote pudo reunir a esta hora de la noche (Mateo 26:57-68; Marcos 14:53-65). Cuando Jesús confesó claramente que

“Padeció bajo Poncio Pilato” 99

era el Cristo, el concilio le halló culpable de blasfemia, y por consiguiente, según su ley, merecía la muerte. Sin embargo, era necesario que el concilio se reuniera temprano a la mañana siguiente para dar su veredicto, puesto que no se consideraba legal juzgar de noche casos capitales. Así que la tercera etapa del juicio judío tuvo lugar lo más temprano posible, y los dirigentes condenaron a Jesús a muerte (Mateo 27:1; Lucas 22:66-71).

Las tres etapas del juicio romano fueron: una primera comparecencia ante Pilato (Juan 18:28-38), la comparecencia ante Herodes (Lucas 23:6-12), y la segunda comparecencia ante Pilato (Juan 18:39-19:16; y ve Mateo 27:15-26; Marcos 15:6-15; Lucas 23:13-25). Es de notarse que el apóstol Juan registra sólo los interrogatorios que hicieron Anás y Pilato, y menciona a Caifás sólo de pasada. Juan se concentra primordialmente en el juicio romano. Para cuando escribió este evangelio, la nación judía había sido esparcida por los romanos, Jerusalén había sido destruida, y el poder romano era lo único que importaba.

Poncio Pilato ejerció su cargo del año 26 al año 36 de nuestra era, y nunca logró ganarse el favor de los judíos. Podía ser implacable y cruel si quisiera (ve Lucas 13:1,2), pero también entendía las estructuras de poder judías y sabía cómo usarlas. Su manejo del caso revela a un hombre indeciso, débil y dado a acomodados. El lema de Roma era: “¡Qué se haga justicia aunque se caiga el cielo!” A Pilato no le interesaba la justicia; su única preocupación era protegerse a sí mismo, su puesto, y Roma. Es lamentable, pero ¡falló en todas esas tres cosas!

Al leer el relato de Juan verás a Pilato tratando de hallar algún pretexto que le permitiría complacer a ambos lados. Tenía miedo de la multitud ¡pero a cada momento le tenía

100 Transformados en Cristo

más miedo al preso! Por lo menos tres veces anunció que Jesús no era culpable de ningún crimen (Lucas 23:14; Juan 19:4; Lucas 23:22; Juan 19:6). Sin embargo, ¡rehusó dejarle en libertad!

El juicio romano que celebró Pilato giró alrededor de cuatro preguntas clave.

1. “¿Cuál es la acusación?” (Juan 18:28-32)

Tan pronto como el sanedrín condenó a Jesús, los oficiales le llevaron al palacio donde Pilato vivía durante la temporada de la Pascua. Era costumbre que el gobernador romano estuviera en Jerusalén durante la Pascua en caso de que hubiera algún levantamiento del nacionalismo judío. Los líderes religiosos no titubearon para condenar a un inocente, pero se cuidaron de no contaminarse pisando terreno gentil. ¡Habría sido una calamidad estar contaminado ceremonialmente durante los siete días de la Pascua!

Era lógico que Pilato preguntara cuál era la acusación oficial. En lugar de indicar claramente las acusaciones, los dirigentes judíos *anduvieron con rodeos* y probablemente eso despertó las sospechas del astuto político. Lucas 23:2 menciona tres acusaciones oficiales: (1) pervierte a la nación, (2) prohíbe dar tributo al César, y (3) aduce que es el Mesías y rey de los judíos.

Pilato no tenía ningún deseo de mezclarse en un caso de una corte judía, especialmente durante la Pascua; así que trató de evadir el asunto. Después de todo, si el preso estaba creándoles problemas a los judíos, entonces los judíos debían juzgarle de acuerdo con su propia ley. Roma había permitido que los judíos retuvieran cierta jurisdicción, especialmente en cuestiones relativas a sus leyes y costumbres religiosas. (Ve otro ejemplo en Hechos 18:12-16.)

“Padeció bajo Poncio Pilato” 101

Pero si los judíos *solos* hubieran juzgado a Jesús y le hubieran hallado culpable, lo hubieran matado mediante apedreamiento; y Dios había determinado que su Hijo debiera ser crucificado (ve Juan 3:14; 8:28; 12:32,33). Jesús debía llevar la maldición de la ley y llegar a ser maldición por nosotros; y para hacer esto, tenía que colgar de un madero (Deuteronomio 21:22,23; Gálatas 3:13). El hecho de que los romanos permitieron que los judíos apedrearán a Esteban hasta matarlo indica que Roma era indulgente con el sanedrín en algunos casos capitales (Hechos 7:57-60).

Cuando se considera con seriedad las tres acusaciones que lanzaron contra Jesús, rápidamente se nota que eran completamente insostenibles. Por un lado, él no había subvertido a la nación, ni religiosa ni políticamente. Por supuesto, había denunciado públicamente a los fariseos y su hipócrita sistema religioso, pero no era él el primero, ni el único, que había hecho eso. Jesús había bendecido a la nación y les había dado una nueva esperanza. El hecho de que algunos de los judíos militantes le vieran como posible rey (Juan 6:15) no era culpa de nuestro Señor, y él rehusó todas esas demostraciones políticas.

En lugar de oponerse al pago de tributos al César, *¡enseñó precisamente lo opuesto!* “Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (Mateo 22:21).

El sí afirmó ser rey, pero no en sentido político. Incluso sus discípulos no entendieron completamente estas verdades sino después de su resurrección (Hechos 1:1-8). No es sorpresa que el pueblo común a veces le malentendió (Lucas 19:11). Por supuesto, los dirigentes religiosos de Israel estaban echando mano a cualquiera evidencia que pudieran hallar para fabricar un caso; ¡e incluso estuvieron listos para buscar testigos falsos!

102 Transformados en Cristo

2. “¿Eres tú el Rey de los judíos?” (Juan 18:33-38)

Todos los escritores de los evangelios registran la pregunta a Jesús de que si él era el rey de los judíos. Como gobernador romano, a Pilato le interesaría cualquier afirmación de alguien que afirmaba ser rey. Las expectativas mesiánicas siempre se intensificaban durante la temporada de la Pascua, y sería fácil que cualquier judío pretendiente incitara al pueblo a amotinarse y rebelarse contra Roma. Pilato sin duda se sentía en terreno seguro cuando le preguntó a Jesús si era rey.

Sin embargo, no estaba preparado para la respuesta que recibió: “Tú lo dices” (Mateo 27:11). Pero Jesús luego le hizo una pregunta a Pilato: “¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?” (Juan 18:34). ¿Qué es lo que estaba realmente preguntando nuestro Señor? “¿Qué clase de rey tienes en mente? ¿Un rey romano o un rey judío? ¿Un rey político o un rey espiritual?” Jesús no estaba evadiendo el asunto; estaba obligando a Pilato a aclarar el asunto *por su propio bien*. Después de todo, no era Jesús quien estaba sujeta a juicio; ¡era Pilato!

Si Pilato tenía en mente un rey romano, entonces podría considerar a Jesús como rebelde. Si el gobernador estaba pensando en un rey de tipo judío, entonces las cuestiones políticas podrían quedar a un lado. Es interesante que Pilato llamó a Jesús “rey” por lo menos cuatro veces durante el juicio, e incluso usó ese título para el letrero que hizo colgar en la cruz (Juan 18:39; 19:3,14,15,19).

La respuesta de Pilato a los judíos muestra lo que los romanos pensaban de los judíos: “¿Soy yo judío?” Sin duda había en su voz un obvio tono de desdén y sarcasmo. Jesús no estaba preso debido a que Pilato lo hubiera arrestado, ¡sino porque los líderes de su propia nación lo habían apresado! Donde hay humo debe haber fuego; por eso Pilato le preguntó: “¿Qué has hecho?”

“Padeció bajo Poncio Pilato” 103

Jesús amablemente consintió en explicarle más sobre sí mismo y su reino. Sí, confesó que era Rey; pero que su reino no procedía de la autoridad del mundo. Los judíos estaban bajo la autoridad romana, y Pilato estaba bajo la autoridad del emperador; pero Jesús derivaba su autoridad de Dios. Su reino es espiritual, en los corazones de sus seguidores; y no depende de medios mundanales o carnales para promover su causa. Si su reino fuera de este mundo, para entonces ya sus seguidores hubieran reunido todo un ejército y luchado para libertarlo.

Jesús no dijo que no tenía reino en este mundo, o que jamás reinaría sobre la tierra. El sí tiene un reino en este mundo, dondequiera que haya personas que han confiado en él y se han sometido a su soberanía. Un día regresará y establecerá un reinado justo sobre la tierra (Daniel 7:13-28). La preocupación de Pilato era la fuente de ese reino: ¿de dónde derivaba Jesús su autoridad?

En Juan 18:37 Jesús le explicó quién era él y qué clase de reino le pertenecía. Pilato probablemente no captó el significado de estas profundas palabras, pero hoy nosotros podemos discernir algo del significado que Jesús tenía en mente. El había “nacido”, lo que indica su humanidad, pero también había “venido al mundo”, lo que indica su deidad. El hecho de que Jesús vino al mundo quiere decir que había existido antes de su nacimiento en Belén; y esta es una verdad importante y una que se repite en el Evangelio de Juan (Juan 1:9-10; 3:17,19; 9:39; 10:36; 12:46; 16:28; 17:18).

Pero Jesús no sólo le dijo a Pilato de dónde procedía, sino que también le explicó su ministerio: dar testimonio a la verdad. El suyo era un reino espiritual de la verdad; y ganaba a las personas para su causa, no por la fuerza, sino mediante convicción y persuasión. Hablaba la verdad de la Palabra de Dios, y todos los que eran suyos respondían

104 Transformados en Cristo

a su llamado (ve Juan 8:47; 10:27). El arma de Roma era la espada, pero el arma de nuestro Señor era la verdad de Dios, la espada del Espíritu (Efesios 6:17).

No sabemos con qué actitud Pilato hizo su ahora famosa pregunta: “¿Qué es la verdad?” En su ensayo clásico *Sobre la Verdad*, Francis Bacon escribió: “Pilato preguntó, burlándose, ¿Qué es la verdad?, y no se quedó para oír la respuesta”. Pero no estamos seguros de que Pilato estaba bromeando. Tal vez era sincero. Por siglos los filósofos romanos y griegos habían debatido y discutido esta misma pregunta, y no habían llegado a conclusiones firmes. Si Pilato estaba burlándose al hacer la pregunta, no lo sabemos; de modo que no sería sabio juzgarle.

Por lo menos tuvo el valor para enfrentarse a la multitud y declarar su veredicto: “Yo no hallo en él ningún delito”. Pero no recibió la respuesta que esperaba, porque los principales sacerdotes y ancianos empezaron a acusar más a Jesús (ve Mateo 27:12-14). Jesús guardó silencio ante sus acusadores (1 Pedro 2:21-23), y este silencio asombró más a Pilato. ¿Acaso este Rey no podía ni siquiera defenderse? Si no decía nada, ¿cómo podría alguien encontrar alguna evidencia? Pilato se veía ante un dilema.

Pero los principales sacerdotes y ancianos resolvieron el problema cuando gritaron que Jesús había alborotado al pueblo en Galilea (Lucas 23:5). ¡Galilea! Eso era responsabilidad de Herodes, así que ¿por qué no mandar al preso a Herodes, quien también estaba en Jerusalén para la fiesta? Entre Juan 18:38 y 39 tiene lugar lo que se describe en Lucas 23:6-12. La maniobra de Pilato no resolvió su problema, ¡porque Herodes envió a Jesús de regreso! El único resultado de eso fue que se subsanara la brecha que había entre los dos gobernantes. Pilato todavía tenía que vérselas con Jesús y los judíos.

3. “¿Debo dejar en libertad al Rey de los judíos?”

(Juan 18:39–19:7)

El hecho de que Herodes no halló en Jesús nada digno de muerte animó a Pilato a confrontar a los dirigentes judíos y tratar de soltar al preso. Llamó a los principales sacerdotes y ancianos y les dijo que no hallaba ninguna culpa en Jesús, que Herodes tampoco había hallado en él culpa alguna, y que el próximo paso sería castigar a Jesús y soltarlo. Los judíos ya habían dicho claramente que querían que Jesús muriera (Juan 18:31), pero Pilato estaba débilmente tratando de hacer algo noble.

Esperando afirmar su sugerencia Pilato ofreció hacer un trato con los dirigentes judíos. Era costumbre durante la Pascua que el gobernador soltara a un preso para complacer a los judíos, así que, ¿por qué no soltar a Jesús? O, bien podría soltarles a Barrabás, pero ¿por qué querrían los judíos que les soltara a Barrabás? Después de todo, era ladrón (Juan 18:40), preso notorio (Mateo 27:16), insurrecto y asesino (Lucas 23:19). ¿Quién desearía que se soltara a *esa* clase de preso?

Es increíble, pero la multitud pidió a Barrabás. La multitud se dejó persuadir por los principales sacerdotes y ancianos (Mateo 27:20) cuyas convicciones religiosas no los motivaban hacia la justicia y equidad. Los sentimientos nacionalistas siempre se incrementaban durante la Pascua, y un voto *por* Barrabás era un voto *contra* Roma. Aunque Jesús había sido una figura popular entre el pueblo, muchos de ellos sin duda alguna se habían desilusionado porque él no había incitado un levantamiento popular para derrocar a Roma. Tal vez ellos habían esperado que su entrada triunfal pocos días antes sería el principio de la liberación judía.

No se explica cómo una chusma escoge sus héroes. Sin duda muchos de los judíos admiraban a Barrabás

106 Transformados en Cristo

por su astucia y valentía, y se alegraban de que estuviera luchando contra Roma. Si hubieran comparado y contrastado honradamente a los dos, el pueblo habría dado su voto por Jesucristo. Pero cuando una chusma es manipulada por dirigentes astutos, en una atmósfera de fervor patriótico, se desorienta y empieza a dejarse llevar por los sentimientos en lugar de pensar correctamente con el cerebro. Su voto de condenación no dice nada en cuanto al Hijo de Dios, sino mucho en cuanto a ellos.

Jamás faltándole ideas, Pilato trató un nuevo enfoque: la simpatía. La multitud había gritado “¡Crucifícale!” (Marcos 15:14) pero tal vez se aplacaría si veía a Jesús flagelado. ¿Qué hombre podría contemplar a un preso flagelado y todavía querer crucificar a la víctima? El flagelo era un látigo de correas de cuero, con pedazos de hierro o hueso anudados de trecho en trecho; y muchos presos no lograban sobrevivir al castigo. A nosotros nos duele pensar que al Hijo de Dios que jamás cometió pecado alguno se le haya sometido a tanta crueldad. Era inocente, y sin embargo se le trató como si fuera culpable; y lo hizo por nosotros. Le abofetearon cuando estaba ante Anás (Juan 18:22), y le escupieron y le dieron de puñetazos y le abofeteaban ante Caifás y ante el concilio (Mateo 26:67). Pilato le hizo flagelar y los soldados le golpearon (Juan 19:1-3); y antes de llevarle al Calvario los soldados se mofaron de él y le golpearon con una vara (Marcos 15:19). ¡Cuánto sufrió por nosotros!

Pilato le llamó “Rey de los judíos” (Juan 18:39), así que los soldados decidieron que el rey debía tener una corona y un manto. Los judíos se habían mofado de su afirmación de ser profeta (Mateo 26:67,68), y ahora los gentiles se mofaban de su afirmación de ser rey. Los tiempos de los verbos en griego indican que los soldados se burlaban de él *repetidamente*,

“Padeció bajo Poncio Pilato” 107

golpeándole con las manos. Las fuerzas del infierno estaban haciendo su apogeo en el pretorio de Pilato.

El pecado había traído espinas y cardos al mundo (Génesis 3:17-19), así que era apropiado que el Creador llevara una corona de espinas al llevar sobre sí los pecados del mundo en la cruz. El mismo metal que él había creado en la tierra fue usado para hacer los clavos que perforarían sus manos y sus pies.

Por tercera vez Pilato salió para ver a la multitud (Juan 18:29,38; 19:4), esta vez trayendo consigo a Jesús. De seguro la vista del preso flagelado y humillado despertaría algo de lástima en sus corazones; pero no fue así. Por segunda vez Pilato declaró que no hallaba en Jesús falta alguna, pero sus palabras sólo incitaron más las pasiones y el odio de ellos. “¡He aquí el hombre!” lleva la idea de “¡Miren a este pobre tipo! ¿Acaso no ha sufrido ya lo suficiente? Tengan lástima de él, y déjenme soltarlo”. Fue un noble esfuerzo de parte de Pilato, pero de nada sirvió.

El fracaso del plan de Pilato nos enseña una lección importante: exige más que simpatía humana para llevar al pecador a la salvación. Hay una idea de la expiación que se llama “la teoría de la influencia moral”, que encajaría muy bien en el método que usó el gobernador. Dice que cuando el pecador se percata de los sufrimientos de nuestro Salvador se conmoverá y así dejará su pecado y empezará a amar a Dios. Es puramente subjetivo y no tiene nada que ver con la santidad de Dios o la importancia de satisfacer la justicia divina.

Si alguna multitud debiera haberse conmovido a la lástima, sería la multitud judía que estaba esperando a Pilato. ¿Qué nación ha sufrido más que los judíos? Allí estaba uno de los suyos, un profeta judío, sufriendo injustamente a manos de los romanos, ¡y los judíos no se

108 Transformados en Cristo

arrepintieron ni mostraron el más leve asomo de compasión! Si los pecadores que vieron a Cristo en sus sufrimientos no se arrepintieron, ¿qué esperanza hay para las personas del siglo veinte que apenas leen de sus agonías?

La cruz incluye mucho más que la exhibición del sufrimiento del inocente. En esa cruz el Hijo de Dios pagó el precio por los pecados del mundo, y por ello declaró el amor de Dios y defendió la santidad y la justicia de Dios. No somos salvos sintiendo compasión por Jesús, sino cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y confiamos en Jesús, el Sustituto sin pecado. “Si Cristo en realidad no estaba haciendo algo en su muerte”, escribe el Dr. Leon Morris, “entonces nos vemos frente a una demostración de ostentación, y nada más”.

Esto no quiere decir que está mal que el creyente contemple la cruz y medite en los sufrimientos de Cristo. El conocido himno “La Cruz Excelsa al Contemplar” nos ayuda a darnos cuenta de nuevo del precio que Jesús pagó por nosotros, pero no debemos confundir el sentimentalismo con la verdadera emoción espiritual. Una cosa es derramar lágrimas en el culto en la iglesia y otra muy diferente sacrificarse, sufrir y servir después de que el culto se ha terminado. No nos limitamos simplemente a contemplar la cruz; la llevamos.

Por tercera vez Pilato anunció: “Yo no hallo delito en él”. La multitud bien podría haberle gritado: “Entonces, ¿por qué le hiciste azotar?” Las acciones de Pilato desmienten sus palabras. Era un hombre de carácter débil que, como muchos políticos, esperaba hallar una componenda aceptable que complacería a todo mundo. El maestro chino Confucio definió la cobardía así: *saber lo que es correcto y no hacerlo*.

Los dirigentes religiosos no tuvieron que pensar mucho para responder: “Nosotros tenemos una ley, y según

nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7). Esta afirmación no se halla en los otros evangelios (pero ve Mateo 26:63,64); sin embargo, encaja muy bien en el propósito de Juan para escribir su evangelio (Juan 20:31).

4. “¿De dónde eres?” (Juan 19:8-16)

Los romanos y los griegos tenían numerosos mitos de dioses que vinieron a la tierra como hombres (nota Hechos 14:8-13), así que es probable que Pilato respondió a la frase “Hijo de Dios” teniendo en mente estas historias. El gobernador ya había quedado impresionado por las palabras y la compostura de nuestro Señor; nunca había conocido antes a otro prisionero como él. ¿Sería en verdad un dios que había venido a la tierra? ¿Tenía poderes sobrenaturales? ¡No sorprende que Pilato haya empezado a tener miedo! También la esposa de Pilato le había mandado un extraño mensaje de que no tuviera nada que ver con Jesús (Mateo 27:19). ¡Jesús se había presentado incluso en los sueños de ella!

¿Por qué no respondió Jesús a la pregunta de Pilato? Porque ya la había respondido (Juan 18:36,37). Es un principio espiritual básico que Dios no nos revela una nueva verdad si no hemos actuado según la verdad que ya sabemos. Todavía más, Pilato ya había dicho claramente que no estaba personalmente interesado en la verdad espiritual. Todo lo que le interesaba era mantener la paz en Jerusalén mientras trataba de apurar el juicio de Jesús de Nazaret. Pilato ¡no merecía una respuesta!

El miedo y la cólera a menudo van juntos. Cuando tenemos miedo somos débiles, y vamos hasta extremos tratando de parecer fuertes. Esto es lo que hizo Pilato al recordarle a Jesús que tenía autoridad de los romanos. Pero

110 Transformados en Cristo

su afirmación no demostró su poder, sino su debilidad. Porque si tenía autoridad para soltar a Jesús, *¿por qué no lo soltó?* Se condenó a sí mismo con sus propias palabras jactanciosas.

Por supuesto, el silencio de nuestro Señor tanto ante Pilato como ante Herodes fue el cumplimiento de Isaías 53:7. Pedro más tarde usaría eso como ejemplo que deben seguir los creyentes que sufren (1 Pedro 2:18-23).

Juan 19:11 registra las últimas palabras de nuestro Señor a Pilato, palabras que revelarían su fe en el Padre y su sometimiento a su voluntad (ve 1 Pedro 2:23; 4:19). Toda autoridad viene de Dios (Romanos 13:1ss). Jesús pudo someterse a Roma y a los judíos porque primero se había sometido a Dios. Pilato se jactaba de su autoridad (Juan 19:10), pero Jesús le recordó que fue Dios quien le había delegado su supuesta autoridad. Un día Dios le pediría cuentas por la manera en que había usado sus privilegios y responsabilidades.

¿A quién se refería Jesús cuando dijo, “El que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene”? Por cierto que no a Dios, porque Dios no puede pecar y no peca. Jesús estaba refiriéndose a Caifás, el corrupto sumo sacerdote que desde tiempo atrás había decidido que Jesús debía morir (Juan 11:47-54). Caifás conocía las Escrituras y se le había dado toda oportunidad para examinar la evidencia. A propósito había cerrado sus ojos y endurecido su corazón. Había hecho todo para que Jesús no tuviera un juicio justo. Fueron sus cómplices los que incitaron a la chusma para que gritara “¡Crucifícale!” Pilato era un pagano ciego espiritualmente, pero Caifás era un judío que conocía las Escrituras. Por consiguiente, era Caifás, y no Pilato, quien tenía mayor pecado.

¡En qué dilema se hallaba Pilato! ¿Cómo podría investigar la afirmación de que Jesús era “el Hijo de

“Padeció bajo Poncio Pilato” 111

Dios”? No había evidencia que fuera un revoltoso o sedicioso. En un final arranque de valor Pilato trató de soltar a Jesús. Juan no nos cuenta los pasos que Pilato dio (el texto griego dice “siguió buscando cómo soltarle”), pero de nada sirvió. Es más, la multitud empezó a acusar *a Pilato* de ser traidor al César. Esto fue demasiado para el gobernador, así que dictó su veredicto oficial y entregó a Jesús para que fuera crucificado. Mateo nos cuenta que Pilato se lavó las manos ante la multitud (Mateo 27:24), pero eso no limpió su corazón. Ay, era Pilato quien estaba siendo juzgado, ¡y no Jesús!

Es probable que Juan usaba la manera romana de contar las horas, así que “la hora sexta” debe haber sido las seis de la mañana. Marcos nos dice que Jesús fue crucificado “a la hora tercera”, que, según la manera judía de contar las horas, serían las nueve de la mañana. Puesto que Juan escribió “*como* la hora sexta”, no hay necesidad de tratar de deducir por qué les llevó tres horas para llevar a Jesús desde el palacio de Pilato hasta el Calvario.

La “preparación” se refiere a la preparación para el sábado (ve Juan 19:31) que empezaría a la caída del sol de ese día (viernes). Siendo el sábado de la Pascua, era un día de gran solemnidad. Los líderes religiosos estaban más preocupados por sus tradiciones que por saber la verdad y obedecer la voluntad de Dios. En un día solemne y santo, ¡crucificaron a su propio Mesías, Jesús el Hijo de Dios!

La multitud tuvo la última palabra: “No tenemos más rey que César”. “No queremos que éste reine sobre nosotros” (Lucas 19:14). Predicadores bien intencionados han dicho que la multitud que el domingo de ramos gritaba “¡Hosanna!” se volteó y gritaba “¡Crucifícale!” el viernes santo. Sin embargo, eran dos multitudes diferentes. La multitud del Domingo de Ramos venía primordialmente de Galilea, donde

112 Transformados en Cristo

Jesús era muy popular. La multitud en el palacio de Pilato era de Judea y Jerusalén, donde los dirigentes religiosos tenían el control. Si los discípulos galileos se hubieran salido con la suya, ¿se habrían rebelado y libertado a Jesús!

Desde el punto de vista humano, el juicio de Jesús fue el crimen más grande y la tragedia más terrible de la historia. Desde el punto de vista divino fue el cumplimiento de la profecía y de la voluntad de Dios. El hecho de que Dios había planeado todo esto no absuelve de responsabilidad a los participantes. Es más, en Pentecostés Pedro unió ambas ideas en una sola afirmación (Hechos 2:23).

Cuando Israel pidió tener un rey y Dios les dio a Saúl, la nación rechazó a Dios el Padre (1 Samuel 8:5-7). Cuando pidieron a Barrabás, rechazaron a Dios el Hijo. Hoy están rechazando el ruego de Dios el Espíritu Santo (Hechos 7:51; Romanos 10:21). Sin embargo, vendrá un día cuando verán a su Rey, creerán y serán salvos (Zacarías 12:10-11; Mateo 24:30; Apocalipsis 1:7).

Tanto la nación como el gobernador estaban siendo juzgados, y ambos fracasaron miserablemente.

¡Qué no fracasemos!

“¿Qué vas a hacer con Cristo?

Neutral tú no puedes ser;

Un día harás la pregunta,

¿Conmigo qué va a hacer?”

“Y muerte de cruz”

Juan 19:17-42

El Credo Apostólico declara sin rodeos: “Fue crucificado, muerto y sepultado”. Estos tres eventos se describen en Juan 19:17-42; eventos históricos que deberíamos entender no sólo desde el punto de vista histórico, sino también doctrinal. *Lo que* sucedió es importante; *por qué* sucedió también es importante, si uno espera ir al cielo.

1. Crucificado (Juan 19:17-27)

Pilato entregó a Jesús a los principales sacerdotes; y ellos, con la ayuda de los soldados romanos, llevaron a Jesús para crucificarle. “Era el más cruel y más vergonzoso de todos los castigos”, dijo el estadista y filósofo romano Cicerón. “Que dicho castigo jamás se acerque al cuerpo de un ciudadano romano; no, ni siquiera cerca de sus pensamientos, ojos u oídos”.

La crucifixión probablemente tuvo sus orígenes entre los persas o fenicios, pero fueron los romanos los que la

114 Transformados en Cristo

usaron de manera especial. Ningún ciudadano romano debía ser crucificado, aunque hubo excepciones. Este modo de pena capital estaba reservado para los criminales de la peor clase, particularmente los que promovían la insurrección. Hoy pensamos de la cruz como símbolo de gloria y victoria, pero en los días de Pilato la cruz significaba lo más vil del rechazo, la vergüenza y el sufrimiento. Fue Jesús quien hizo la diferencia.

Se acostumbraba que el criminal llevara su propia cruz, o por lo menos el travesaño, desde el tribunal al lugar de la crucifixión. Jesús empezó el recorrido de un kilómetro y medio llevando a cuestas su cruz, pero recibió la ayuda de Simón de Cirene, a quien los soldados romanos reclutaron para la tarea. No sabemos por qué a Jesús se le quitó su carga; la Biblia guarda silencio. ¿Estaba demasiado débil debido a los azotes como para llevar la carga? ¿Estaba su debilidad demorando la procesión en momentos cuando los judíos querían que todo terminara pronto para poder celebrar el sábado pascual? Una cosa es segura: llevar la cruz era señal de culpa, y *Jesús no era culpable* (ve Marcos 15:20,21 y Romanos 16:13).

También se exigía que el criminal llevara un letrero que anunciaba su crimen. El único letrero que registran los evangelios es el que Pilato hizo escribir: “Este es Jesús Nazareno, el Rey de los Judíos”. Los principales sacerdotes protestaron por el título, pero Pilato rehusó cambiarlo. Fue su golpe final contra el establecimiento religioso de los judíos. Sabía que los sacerdotes y los ancianos le tenían envidia a Jesús y que querían destruirle (Mateo 27:18). Como político astuto, Pilato entendía bien el funcionamiento del establecimiento religioso de los judíos. Sabía que ese letrero sería para ellos insulto y vergüenza, y eso era exactamente lo que quería.

El hecho de que el título estaba escrito en hebreo (arameo), griego y latín es significativo. Por un lado, muestra que nuestro Señor fue crucificado en un lugar donde se reunían muchos pueblos y naciones, un lugar cosmopolita. El hebreo es el lenguaje de la religión, el griego de la filosofía, y el latín el de la ley; y todas las tres se combinaron para crucificar al Hijo de Dios. Pero lo que él hizo en la cruz, ¡lo hizo por todo el mundo! En su evangelio Juan recalca la extensión mundial de la obra de Cristo. Sin darse cuenta, Pilato escribió un *tratado de evangelización* cuando preparó el título; porque uno de los ladrones descubrió que Jesús era Rey, y le pidió entrada en su reino.

Jesús fue crucificado fuera de la ciudad (Hebreos 13:11-13) entre dos ladrones, posiblemente compañeros de Barrabás. No sabemos dónde levantaron la cruz del Salvador. Ha habido tantos cambios en la topografía de Jerusalén desde el año 70 d. de C. cuando Tito y los romanos la destruyeron, que es imposible determinar con precisión ni la ruta que siguió nuestro Señor ni el sitio donde levantaron la cruz. A los peregrinos de la actualidad en la Tierra Santa les muestran tanto la Iglesia del Santo Sepulcro como el “Calvario de Gordon”, cerca del huerto de la tumba.

La palabra hebrea “Gólgota” quiere decir *cráneo*, *calavera*; Calvario es el equivalente en latín. No se nos dice por qué tenía ese nombre peculiar. Por cierto que los judíos no permitirían que calaveras ceremonialmente inmundas quedaran en un lugar de ejecución pública. De hecho, los cuerpos (con las cabezas intactas) por lo general eran enterrados (si las víctimas tenían amigos) o echados al basurero público. El “Calvario de Gordon” en efecto se parece a una calavera, pero ¿se veía el terreno así hace dos mil años?

116 Transformados en Cristo

El que Jesús haya sido crucificado con dos notorios ladrones aumentó la vergüenza. Pero también cumplió Isaías 53:12: “Y fue contado con los pecadores”. ¡Lo trataron como a un criminal común!

Las ejecuciones modernas por lo general se llevan a cabo en forma privada, pero Jesús fue clavado a una cruz y colgado para que todo mundo lo viera. Era la temporada de la Pascua y había miles de visitantes en la ciudad. El lugar de ejecución se hallaba fuera de la ciudad, por donde pasaba mucha gente. Jesús era una figura bien conocida, así que su arresto y condenación serían tema de conversación. Era natural que la gente se reuniera para contemplar una trágica escena.

Por supuesto, también estarían allí los soldados; ese era su trabajo. En casi todas las ejecuciones romanas, se asignaba a un centurión con cuatro soldados como ayudantes. Siendo que Jesús era un maestro popular con muchos seguidores, Pilato tal vez asignó a más guardias para el Gólgota. Era privilegio de los soldados repartirse cualquier pertenencia personal que tuvieran las víctimas; así que se dividieron todo lo que Jesús poseía: su ropa personal. Debe haber tenido un turbante, un par de sandalias, una túnica interior (el manto sin costura), un manto exterior y un cinturón. Los cuatro hombres tomaron cada uno una prenda de vestir, y luego echaron suertes para llevarse el manto. Esto cumplió el Salmo 22:18.

Juan no lo registra, pero los otros evangelios nos dicen que algunos de los que pasaban insultaban a Jesús, sin duda por instigación de los principales sacerdotes y escribas (Marcos 15:29-32). Cuando se lee el Salmo 22, se ve cómo David usó la figura de *animales* para describir a los que persiguieron a nuestro Señor: toros (Salmo 22:12), leones (Salmo 22:13,21) y perros (Salmo 22:16,20). Cuando los hombres rechazan a su Señor, se vuelven como animales.

Un grupo de mujeres, junto con el apóstol Juan, estaba cerca de la cruz. (Después se alejarían un poco y se unirían con otros de los amigos de Jesús [Mateo 27:55,56; Marcos 15:40,41].) Juan especifica a cuatro mujeres: 1) María, madre de Jesús; 2) la hermana de su madre, Salomé, madre de Jacobo y Juan; 3) María, esposa de Cleofas; y 4) María Magdalena. Se requería valor para estar allí en medio de tanto odio y burla, pero la presencia de ellas allí debe haber alentado a nuestro Señor.

La primera vez que hallamos a María en el Evangelio de Juan está asistiendo a una boda (Juan 2:1-11); ahora está preparándose para un entierro. ¡La hora había llegado! Ella estaba sintiendo “la espada” que se le había anunciado años antes (Lucas 2:35). Su silencio es significativo; porque si alguien hubiera podido rescatar a Jesús, era su madre. Todo lo que ella tenía que hacer era anunciar que sus afirmaciones eran falsas, ¡pero no dijo nada! Qué testimonio de la deidad de Cristo.

Jesús le aseguró su amor, y le dio a su discípulo amado, el que se había recostado en su pecho, para que fuera su hijo adoptivo y cuidara de ella. No sabemos si Juan llevó a María a su casa desde ese momento, llevándosela de la escena. Lo que sí sabemos es que él cuidó de ella y que ella estuvo entre los creyentes que estaban en el Aposento Alto esperando el Pentecostés (Hechos 1:14). Incluso mientras realizaba su gran obra de redención, Jesús fue fiel a sus responsabilidades como hijo. ¡Qué honor fue para Juan tomar el lugar del Señor en la vida de María!

No hay que confundir a María Magdalena con la “pecadora” descrita en Lucas 7:36ss. Jesús había librado a María Magdalena de demonios (Marcos 16:9; Lucas 8:2) y ella usó sus recursos para ayudar a Jesús en su ministerio. Salomé le había pedido a Jesús troncos para sus dos hijos

118 Transformados en Cristo

(Mateo 20:20-29) y él se lo había negado. Uno se pregunta qué estaría pensando ella al estar allí y contemplar a Jesús morir en la cruz. La escena debe haber sido un reproche a su egoísmo.

2. Muerto (Juan 19:28-30)

Nuestro Señor sabía lo que estaba sucediendo; estaba en pleno control a la vez que obedecía la voluntad de su Padre. Había rehusado beber el vino que amortiguaba el dolor que siempre se ofrecía a los que estaban a punto de ser crucificados (Mateo 27:34). Para cumplir las Escrituras (Salmo 69:21) dijo “Tengo sed”. Estaba soportando un verdadero sufrimiento físico, porque tenía un verdadero cuerpo humano. Acababa de salir de tres horas de oscuridad cuando sintió la ira de Dios y la separación de Dios (Mateo 27:45-49). Cuando uno combina la oscuridad, la sed y el aislamiento, se tiene ¡un infierno! Había razones físicas para su sed (Salmo 22:15), pero también había razones espirituales (Salmo 42:1,2).

Uno de los soldados tuvo lástima de Jesús y mojó sus labios con el vino barato que bebían los soldados. No debemos imaginarnos a Jesús colgado a varios metros de altura, casi inaccesible. Sus pies tal vez se hallaban como a un metro de altura, de modo que era fácil que el hombre pusiera una esponja en la punta de una vara y le diera de beber a Jesús. Tú y yo hoy podemos “dar a Jesús de beber” al compartir con los necesitados lo que tenemos (Mateo 25:34-40).

El Salmo 69 tiene fuertes matices mesiánicos. Nota el Salmo 69:3: “mi garganta se ha enronquecido”. En Juan 15:25 Jesús se refirió al Salmo 69:4, y hay que relacionar el Salmo 69:8 con Juan 7:3-5. En Juan 2:17 se cita el Salmo 69:9, y en Juan 19:28,29 se hace referencia al Salmo 69:21. Nota el énfasis sobre la “afrenta”

(Salmo 69:7,10,19,20) y la figura de aguas profundas (Salmo 69:14,15, y ve Lucas 12:50).

Nuestro Señor pronunció siete exclamaciones mientras estaba en la cruz; y se las conoce como “las siete palabras desde la cruz”. Primero, pensó en otros: aquellos que lo crucificaban (Lucas 23:34), el ladrón que creyó (Lucas 23:39-43), y su madre (Juan 19:25-27). La palabra central tiene que ver con su relación con su Padre (Mateo 27:45-49); y las últimas tres expresiones hablan de sí mismo: Su cuerpo (Juan 19:28,29), su alma (Juan 19:30; y ve Isaías 53:10), y su espíritu (Lucas 23:46).

El vinagre no sació por completo su sed, pero le permitió lanzar un grito de triunfo: “Consumado es”. En griego es *tetelestai*; y quiere decir *¡Está terminado, queda terminado y siempre estará terminado!* Aunque es cierto que los sufrimientos de nuestro Señor habían terminado, hay mucho más que incluye esa palabra dramática. Muchos de los tipos y profecías del Antiguo Testamento quedaban cumplidos, y el sacrificio de una vez por todas por el pecado quedaba completado.

La palabra *tetelestai* no es familiar para nosotros, pero la usaban varias personas en la vida cotidiana de esos días. Un sirviente la usaría al informar a su amo: “He terminado la obra que usted me encomendó” (ve Juan 17:4). Cuando un sacerdote examinaba un sacrificio animal y lo hallaba sin defecto, aplicaría esta palabra. Jesús, por supuesto, es el perfecto Cordero de Dios, sin mancha ni defecto. Cuando un artista terminaba un cuadro, o un escritor un manuscrito, diría “¡Consumado es!” La muerte de Cristo en la cruz “completa el cuadro” que Dios había estado pintando, la historia que había estado escribiendo, a través de los siglos. Debido a la cruz comprendemos las ceremonias y profecías del Antiguo Testamento.

120 Transformados en Cristo

Tal vez el significado más expresivo de *tetelestai* era el que usaban los comerciantes: “¡La deuda queda pagada totalmente!” Cuando Jesús se entregó en la cruz, cumplió las justas demandas de una ley santa; pagó por completo nuestra deuda. Ninguno de los sacrificios del Antiguo Testamento podía quitar el pecado; su sangre sólo *cubría* el pecado. Pero el Cordero de Dios derramó su sangre, y esa sangre puede *quitar* los pecados del mundo (Juan 1:29; Hebreos 9:24-28).

Hubo un evangelista excéntrico llamado Alejandro Wooten, a quien una vez se le acercó un joven impertinente que le preguntó: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”

“¡Es demasiado tarde!” le respondió Wooten, y siguió haciendo lo que estaba haciendo.

El joven se alarmó: “¿Quiere decir que es demasiado tarde para que yo sea salvo?” le preguntó. “¿No hay nada que yo pueda hacer?”

“¡Demasiado tarde!” dijo Wooten. “*¡Todo ya ha sido hecho!* Lo único que puedes hacer es creer”.

La muerte de Jesucristo es un tema principal en el Evangelio de Juan. Fue anunciada por Juan el Bautista incluso antes de que Jesús empezara oficialmente su ministerio (Juan 1:29,35,36). Nuestro Señor la mencionó por primera vez en Juan 3:14, en donde la figura es claramente la de la crucifixión (ve Juan 8:28; 12:32). Jesús a menudo habló de “tomar la cruz” (Mateo 10:38; 16:24). Después de la confesión de fe que hizo Pedro, Jesús claramente anunció que lo matarían (Mateo 16:21), y más adelante les dijo a los discípulos que sería crucificado (Mateo 20:17-19).

En el Evangelio de Juan se encuentran varios símbolos de la muerte de nuestro Señor: el sacrificio del cordero (Juan 1:29); la destrucción del templo (Juan 2:19); la serpiente levantada (Juan 3:14); el pastor que pone su vida

por las ovejas (Juan 10:11-18); y el grano de trigo que cae en la tierra y muere (Juan 12:20-25). Estos cuadros indican claramente que la muerte de Jesús no fue un accidente, sino una cita divina. No fue asesinado en el sentido más estricto. Voluntariamente puso su vida por nosotros. Su muerte fue una expiación, no simplemente un ejemplo. En realidad realizó la obra de redención en la cruz.

Algunos incrédulos han inventado la idea de que Jesús en realidad no murió, y que tan sólo “se desmayó” en la cruz y luego revivió en la tumba fría. Pero hay demasiados testigos de que Jesucristo en realidad murió: el centurión (Marcos 15:44,45); todos los escritores de los evangelios; los ángeles (Mateo 28:5,7); los judíos (Hechos 5:28); Cristo mismo (Lucas 24:46; Apocalipsis 1:18); e incluso las huestes celestiales que le adoran en el cielo (Apocalipsis 5:9,12). Por supuesto Pablo, Pedro y Juan mencionan en sus cartas la muerte de Cristo.

Su muerte fue voluntaria: voluntariamente entregó su espíritu (Juan 19:30; y nota 10:17,18). “Se entregó a sí mismo” (Gálatas 2:20). Se ofreció como rescate (Marcos 10:45), como sacrificio a Dios (Efesios 5:2), y como propiciación por el pecado (1 Juan 2:2). En Lucas 9:31 a su muerte se le llama “partida”, que en griego es “éxodo”, lo que hace referencia al Cordero pascual y la liberación de la esclavitud. Llevará toda la eternidad para revelar todo lo que pasó cuando Jesucristo murió en la cruz.

3. Sepultado (Juan 19:31-42)

Dos grupos de personas intervinieron en el entierro de nuestro Señor: los soldados romanos (Juan 19:31-37) y los creyentes judíos (Juan 19:38-42). No era raro que las víctimas quedaran en la cruz agonizando en una muerte prolongada, así que los dirigentes religiosos de Israel hicieron todo lo

122 Transformados en Cristo

que pudieron para acelerar la muerte de Jesús y de los dos ladrones. Sin embargo, nuestro Señor tenía el control, y él entregó su espíritu “a la hora novena”, que serían las 3 p.m. (ve Mateo 27:45-50). Las últimas tres palabras desde la cruz las dijo en un breve período poco antes de entregar su vida.

Es impresionante que los soldados romanos *no hicieron* lo que les ordenaron hacer: quebrarles las piernas a las víctimas, pero *sí hicieron* lo que no debían hacer: ¡abrirle el costado al Salvador! En ambos casos ¡cumplieron la misma Palabra de Dios! Los huesos del cordero pascual no debían quebrarse (Exodo 12:46; Números 9:12; y nota Salmo 34:20), así que los huesos de nuestro Señor estuvieron protegidos por Dios. Su costado debía ser perforado (Zacarías 12:10; Apocalipsis 1:7), y así lo hizo uno de los soldados.

Juan vio una significación especial en la sangre y el agua que salió de la herida en el costado. Por un lado, probaba que Jesús tenía un cuerpo real (ve 1 Juan 1:1-4) y que murió en realidad. Para cuando Juan escribió este libro ya había falsos maestros en la iglesia que afirmaban que Jesús no tuvo un cuerpo verdaderamente humano. También puede haber un significado simbólico, porque la sangre habla de nuestra justificación, y el agua habla de nuestra santificación y limpieza. La sangre tiene que ver con nuestra culpa del pecado; el agua con las manchas del pecado. Algunos relacionan Juan 19:34 con 1 Juan 5:6, pero tal vez dicha relación sea débil. En 1 Juan 5, Juan trata de la evidencia de que Jesucristo es Dios venido en carne; y presenta tres testigos: el Espíritu, el agua y la sangre (1 Juan 5:6,8). El Espíritu tiene que ver con Pentecostés, el agua con su bautismo, y la sangre con su crucifixión. En cada uno de estos eventos Dios dejó bien claro que Jesucristo es lo que afirmaba ser, Dios venido en carne.

De hecho, en Juan 19:35 el apóstol dice claramente que el agua y la sangre deben animar a sus lectores a creer que Jesús es el Cristo (ve Juan 20:31).

Cuando los soldados terminaron su grotesco trabajo, los amigos de nuestro Señor se hicieron cargo de todo, y desde ese punto en adelante, en lo que atañe al registro, ningún incrédulo tocó el cuerpo de Jesús. Dios había preparado a dos hombres de alta categoría para que prepararan el cuerpo del Señor para la sepultura y que lo colocaran en la tumba apropiada. Si José y Nicodemo no hubiera estado allí, lo más probable es que el cuerpo de Jesús hubiera sido “arrastrado y arrojado a algún barranco oscuro y detestable”, como James Stalker lo dice en su obra clásica *The Trial and Death of Jesus Christ (Juicio y Muerte de Jesucristo)*. Si aparecía algún amigo de una víctima, los romanos se alegraban mucho al entregarles los cuerpos y librarse así de los cadáveres.

Cuando se reúne la información disponible sobre José de Arimatea, se descubre que era rico (Mateo 27:57), miembro prominente del concilio judío (Marcos 15:43), hombre bueno y justo que no había consentido con lo que hizo el concilio (Lucas 23:50,51), miembro de la minoría creyente de judíos que oraban que el Mesías viniera (Marcos 15:43, y nota Lucas 2:25-28), y discípulo de Jesucristo (Juan 19:38). Fue él quien pidió el cuerpo de Jesús y, con su amigo Nicodemo, le dio al Salvador un entierro respetable.

Pero hay varios misterios en cuanto a José que nos dejan perplejos y nos invitan a una investigación más minuciosa. ¿Por qué tenía una tumba tan cerca de un lugar de ejecución? La mayoría de los judíos ortodoxos querían ser sepultados en la Ciudad Santa, pero un rico como José podía por cierto darse el lujo de escoger un mejor sitio para su descanso final. Imagínate a sus parientes

124 Transformados en Cristo

viniendo a presentarle sus respetos y tener que escuchar las maldiciones y gritos de los criminales en las cruces no muy lejos del sepulcro (Nota Juan 19:41).

Mateo, Lucas y Juan nos dicen que la tumba era nueva y que nunca había sido usada. Era “su sepulcro nuevo” (Mateo 27:60), que él había preparado para sí mismo. *¿O acaso la preparó para Jesús?*

Juan nos informa que José era discípulo de Jesús, pero secretamente por miedo de los judíos. La palabra griega que se traduce “secretamente” es un participio perfecto pasivo, y se podría traducir como *habiendo sido en secreto*. En Mateo 13:35 se traduce la misma forma del verbo como “escondidas”. En otras palabras, José era ¡el *agente secreto* de Dios en el sanedrín! Desde el punto de vista humano José se mantuvo en secreto porque tenía miedo de los judíos (Juan 7:13; 9:22; 12:42), pero desde el punto de vista divino estaba siendo protegido para que pudiera estar disponible para sepultar el cuerpo de Jesús.

Ya hemos visto a Nicodemo en nuestro estudio de Juan 1–12. Nota que cada vez que se le menciona, se le identifica como el que vino a Jesús de noche (Juan 3:1ss; 7:50-53). Pero el hombre que empezó confuso de noche (Juan 3) acabó ¡con una confesión abierta a la luz del día! Nicodemo salió de la oscuridad a la luz y, con José, no se avergonzó de identificarse públicamente con Jesucristo. Por supuesto, cuando los dos hombres tocaron su cuerpo muerto, se contaminaron y no podían participar de la Pascua. Pero ¿qué les importaba? ¡Habían hallado al Cordero de Dios!

Parece evidente que José y Nicodemo planearon cuidadosamente sus actividades en el Calvario. Ciertamente no podrían haber conseguido una tumba a último minuto, ni tampoco habrían podido conseguir sesenta y cinco libras de costosas especias tan rápidamente durante la Pascua

cuando tantos comerciantes no estarían dedicados a su negocio. Tan pronto como Jesús murió José fue a ver a Pilato y recibió permiso para llevarse el cuerpo. Nicodemo se quedó junto a la cruz para asegurarse de que nada le ocurriera al cuerpo de su Señor. Los dos hombres incluso pueden haber estado esperando *en la tumba nueva*, con las especias y las vendas, listos para el momento cuando el Señor entregara su vida.

La prisa era importante y los dos hombres trabajaron rápidamente. No podían darle al cuerpo de Jesús el ministerio completo de lavarlo y ungirlo como era tradicional, pero hicieron lo mejor que pudieron. Era importante alejar el cuerpo de los romanos y los dirigentes judíos, y ponerlo en un lugar seguro. Por supuesto, María de Betania ya había ungido su cuerpo para la sepultura (Marcos 14:8; Juan 12:1-8). Algunas de las otras mujeres observaban a los dos hombres mientras ellos ministraban a Jesús, y observaron cómo lo sepultaban (Mateo 27:61; Marcos 15:47). Planeaban volver después del sábado y completar los procedimientos del entierro (Lucas 23:55-24:1).

Todo esto hace que surja una pregunta: “¿Cómo sabían José y Nicodemo que debían hacer preparativos para su entierro?” Lo que sigue es nada más que conjetura, pero para mí, parece razonable.

Cuando Nicodemo visitó a Jesús por primera vez, estaba impresionado por sus milagros y enseñanzas, pero no pudo comprender lo que quería decir *nacer de nuevo*. Después de esa entrevista Nicodemo investigó en las Escrituras y pidió la dirección de Dios respecto a estos importantes asuntos espirituales.

En la reunión crítica del concilio que se menciona en Juan 7:45-53, Nicodemo ¡valientemente se puso de pie y defendió al Salvador! Sus compañeros se burlaron

126 Transformados en Cristo

de él por pensar que un profeta ¡podía venir de Galilea! “Escudriña y ve”, le dijeron, y eso fue exactamente lo que Nicodemo hizo. Es probable que José se le unió calladamente y le reveló que él también estaba más y más convencido de que Jesús de Nazaret era en realidad el Mesías de Israel, el Hijo de Dios.

Al investigar en el Antiguo Testamento, Nicodemo y José hallaron las profecías mesiánicas y descubrieron que muchas de ellas se habían cumplido en Jesucristo. Ciertamente, le verían como el “Cordero de Dios”, y concluirían que él sería sacrificado en la Pascua. Jesús ya le había dicho a Nicodemo que él sería “levantado” (Juan 3:14), y eso significaba crucifixión. Puesto que los corderos pascuales eran sacrificados a las 3 p.m., los dos hombres podían saber casi la hora exacta cuando el Cordero de Dios moriría en la cruz. Con seguridad habían leído Isaías 53 y notado el versículo 9: “Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte”. ¡Jesús sería sepultado en la tumba de un hombre rico!

José hizo los arreglos para que abrieran la tumba, y los hombres reunieron las telas y especies necesarias para la sepultura. Tal vez estuvieron escondidos en la tumba durante las seis horas de la agonía de nuestro Señor en la cruz. Cuando oyeron “¡Consumado es! ¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!” supieron que había muerto; y se dispusieron a trabajar. Valientemente se identificaron con Jesucristo en un momento cuando parecía que él era un fracaso y su causa estaba irremediabilmente derrotada. Hasta donde podemos saber, de todos los discípulos sólo Juan estuvo con ellos en la cruz.

El sábado estaba a punto de empezar. Jesús había terminado su obra de la “nueva creación” (2 Corintios 5:17), y ahora, descansaría.

El amanecer de un nuevo día

Juan 20:1-18

Si el Evangelio de Juan fuera una biografía ordinaria, no habría capítulo 20. Soy incurable lector de biografías, y noto que casi todas concluyen con la muerte y sepultura del protagonista. Todavía no he encontrado ninguna que describa la resurrección del principal. El hecho de que Juan continúa su relato y narra la emoción del milagro de la resurrección es prueba de que Jesucristo no es como cualquier otro hombre. Es, en verdad, el Hijo de Dios.

La resurrección es una parte esencial del mensaje del evangelio (1 Corintios 15:1-8) y una doctrina clave en la fe cristiana. Prueba que Jesucristo es el Hijo de Dios (Hechos 2:32-36; Romanos 1:4) y que su obra expiatoria en la cruz ha quedado completa y es eficaz (Romanos 4:24,25). La cruz y la tumba vacías son los *recibos* de Dios que nos dicen que la deuda ha quedado pagada. Jesucristo no es sólo el Salvador, sino también el Santificador (Romanos 6:4-10) y el Intercesor (Romanos 8:34). Un día volverá como Juez (Hechos 17:30,31).

128 Transformados en Cristo

Desde el mismo principio los enemigos del Señor trataron de negar el hecho histórico de la resurrección. Los dirigentes judíos declararon que alguien se había robado de la tumba el cuerpo del Señor. Tal afirmación es absurda, porque si los seguidores de Jesús se robaron su cuerpo, ¿cómo lo hicieron? La tumba estaba guardada por soldados romanos y la piedra sellada por un sello romano oficial. Es más, los discípulos *no creían* que él resuscitaría de los muertos; fueron sus enemigos los que se acordaron de sus palabras (Mateo 27:62-66). ¡Ciertamente *ellos* no se hubieran robado el cadáver! Lo último que querían era que alguien creyera que Jesús en verdad había resucitado de los muertos. Si sus amigos *no pudieron* robarse el cuerpo, y sus enemigos *no lo harían*, ¿quién se lo llevó?

Tal vez los discípulos tuvieran visiones del Señor resucitado y las interpretaron como evidencias de la resurrección. Pero *no esperaban* verle, y esa no es la clase de preparación psicológica de la que resultan las alucinaciones. Y ¿cómo pudieron más de quinientas personas tener la misma alucinación al mismo tiempo? (1 Corintios 15:6).

¿Acaso los seguidores de nuestro Señor se fueron a la tumba equivocada? No es probable. Ellos observaron con cuidado dónde lo sepultaron (Mateo 27:61; Marcos 15:47; Lucas 23:55-57). Amaban al Maestro y no es probable que se hayan confundido respecto al lugar donde lo sepultaron. Es más, cuando las mujeres se acercaban a la tumba, se preguntaban quién les quitaría la piedra (Marcos 16:1-3); así que conocían bien la situación.

En cuanto a la necia argumentación de que Jesús no murió, sino que tan sólo se desmayó y que luego revivió, no hay mucho que decir. Muchos testigos probaron que Jesús estaba muerto cuando le bajaron de la cruz.

Más tarde, fue visto por testigos fidedignos. La única conclusión lógica es que él cumplió su promesa y resucitó de los muertos.

Pero la gloriosa verdad de la resurrección no fue entendida inmediatamente ni siquiera por sus más íntimos seguidores. Estas personas afligidas gradualmente se dieron cuenta que su Maestro no estaba muerto, ¡sino vivo! Y ¡qué diferencia fue cuando llegaron a comprender plenamente que él había resucitado! Para María Magdalena significó pasar de las lágrimas al gozo (Juan 20:1-18); para los diez discípulos significó pasar del miedo al valor (Juan 20:19-23); y para Tomás significó pasar de la duda a la seguridad (Juan 20:24-31). Con María, el énfasis es el amor; con los diez, el énfasis es la esperanza; con Tomás, el énfasis es la fe.

Al considerar la experiencia de María Magdalena esa mañana del día del Señor, podemos ver tres etapas de su comprensión de la verdad de la resurrección. Pedro y Juan también son parte de la experiencia.

1. La fe eclipsada (Juan 20:1,2)

María Magdalena y otras mujeres convinieron en ir a la tumba temprano el primer día de la semana, para demostrar su amor por Cristo completando los preparativos para la sepultura. Las circunstancias habían obligado a José de Arimatea y a Nicodemo preparar el cuerpo al apuro, y las mujeres querían terminar la tarea. Su gran preocupación era cómo entrar en la tumba. Tal vez los soldados romanos les tendrían lástima y les ayudarían.

Lo que no sabían era que había ocurrido un terremoto ¡y que la piedra había sido quitada por un ángel! Parece que María Magdalena se adelantó a las demás mujeres y llegó primero a la tumba. Cuando vio la piedra quitada

130 Transformados en Cristo

de la entrada de la tumba, concluyó que alguien se había metido a la tumba y se había robado el cuerpo de su Señor. Podemos criticar a María por hacer conclusiones al apuro; pero cuando se consideran las circunstancias, es difícil ver cómo ella podía haber llegado a alguna otra conclusión. Todavía estaba oscuro, ella estaba sola, y, como los demás seguidores de Jesús, no creía que él volvería de los muertos.

Ella fue corriendo a dar las noticias a Pedro y a Juan, quienes deben haber estado viviendo en algún lugar que los otros creyentes conocían. Tal vez estaban en el Aposento Alto, donde se habían reunido con Jesús. La forma en que María incluye a las otras mujeres usando el verbo “sabemos” es interesante porque en ese momento las otras estaban descubriendo que Jesús estaba vivo. (ve Marcos 16:1-8 y Lucas 24:1-8). Las mujeres salieron de la tumba y llevaron el mensaje del ángel a los otros discípulos.

Es significativo que los primeros testigos de la resurrección de Cristo fueron *mujeres creyentes*. Entre los judíos de esos días el testimonio de una mujer no se consideraba gran cosa. “Es mejor que las palabras de la ley sean quemadas”, decían los rabinos, “que dadas a una mujer”. Pero estas mujeres cristianas tenían un mensaje más importante que el de la Ley, porque sabían que su Salvador estaba vivo.

La fe de María no se había extinguido; estaba solamente eclipsada. La luz estaba todavía allí, pero estaba cubierta. Pedro y Juan estaban en la misma condición espiritual, pero pronto todos los tres saldrían de las sombras a la luz.

2. La fe amaneciendo (Juan 20:3-10)

Juan 20:3 sugiere que Pedro salió primero corriendo hacia la tumba, pero Juan 20:4 informa que Juan llegó primero. Tal vez Juan era más joven y en mejor condición

física, o tal vez simplemente Juan corría mejor. Es tentador *espiritualizar* esta carrera a pie y relacionarla con Isaías 40:31 y Hebreos 12:1,2. Cuando el creyente está fuera de comunión con su Señor, es difícil correr la carrera de la fe. Sin embargo, ambos hombres merecen ser reconocidos por haber tenido el valor de correr a territorio enemigo, sin saber lo que les esperaba. Todo podía haber sido nada más que una astuta trampa para atrapar a los discípulos.

Cuando Juan llegó a la tumba, cautelosamente se quedó fuera y miró adentro. Tal vez quería que Pedro estuviera con él al entrar en el sepulcro. ¿Qué vio Juan? Los lienzos sepulcrales sobre la piedra sin ninguna evidencia de violencia o crimen. *¡Pero los lienzos estaban vacíos!* Pedro llegó y sin detenerse a pensarlo entró a la tumba, tal como se esperaría de él. También vio los lienzos vacíos y el sudario que había estado en la cabeza cuidadosamente enrollado y a un lado. Los que robaban tumbas no desenvolvían con cuidado el cadáver para dejar atrás los lienzos nítidamente arreglados. Es más, con la presencia de las especies entre los pliegues de los lienzos, hubiera sido casi imposible desenvolver un cuerpo sin dañar la tela. La única manera en que esos lienzos podían haber sido dejados en esa condición sería si Jesús *salió atravesándolos* al resucitar de los muertos.

Juan entonces entró en la tumba, y miró la evidencia. “Vio, y creyó”.

Al escribir este relato Juan usó tres palabras griegas para *ver*. En Juan 20:5 el verbo simplemente significa *echar un vistazo, mirar*”. En Juan 20:6 la palabra significa *mirar cuidadosamente, observar*. La palabra *ver* en Juan 20:8 quiere decir *percibir con comprensión inteligente*. ¡Su fe en la resurrección ya estaba despertándose!

132 Transformados en Cristo

Parece increíble que los seguidores de Jesús no hayan esperado que saliera vivo de la tumba. Después de todo, él les había dicho muchas veces que resucitaría de los muertos. Temprano en su ministerio les había dicho: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Después de su resurrección los discípulos se acordaron que él les había dicho esto (Juan 2:22); sin embargo, sus enemigos también lo recordaron (Mateo 27:40,63,64).

Jesús se comparó con Jonás (Mateo 12:40), y en dos ocasiones claramente anunció su resurrección al tercer día (Mateo 16:21; 20:19). El jueves de la última semana de ministerio, de nuevo prometió que sería resucitado y que los vería en Galilea (Mateo 26:32, y ve Lucas 24:6,7).

¿Qué clase de fe tenían Pedro y Juan en esta etapa de su experiencia espiritual? Tenían fe basada en la evidencia. Pudieron ver los lienzos, y sabían que el cuerpo de Jesús no estaba allí. Sin embargo, por buena que sea la evidencia para convencer mentalmente, jamás puede cambiar la vida. Los que vivimos a siglos de distancia no podemos examinar la evidencia, porque la evidencia material (la tumba, los lienzos sepulcrales) ya no está a nuestra disposición para que la examinemos. Pero tenemos el relato de la Palabra de Dios (Juan 20:9) y ese registro es fiel (Juan 19:35; 21:24). Es más, es la fe *en la Palabra* lo que el Señor realmente quería cultivar en sus discípulos (ve Juan 2:22; 12:16; 14:26). Pedro dijo claramente que la Palabra de Dios, y no las experiencias personales, debería ser la base de nuestra fe (1 Pedro 1:12-21).

Los discípulos tenían sólo las Escrituras del Antiguo Testamento, así que a eso se refiere Juan 20:9. La iglesia inicial usó el Antiguo Testamento para probar a judíos y a gentiles que Jesús es el Cristo, que murió por los pecadores y que resucitó (Hechos 9:22; 13:16ss; 17:1-4, etc.).

El evangelio dice “que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Corintios 15:4). ¿Cuáles Escrituras tenían en mente Pablo y Juan?

Pablo vio la resurrección en el Salmo 2:7 (Hechos 13:33). Pedro la vio en el Salmo 16:8-11 (Hechos 2:23-36, y nota 13:35). Pedro también se refirió al Salmo 110:1 (Hechos 2:34,35). La afirmación “vivirá por largos días” de Isaías 53:10 también se interpretó como una predicción de la resurrección de Cristo. Jesús mismo usó al profeta Jonás para ilustrar su propia muerte, sepultura y resurrección (Mateo 12:38-40); y esto incluye los *tres días* como parte del mensaje. Pablo vio en la fiesta de las Primicias un cuadro de la resurrección (Levítico 23:9-14; 1 Corintios 15:20-23), e igualmente, esto incluye el tercer día. Algunos estudiosos ven la resurrección y el tercer día en Oseas 6:2.

Después de su resurrección nuestro Señor no se reveló a todo mundo, sino sólo a unos pocos testigos selectos que luego les darían la noticia a otros (Hechos 10:39-43). Este testimonio se halla ahora en las Escrituras, el Nuevo Testamento; y tanto el Nuevo como el Antiguo Testamentos concuerdan en su testimonio. La ley, los salmos, los profetas y los apóstoles dan testimonio de que ¡Jesucristo está vivo!

Pedro y Juan vieron la evidencia y creyeron. Más adelante el Espíritu Santo confirmó la fe de ellos mediante las Escrituras del Antiguo Testamento. Esa noche ¡verían personalmente al Maestro! La fe que estaba eclipsada ahora había empezado a amanecer, y la luz llegaría a ser cada vez más brillante.

3. La fe que brilla (Juan 20:11-18).

Cuando pienso en que María Magdalena se quedó en el huerto, me viene a la mente Proverbios 8:17: “Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me

134 Transformados en Cristo

buscan”. María amaba al Señor y fue temprano al huerto para expresar ese amor. Pedro y Juan se habían ido a casa para cuando María volvió de la tumba, así que ellos no le dijeron a ella qué conclusión habían sacado a partir de la evidencia que habían examinado. María todavía pensaba que Jesús estaba muerto. Otro versículo me viene a la mente: Salmo 30:5: “Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría”.

El llanto de María era el lamento a gritos característico de los judíos cuando expresan su aflicción (Juan 11:31,33). Por cierto que no hay nada de malo en la tristeza sincera, porque Dios nos hizo para derramar lágrimas; y llorar es una buena terapia para corazones destrozados. La aflicción del creyente, no obstante, debe ser diferente de la tristeza desesperada del mundo (1 Tesalonicenses 4:13-18), porque hemos nacido otra vez “para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos” (1 Pedro 1:3). Lloramos, no porque nuestros seres queridos se hayan ido al cielo, sino porque nos han dejado y les echamos de menos.

Cuando María miró el sepulcro vio a dos hombres vestidos de blanco. Su posición a los extremos del lugar donde había estado el cuerpo nos hace pensar en los querubines sobre el propiciatorio (Exodo 25:17-19). Era como si Dios estuviera diciendo: “¡Ahora hay un nuevo propiciatorio! Mi Hijo ha pagado el precio del pecado, ¡y el camino a la presencia de Dios está abierto! María al parecer no se perturbó al ver a estos hombres, y no hay evidencia de que ella supiera que eran ángeles. La breve conversación no secó sus lágrimas ni aquietó su mente. Ella estaba decidida a encontrar el cuerpo de Jesús.

¿Por qué se volvió María y no siguió conversando con los dos hombres? ¿Acaso oyó algún ruido detrás de sí? ¿Acaso los ángeles se pusieron de pie al reconocer la

presencia del Señor? Tal vez ambas especulaciones son ciertas, o tal vez ninguna de ellas. Ella estaba segura de que el cuerpo del Señor no estaba en la tumba, así que, ¿para qué quedarse allí?

¿Por qué no reconoció a Quien ella había estado buscando tan afanosamente? Jesús tal vez se presentó ante ella en forma velada, como lo haría más tarde al andar con los discípulos que iban a Emaús (Lucas 24:13-32). Era todavía temprano y tal vez todavía oscuro en esa parte del huerto. Los ojos de ella probablemente también estaban cegados por las lágrimas.

Jesús le preguntó lo mismo que le habían preguntado los ángeles: “¿Por qué lloras?” Qué trágico que ella estuviera llorando cuando podría haber estado alabando, si se hubiera dado cuenta que su Señor ¡estaba vivo! Luego Jesús añadió: “¿A quién buscas?” (Les había preguntado lo mismo a la turba en el huerto, Juan 18:4.) Nos alienta saber que Jesús está consciente de todas nuestras tristezas. El Salvador sabía que el corazón de María estaba destrozado y que su mente estaba confusa. No la reprendió; tiernamente se reveló a ella.

Todo lo que tuvo que hacer fue decir su nombre, y María inmediatamente lo reconoció. Sus ovejas oyen [reconocen] su voz y él las llama por su nombre (Juan 10:3). Evidentemente María se había vuelto, porque cuando él dijo su nombre ella tuvo que darse otra vez la vuelta para verle de nuevo. ¡Qué bendita sorpresa ver la cara de su amado Maestro!

Todo lo que ella pudo decir fue “Raboni, mi Maestro”. El título *raboni* se usa sólo en un lugar más en los evangelios, Marcos 10:51 (en el texto griego “Maestro” es “Raboni”). Rabí y Raboni eran términos equivalentes de respeto. En años posteriores los judíos reconocían tres niveles de maestros: rab (el más bajo), rabí, y raboni (el más alto).

136 Transformados en Cristo

María no sólo que habló con él, sino que se aferró a sus pies. Este fue un gesto natural; ahora le había hallado, y no quería perderlo de nuevo. Ella y los demás creyentes todavía tenían mucho que aprender en cuanto al nuevo estado de gloria de Jesús; todavía querían relacionarse con él como lo habían hecho durante los tres años de ministerio antes de la cruz.

Jesús permitió que las otras mujeres se aferraran a sus pies (Mateo 28:9), y no se lo prohibió. ¿Por qué le dijo a María: “No me toques”? Una razón es que ella le vería de nuevo porque él todavía no había ascendido al Padre. El permaneció en la tierra por cuarenta días después de su resurrección y a menudo se apareció a los creyentes para enseñarles verdades espirituales (Hechos 1:1-9). No había necesidad para que María sintiera pánico; este no era su último encuentro con el Señor.

Una segunda razón es que ella tenía una tarea que cumplir: ir a decirle a sus hermanos que él estaba vivo y que ascendería al Padre. “No se avergüenza de llamarlos hermanos” (Hebreos 2:11). “Anunciaré tu nombre a mis hermanos” (Salmo 22:22). Los había llamado *sus siervos* (Juan 13:16), y *amigos* (Juan 15:15), pero ahora los llamaba sus *hermanos*. Esto quería decir que ellos participaban de su poder y gloria de la resurrección.

Algunos estudiosos piensan que Jesús sí regresó al Padre esa mañana, y que se refería a esa ascensión, pero ningún otro pasaje del Nuevo Testamento corrobora esta interpretación. Decir que estaba cumpliendo el simbolismo del día de la expiación y presentando al Padre la sangre de la expiación es, a mi modo de pensar, estirar un tipo demasiado (Levítico 16). De hecho, *no tenía sangre que presentar*; la había presentado en la cruz cuando fue hecho pecado por nosotros. En la gloria de la resurrección

Jesús era “carne y huesos” (Lucas 24:39), no “carne y sangre”. La resurrección en sí misma era prueba de que la obra de la redención había quedado completa (“resucitado para nuestra justificación”, Romanos 4:24,25). ¿Qué más tenía que hacer?

Nuestro Señor nunca usó las frases “nuestro Padre” o “nuestro Dios”. Su relación con el Padre era diferente de la de los discípulos, y él cuidadosamente hizo esa distinción. Nosotros decimos “nuestro Padre” y “nuestro Dios” porque todos los creyentes pertenecen a la misma familia y tenemos igual posición delante de Dios. Jesús le recordó a María y a los demás creyentes que Dios era el padre de ellos y que él estaría con el Padre en el cielo después de su ascensión. En su mensaje del aposento alto les había enseñado que él volvería al Padre para que el Espíritu pudiera venir a ellos.

Aunque era el mismo Jesús, aunque en cuerpo glorificado, la relación no era la misma. Debemos tener cuidado para no relacionarnos con Cristo “según la carne” (1 Corintios 5:16), o sea, relacionarnos con él como si él todavía estuviera en su estado de humillación. Hoy él es el Hijo de Dios exaltado en gloria, y debemos honrarle como tal. La familiaridad juvenil que algunos muestran en público cuando testifican, oran o cantan, sólo revela que comprenden muy poco de las palabras de Pablo en 2 Corintios 5:16. Cuando Juan estaba con Jesús en la mesa se reclinó sobre su pecho (Juan 13:23); pero cuando Juan lo vio en la isla de Patmos, ¡cayó como muerto a sus pies! (Apocalipsis 1:17).

Hubiera sido egoísmo y desobediencia de parte de María si seguía aferrada a Jesús y se lo guardaba sólo para ella. Ella se levantó y fue a ver a los discípulos y les dio las buenas noticias de que había visto a Jesús vivo. “¡He visto al Señor!” (Nota Juan 20:14,18,20,25,29).

138 Transformados en Cristo

Marcos informa que estos creyentes estaban lamentándose y llorando, ¡y no le creyeron! (Marcos 16:9-11). María misma había estado llorando, y Jesús convirtió su tristeza en alegría. Si ellos le hubieran creído, su tristeza también se hubiera convertido en gozo. La incredulidad tiene un terrible efecto mortífero en la persona. No es sorpresa que Dios nos advierte en contra de un “corazón malo de incredulidad” (Hebreos 3:12).

María no sólo proclamó el hecho de la resurrección de Jesús, y que le había visto personalmente, sino que también informó lo que él le había dicho. De nuevo vemos la importancia de la Palabra de Dios. María no podía transferirles su experiencia, pero sí podía decirles la Palabra; y es la Palabra la que genera fe (Romanos 10:17). El Cristo vivo da su palabra viva (1 Pedro 1:23-25).

Es bueno tener fe que se basa en evidencia sólida, pero la evidencia debería llevarnos a la Palabra, y la Palabra debe llevarnos al Salvador. Una cosa es aceptar una doctrina y defenderla, y algo totalmente distinto tener una relación personal con el Señor vivo. Pedro y Juan creyeron que Jesús estaba vivo, pero no fue sino hasta esa noche que vieron al Cristo resucitado en persona junto con los demás discípulos. (Jesús se le apareció a Pedro en algún momento durante la tarde, Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5). La evidencia que no conduce a la experiencia no es otra cosa que dogma muerto. La clave es la fe en la Palabra de Dios.

El Dr. Robert W. Dale, uno de los grandes teólogos y pastores de iglesias autónomas de Gran Bretaña, estaba un día preparando un sermón de resurrección cuando la verdad de que el Señor había resucitado le hizo impacto con nuevo poder.

“¡Cristo vive!” se dijo a sí mismo. “¡Vive, vive, vive!” Se detuvo, y luego dijo: “¿Puede eso ser realmente verdad?”

¿Vive tal como yo?

Se levantó de su escritorio y empezó a andar por su estudio repitiendo: “¡Cristo vive! ¡Cristo vive!”

El Dr. Dale había creído esta doctrina por años, pero la realidad de ella fue abrumadora ese día. Desde entonces *el Cristo viviente* fue el tema de su predicación, y él hizo que su congregación entonara un himno de resurrección todos los domingos. “Quiero que mi gente capte el glorioso hecho de que Cristo vive, y se alegre por eso; y el domingo, como saben, es el día en que Cristo resucitó de entre los muertos”.

La fe histórica dice: “¡Cristo vive!”

La fe que salva dice: “¡Cristo vive *en mí!*”

¿Tienes tú la fe que salva?

El poder de su resurrección

Juan 20:19-31

La noticia de que Jesús estaba vivo empezó a divulgarse entre sus seguidores, al principio con vacilación, pero después con entusiasmo. Incluso sus discípulos no creyeron los primeros informes, y Tomás exigió pruebas. Pero dondequiera que la gente se vio frente a la realidad de su resurrección, sus vidas fueron transformadas. Es más, la misma experiencia transformadora puede ser tuya hoy. Al ver en Juan 20:19-31 los cambios que tuvieron lugar en las vidas de las personas, pregúntate: “¿He encontrado yo personalmente al Cristo resucitado? ¿Ha cambiado él *mi* vida?”

1. Del miedo al valor (Juan 20:19-25)

Nuestro Señor descansó en la tumba el sábado y resucitó de los muertos el primer día de la semana. Muchos llaman sinceramente al domingo “el sábado cristiano”, pero el domingo no es el sábado de los judíos. El séptimo día de la semana, el sábado, conmemora la obra de Dios

terminada en la creación (Génesis 2:1-3). El Día del Señor conmemora la obra de Cristo terminada, la de redención, la *nueva creación*. Dios el Padre obró seis días y luego descansó. Dios el Hijo sufrió en la cruz por seis horas y luego descansó.

Dios le dio a Israel el sábado como señal especial de que le pertenecían a él (Exodo 20:8-11; 31:13-17; Nehemías 9:14). La nación debía usar ese día para el descanso y refrigerio físicos tanto para el hombre como para la bestia; pero para Israel no fue un día especial ordenado para la asamblea y la adoración. Desdichadamente los escribas y fariseos añadieron toda clase de restricciones a la observancia del sábado hasta que se convirtió en un día de esclavitud en lugar de ser un día de bendición. Jesús deliberadamente violó las *tradiciones* del sábado, aunque honró el día del sábado.

Hubo por lo menos cinco apariciones de nuestro Señor resucitado aquel primer día de la semana: a María Magdalena (Juan 20:11-18), a las otras mujeres (Mateo 28:9,10), a Pedro (1 Corintios 15:5, y Lucas 24:34), a los dos discípulos que iban a Emaús (Lucas 24:13-32), y a los discípulos con la excepción de Tomás (Juan 20:19-25). Al siguiente domingo los discípulos se reunieron de nuevo y Tomás estaba con ellos (Juan 20:26-31). Parece que los creyentes desde el principio empezaron a reunirse el domingo por la noche, lo que llegó a llamarse “el día del Señor” (Apocalipsis 1:10). Parece que la iglesia inicial se reunía en el primer día de la semana para adorar al Señor y conmemorar su muerte y resurrección (Hechos 20:7; 1 Corintios 16:1,2).

El sábado había terminado cuando Jesús se levantó de los muertos (Marcos 16:1). Resucitó el primer día de la semana (Mateo 28:1; Lucas 24:1; Juan 20:1). El cambio del séptimo día al primer día no fue efectuado por algún decreto de la iglesia; surgió desde el principio por la fe y el

142 Transformados en Cristo

testimonio de los primeros creyentes. Por siglos el sábado judío había estado asociado con la ley: seis días de trabajo y luego el descanso. Pero el día del Señor, el primer día de la semana, va asociado con la gracia: primero hay la fe en el Cristo vivo, y entonces habrá obras.

No hay evidencia bíblica de que Dios alguna vez haya ordenado a los gentiles observar el sábado, ni que se lo haya repetido para que la iglesia lo conmemorara. Nueve de los diez mandamientos se repiten en las epístolas a las iglesias, pero el mandamiento del sábado no se repite. Sin embargo, Pablo dice claramente que los creyentes no deben hacer de los días especiales una prueba de comunión o espiritualidad (Romanos 14:5ss; Colosenses 2:16-23).

¿Cómo transformó nuestro Señor el miedo de los discípulos en valor? Por un lado, *vino a ellos*. No sabemos dónde estaban estos diez hombres aterrados reunidos a puertas cerradas, pero Jesús vino a ellos para tranquilizarlos. En su cuerpo de resurrección pudo entrar en el cuarto sin necesidad de abrir las puertas. Era un cuerpo sólido, porque pidió que le tocaran, e incluso comió pescado (Lucas 24:41-43). Pero era un cuerpo de clase diferente, que no estaba limitado por lo que nosotros llamamos *las leyes de la naturaleza*.

Es impresionante que estos hombres en realidad estaban llenos de miedo. Las mujeres les informaron que Jesús estaba vivo, y los dos discípulos de Emaús añadieron su testimonio personal (Lucas 24:33-35). Es probable que Jesús se había aparecido personalmente a Pedro en algún momento esa tarde (Marcos 16:7; Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5), aunque la restauración *pública* de Pedro no tendría lugar sino más tarde (Juan 21). No es sorpresa que Jesús les reprochara en esa ocasión “su incredulidad y dureza de corazón” (Marcos 16:14).

El poder de su resurrección 143

Pero su primera palabra a ellos fue el saludo tradicional “¡Shalom, paz!” Podría haberlos reprendido por su infidelidad y cobardía en el fin de la semana anterior, pero no lo hizo. “No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (Salmo 103:10). La obra de la cruz es paz (Romanos 5:1; Efesios 2:14-17), y el mensaje que ellos llevarían sería el evangelio de la paz (Romanos 10:15). El hombre le había declarado la guerra a Dios (Salmo 2; Hechos 4:23-30), pero Dios declararía “¡paz!” a los que creen.

Jesús no sólo vino a ellos, sino que *les volvió a dar seguridad*. Les mostró sus manos heridas y su costado, y les dio la oportunidad de descubrir que en verdad era su Maestro, y no un fantasma. (Los evangelios no mencionan heridas en sus pies, pero el Salmo 22:16 indica que sus pies también fueron clavados a la cruz.)

Pero las heridas eran más que mera identificación; también eran evidencia del precio por la salvación que había sido pagado y de que el hombre en realidad podía tener paz con Dios. La base de toda nuestra paz se halla en la persona y obra de Jesucristo. El murió por nosotros, resucitó de los muertos en victoria, y ahora vive por nosotros. En nuestros temores ¡no podemos dejarlo fuera! El viene a nosotros con gracia y nos da seguridad mediante su palabra. “Fieles son las heridas del que ama” (Proverbios 27:6).

Cuando Jesús vio que el temor de los discípulos no se había convertido en gozo, *los comisionó*. “Como me envió el Padre, así también yo os envió” (Juan 20:21). Ten presente que los discípulos originales no fueron los únicos presentes; otros, entre ellos los discípulos de Emaús, estaban también en la habitación. Esta comisión no era la *ordenación formal* de una iglesia; más bien fue una dedicación de sus seguidores a la tarea de la evangelización del mundo.

144 Transformados en Cristo

Debemos tomar su lugar en este mundo (Juan 17:18). ¡Qué tremendo privilegio y qué gran responsabilidad! Es algo que nos deja humildes darnos cuenta que Jesús nos ama como el Padre le ama a él (Juan 15:9; 17:26), y que estamos en el Padre tal como él lo está (Juan 17:21,22). Igualmente nos deja humildes darnos cuenta que nos ha enviado al mundo tal como el Padre lo envió a él. Cuando estaba a punto de ascender al cielo de nuevo les recordó su comisión de llevar su mensaje al mundo entero (Mateo 28:18-20).

Debe haber dado gran gozo a los hombres darse cuenta que, a pesar de sus muchos fracasos, su Señor les encargaba su Palabra y su obra. Ellos le habían abandonado y habían huido, pero ahora él les enviaba a representarle. Pedro le había negado tres veces, pero en pocos días Pedro predicaría la Palabra (y acusaría a los judíos de negar al Señor, Hechos 3:13,14) y miles serían salvos.

Jesús vino a ellos y les dio seguridad; pero también *los capacitó* por medio del Espíritu Santo. Juan 20:22 nos recuerda Génesis 2:7 cuando Dios puso en el primer hombre aliento de vida. Tanto en hebreo como en griego la palabra “aliento” también significa *espíritu*. El aliento de Dios en la primera creación significó *vida física*, y el aliento de Jesucristo en la nueva creación significó *vida espiritual*. Los creyentes recibirían el bautismo en el Espíritu Santo en Pentecostés, y así recibirían poder para el ministerio (Hechos 1:4,5; 2:1-4). Sin ser llenos del Espíritu, no podrían testificar eficazmente. El Espíritu había morado *con* ellos en la persona de Cristo, pero ahora el Espíritu estaría *en* ellos (Juan 14:17).

Es incorrecto enseñar que Juan 20:23 da a entender que Jesús le dio a un cuerpo selecto de personas el derecho de perdonar pecados y permitir que entren al cielo. Jesús había dicho anteriormente palabras similares (Mateo 16:19), pero

no estaba apartando a los discípulos (y a sus sucesores) como una *élite espiritual* para tratar con los pecados del mundo. Recuerda, había otros en el cuarto, aparte de los discípulos, ¡y Tomas no estaba allí!

Una comprensión correcta del texto griego nos ayuda aquí. Hace algunos años le escribí al eminente erudito en griego el Dr. Julius R. Mantey (ya fallecido) acerca de este versículo, y él me aseguró que la traducción correcta, tanto aquí como en Mateo 16:19 debería ser: “Los pecados de quienquiera que ustedes les remitan [les perdonen] ya les habrán sido perdonados, y los pecados de quienquiera que ustedes les retengan [no les perdonen] no les habrán sido anteriormente perdonados”. En otras palabras, los discípulos no concedían el perdón; lo proclamaban a base del mensaje del evangelio. Otro experto en griego, el Dr. Kenneth Wuest, lo traduce así “les han sido previamente perdonados”.

Cuando los primeros creyentes salieron al mundo anunciaban las buenas nuevas de salvación. Si los pecadores se arrepentían y creían en Jesucristo, sus pecados les serían perdonados “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (Marcos 2:7). Todo lo que el creyente puede hacer es anunciar el mensaje de perdón; Dios realiza el milagro del perdón. Si los pecadores creen en Jesucristo, podemos declararles con autoridad que sus pecados han sido perdonados; pero no somos nosotros los que les concedemos el perdón.

Para ahora sus temores se habían desvanecido. Estaban seguros de que su Señor vivía y que los cuidaba. Tenían tanto “paz con Dios” como “la paz de Dios” (Filipenses 4:6,7). Tenían una comisión elevada y santa, y el poder provisto para cumplirla. Se les había dado el gran privilegio de llevar al mundo entero las buenas nuevas del

146 Transformados en Cristo

perdón. Todo lo que tenían que hacer ahora era quedarse en Jerusalén hasta que les fuera dado el Espíritu Santo.

2. De la incredulidad a la confianza (Juan 20:26-28)

¿Por qué no estuvo Tomás con los otros discípulos cuando ellos se reunieron la noche del día de resurrección? ¿Estaba tan desilusionado que no quería estar con sus amigos? Pero cuando estamos desalentados y derrotados ¡es cuando más necesitamos a los amigos! La soledad sólo alimenta el desaliento y contribuye a que nos hundamos a sentir lástima por nosotros mismos, lo que es peor.

Tal vez Tomás tenía miedo, aunque Juan 11:16 parece indicar que era básicamente un hombre valiente, ¡dispuesto a ir a Judea y morir con el Señor! Juan 14:5 revela que Tomás era un hombre inclinado a lo espiritual que quería saber la verdad y no se avergonzaba de hacer preguntas. Parece que Tomás tenía una perspectiva pesimista. Le llamamos “Tomás, él que dudaba”, pero Jesús nunca le reprendió por sus dudas. Le reprochó su incredulidad: “no seas incrédulo, sino creyente”. La duda a menudo es un problema intelectual; queremos creer, pero la fe es abrumada por problemas y preguntas. La incredulidad es un problema moral: sencillamente decidimos no creer.

¿Qué era lo que Tomás no creía? Los informes de otros creyentes de que Jesús estaba vivo. En griego la forma del verbo decir en Juan 20:25 quiere decir que los discípulos *seguían diciéndole* que habían visto al Señor Jesucristo vivo. Sin duda las mujeres y los peregrinos de Emaús también añadieron su testimonio. Por un lado, admiramos a Tomás por querer una experiencia *personal*; pero, por otro lado, debemos notar su culpa al querer poner condiciones para el Señor.

Como la mayoría de las personas en su día, tenía dos nombres: “Tomás” es arameo, “Dídimo” es griego, y los dos quieren decir *gemelo*. ¿Quién era el gemelo de Tomás? No lo sabemos, pero ¡tú y yo bien podríamos sentirnos como su gemelo! ¡Cuántas veces hemos rehusado creer y hemos insistido en que Dios nos dé una prueba!

Tomás sirve de una buena advertencia para todos nosotros para que no dejemos de reunirnos con el pueblo del Señor en el día del Señor (Hebreos 10:22-25). Debido a que Tomás no estuvo allí, no vio a Jesucristo, ni oyó sus palabras de paz, ni recibió su comisión y don de la vida espiritual. Tuvo que aguantar una semana de temor e incredulidad, ¡cuando podía haber estado experimentando gozo y paz! Recuerda a Tomás cuando te veas tentado a quedarte en casa en lugar de ir al culto. ¡Uno nunca sabe qué bendición especial se va a perder!

Pero hay que darle el crédito por haberse asomado la próxima semana. Los otros diez hombres le habían dicho que habían visto las manos y el costado del Señor (Juan 20:20), así que Tomás hizo la prueba. Tomás había estado presente cuando Jesús resucitó a Lázaro, así que, ¿por qué poner en duda la propia resurrección del Señor? Pero, él quería prueba; ver es creer.

Las palabras de Tomás nos ayudan a entender la diferencia entre *duda* e *incredulidad*. La duda dice: “¡No puedo creer! ¡Hay demasiados problemas!” La incredulidad dice: “*No voy a creer a menos que me des la evidencia que exijo*”. De hecho, en el texto griego la declaración es más fuerte: “En absoluto, ¡no voy a creer!”

Jesús había oído las palabras de Tomás; nadie tenía que informárselo. Así que, al siguiente día del Señor, Cristo se apareció en el cuarto (de nuevo, las puertas estaban cerradas con llave) y atendió personalmente a Tomás y su

148 Transformados en Cristo

incredulidad. Les saludó con el acostumbrado “¡Shalom, paz!”. Incluso la incredulidad de Tomás no podía privarles a los demás discípulos de su paz y gozo en el Señor.

Cuánta misericordia muestra nuestro Señor al descender a nuestro nivel de experiencia para alzarnos a donde debemos estar. El Señor le concedió a Gedeón las pruebas de fe que pidió (Jueces 6:36-40), y le concedió a Tomás lo que pidió. No hay indicación de que Tomás haya aceptado la invitación del Señor para meter su mano en las heridas de sus manos o en su costado. Cuando llegó el momento de probar su fe, ¡Tomás no necesitó más prueba!

Las palabras de nuestro Señor se podrían traducir literalmente como “Deja de llegar a ser incrédulo y empieza a llegar a ser creyente”. Jesús vio un proceso peligroso que estaba obrando en el corazón de Tomás, y quiso detener ese proceso. El mejor comentario de esto se halla en Hebreos 3, en donde Dios nos advierte contra un “corazón malo de incredulidad” (Hebreos 3:12).

No es fácil entender la psicología de la duda y la incredulidad. Tal vez tiene que ver con rasgos de personalidad; algunas personas son más confiadas que otras. Tal vez Tomás estaba tan deprimido que estaba listo para *tirar la toalla*, así que lanzó un reto y en realidad nunca esperaba que Jesús lo aceptara. En cualquier caso, Tomás se vio frente a sus propias palabras, y tuvo que tomar una decisión.

Juan 20:29 indica que el testimonio de Tomás no procedió de *haber tocado* a Jesús, sino de haber *visto* a Jesús. “¡Señor mío, y Dios mío!” es el último de los testimonios que Juan registra de la deidad de Jesucristo. Los otros son: Juan el Bautista (Juan 1:34); Natanael (Juan 1:49); Jesús mismo (Juan 5:25; 10:36); Pedro (Juan 6:69); el ciego sanado (Juan 9:35); Marta (Juan 11:27); y, por supuesto, el mismo Juan (Juan 20:30,31).

Es alentador saber que el Señor tuvo un interés y preocupación personal por *Tomás el incrédulo*. Quería fortalecer su fe e incluirle en las bendiciones que están guardadas para sus seguidores. Tomás nos recuerda que la incredulidad nos priva de bendiciones y oportunidades. Puede sonar sofisticado e intelectual el cuestionar lo que Jesús hizo, pero tales interrogantes por lo general son evidencia de corazones endurecidos, y no de mentes investigadoras. Tomás representa el *método científico* de abordar la vida; ¡y no resultó! Después de todo, cuando el escéptico dice: “No creeré a menos que...”. ¡ya está confesando que no cree! Cree en la validez de la prueba o del experimento que él mismo ha inventado. Si puede tener fe en su propio método científico, ¿por qué no puede tener fe en lo que Dios ha revelado?

Tenemos que recordar que toda persona vive por fe. La diferencia está en el *objeto* de esa fe. Los creyentes ponen su fe en Dios y su Palabra, en tanto que los incrédulos ponen su fe en sí mismos.

3. De la muerte a la vida (Juan 20:29-31)

Juan no podía terminar su libro sin presentar a sus lectores el milagro de la resurrección. No debemos mirar a Tomás y a los otros discípulos y envidiarlos, como si no pudiéramos experimentar en nuestras propias vidas el poder de la resurrección de Cristo. *Para eso Juan escribió su Evangelio*, para que gente *de toda época* pudiera saber que Jesús es Dios y que la fe en él da vida eterna.

No es necesario ver a Jesucristo para creer. Sí, fue una bendición para los primeros creyentes ver a su Señor y saber que estaba vivo; pero no fue eso lo que los salvó. Fueron salvos, no por ver, sino por creer. El énfasis en todo el Evangelio de Juan es en *creer*. Hay casi cien referencias en este evangelio a creer en Jesucristo.

150 Transformados en Cristo

Tú y yo hoy no podemos ver a Cristo físicamente, ni podemos verle hacer los mismos milagros (señales) que Juan mencionó en este libro. Pero el relato está allí, y eso es todo lo que necesitamos. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10:17; y nota 1 Juan 5:9-13). Al leer el relato de Juan te ves frente a frente a Jesucristo; cómo vivió, lo que dijo y lo que hizo. Toda la evidencia apunta a la conclusión de que en verdad él es Dios venido en carne, el Salvador del mundo.

Las señales que Juan seleccionó y describió en este libro son pruebas de la deidad de Cristo. Son importantes. Pero los pecadores no son salvos creyendo en milagros; sino al creer en Jesucristo. Muchos de los judíos de Jerusalén creían en Jesús debido a sus milagros, pero ¡Jesús no creía en esos judíos! (Juan 2:23-25). Nicodemo creyó en sus milagros (Juan 3:2), pero ciertamente no había sido salvo. Grandes multitudes le seguían debido a sus milagros (Juan 6:2), pero al final la mayoría lo abandonó (Juan 6:66). Incluso los dirigentes religiosos que tramaron su muerte creían que él hacía milagros, pero esta fe no los salvó (Juan 11:47ss).

La fe en sus milagros debe llevar a la fe en su Palabra, y a la fe personal en Jesús como Salvador y Señor. Jesús mismo recalcó que la fe en sus obras (milagros) era nada más que *el primer paso* hacia la fe en la Palabra de Dios (Juan 5:36-40). El pecador debe oír la Palabra para ser salvo (Juan 5:24).

No había necesidad de que Juan describiera todo milagro que realizó nuestro Señor; de hecho, Juan implica que un historial completo jamás podría ser escrito (Juan 21:25). La vida y ministerio de Jesucristo fueron tan ricos y completos que ningún escritor, por inspirado que fuera, redactara un historial completo. Pero no es necesario tener un historial completo. Todos los hechos básicos están

aquí para que los leamos y consideremos. Hay suficiente verdad para que cualquier pecador crea y sea salvo.

El tema del evangelio de Juan es “Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios”. Juan presentó una prueba triple para su tesis: las obras de nuestro Señor, el andar de nuestro Señor, y las palabras de nuestro Señor. En este evangelio verás a Jesús realizando milagros, le ves viviendo una vida perfecta en medio de sus enemigos, y le oyes diciendo palabras que nadie más podía decir.

O bien Jesús era un loco, o estaba engañado, o era todo lo que afirmó ser. Aunque algunos de sus enemigos le tildaron de loco y despistado, la mayoría de los que le vieron y escucharon concluyeron que era único, y diferente de todos los demás que jamás habían conocido. ¿Cómo podía un loco o despistado realizar lo que Jesús realizó? *Cuando las personas confiaron en Jesús, ¡sus vidas fueron transformadas!* Esto no sucede cuando uno confía en un loco o en un engañador.

Afirmó ser Dios venido en carne, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo. ¡Eso es lo que es!

Juan no se contentó sencillamente con explicar un tema. Fue un evangelista que quería lograr un objetivo. Quería que sus lectores creyeran en Jesucristo ¡y fueran salvos! No estaba escribiendo una biografía para entretener, o una historia para educar. Estaba escribiendo un evangelio para cambiar las vidas de los hombres.

La palabra “vida” es una de las palabras clave en Juan; la usa por lo menos treinta y seis veces. Jesús ofrece a los pecadores vida en abundancia y vida eterna; y el único camino para conseguirla es mediante la fe personal en él.

Si los pecadores necesitan vida, entonces la implicación es que están *muertos*. “Y él os dio vida [hizo vivir, resucitó] a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y

152 Transformados en Cristo

pecados" (Efesios 2:1). La salvación no es resucitación; es resurrección (Juan 5:24). El pecador no está enfermo o débil; *está muerto*.

Esta vida viene "en su nombre". ¿Cuál es su nombre? En el Evangelio de Juan el énfasis recae en su nombre "YO SOY". Jesús afirmó siete veces "YO SOY" en este Evangelio, ofreciendo al pecador todo lo que éste necesita.

La vida eterna no es tiempo interminable, porque incluso los perdidos van a vivir para siempre en el infierno. "Vida eterna" quiere decir *la misma vida de Dios experimentada hoy*. Es una cualidad de vida, no una cantidad de tiempo. Es la experiencia espiritual del cielo en la tierra hoy. El creyente no tiene que morir para tener esta vida eterna; la posee en Cristo hoy.

El estado de ánimo de los diez discípulos fue cambiado del temor al valor, y el de Tomás de la incredulidad a la confianza. Ahora Juan *te invita* a confiar en Jesucristo y pasar de muerte a vida eterna.

Si ya has tomado esta decisión que transforma la vida, dale gracias a Dios por la preciosa dádiva de la vida eterna.

Si nunca has tomado esta decisión, *hazlo ahora mismo*.

"El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él" (Juan 3:36).

Transformado para servir

Juan 21

Podríamos concluir que Juan completó su libro con el dramático testimonio de Tomás (Juan 20:28-31), y luego podríamos preguntar por qué Juan añadió otro capítulo. La razón principal es el apóstol Pedro, el compañero más íntimo de Juan en el ministerio (Hechos 3:1). Juan no quería terminar su evangelio sin decirles a sus lectores que Pedro fue restaurado a su apostolado. Sin la información de este capítulo nos quedaríamos preguntándonos por qué Pedro es tan prominente en los primeros doce capítulos del libro de Hechos.

Juan tenía también otro propósito en mente: quería refutar el necio rumor que había corrido entre los creyentes de que Juan viviría hasta el regreso del Señor (Juan 21:23). Para cuando Juan escribió su libro, Pedro había muerto y el rumor debiera haber sido descartado. Juan dijo claramente que las palabras de nuestro Señor habían sido grandemente malentendidas.

154 Transformados en Cristo

Pienso que Juan puede haber tenido además otro propósito en mente: quería enseñarnos cómo relacionarnos con el Cristo resucitado. Durante los cuarenta días entre su resurrección y ascensión, nuestro Señor se aparecía y desaparecía a voluntad, visitando con sus discípulos y preparándoles para la venida del Espíritu y sus ministerios futuros (Hechos 1:1-9). Ellos no supieron cuándo iba a aparecer, ¡así que debían estar alerta! (El hecho de que Cristo puede regresar por los suyos *hoy* ¡debería mantenernos en estado de vigilancia perpetua!) Fue un tiempo importante para los discípulos porque estaban a punto de tomar el lugar de Cristo en el mundo y empezar a llevar su mensaje a otros.

Veo en este capítulo tres cuadros del creyente y una responsabilidad acompaña a cada cuadro.

1. Somos pescadores de hombres: Hay que obedecer a Cristo (Juan 21:1-8)

El Señor había instruido a sus discípulos a encontrarse con él en Galilea, lo que ayuda a explicar por qué ellos estaban en el Mar de Galilea, también llamado el Mar de Tiberias (Mateo 26:32; 28:7-10; Marcos 16:7). Pero Juan no explicó por qué Pedro decidió irse a pescar, y los comentaristas no concuerdan en sus ideas. Algunos afirman que él tenía perfecto derecho de hacerlo, que tenía cuentas que pagar, y la mejor manera de conseguir dinero era yendo a pescar. ¿Para qué estar sin hacer nada? ¡Haz algo!

Otros piensan que Pedro había sido llamado *de* esa vida (Lucas 5:1-11) y que no estaba bien que volviera a lo mismo. Además de eso, cuando Pedro se fue a pescar, ¡se llevó consigo a otros seis hombres! Si Pedro estaba equivocado, ellos también lo estaban; y es triste cuando un creyente hace que otros se descarríen.

De paso, es interesante que por lo menos siete de los doce discípulos probablemente fueron pescadores. ¿Por qué llamó Jesús a tantos pescadores para que le siguieran? Por un lado, los pescadores son valientes, y Jesús necesita seguidores valientes. También se dedican a una sola cosa, y no se distraen fácilmente. ¡Los pescadores no se desisten! (Estamos pensando, por supuesto, en pescadores profesionales, ¡no en la gente que pesca como deporte en las vacaciones!) Saben recibir órdenes, y saben trabajar unidos.

Si Pedro y sus amigos hicieron bien o mal, no hay manera de demostrarlo, aunque personalmente pienso que no estaba bien; pero lo que sí sabemos es esto: sus esfuerzos fueron en vano. ¿Se habían olvidado las palabras del Señor: “Porque separados de mí nada podéis hacer”? (Juan 15:5). Habían trabajado toda la noche, y no habían pescado nada. Con seguridad Pedro debe haber recordado lo que sucedió dos años antes, cuando Jesús lo llamó al discipulado a tiempo completo (Lucas 5:1-11). En esa ocasión Pedro había estado pescando toda la noche, y no había pescado nada, pero Jesús transformó su fracaso en éxito.

Tal vez la impulsividad de Pedro y su confianza en sí mismo estaban mostrándose de nuevo. Era sincero, y trabajó duro, pero no hubo ningún resultado. ¡Cómo se parece a algunos creyentes en el servicio del Señor! Piensan sinceramente que están haciendo la voluntad de Dios, pero sus esfuerzos son en vano. Sirven sin dirección del Señor, así que no pueden esperar bendiciones del Señor.

Después de su resurrección a veces la gente no reconocía a nuestro Señor (Lucas 24:16; Juan 20:14); y por eso los discípulos no lo reconocieron cuando, al amanecer, él se apareció en la playa. La pregunta que les hizo esperaba una respuesta negativa: “No han pescado nada para comer,

156 Transformados en Cristo

¿verdad?” La respuesta de ellos fue breve y tal vez con un poco de vergüenza: “No”.

Era tiempo de que Jesús se hiciera cargo de la situación, tal como lo hizo cuando llamó a Pedro al discipulado. Les dijo adónde echar la red; ellos obedecieron, ¡y pescaron 153 peces! La diferencia entre el éxito y el fracaso fue ¡el ancho del barco! Nunca estamos lejos del éxito cuando le permitimos a Jesús que nos dé las órdenes, y por lo general estamos más cerca del éxito de lo que pensamos.

Fue Juan quien primero se percató de que el extraño en la playa era su propio Señor y Maestro. Fue Juan quien se recostó en el pecho del Señor a la mesa (Juan 13:23), y quien estuvo al pie de la cruz cuando su Señor sufrió y murió (Juan 19:26). Es el amor lo que reconoce al Señor y comparte con otros las buenas noticias: “¡Es el Señor!”

Con su impulsividad característica, Pedro rápidamente se puso su túnica exterior, ¡y se echó al agua! ¡Quería ir a Jesús! Esto es en contraste con Lucas 5:8 en donde Pedro le dijo al Señor que se apartara de él. Los otros seis hombres le siguieron en el barco, arrastrando la red llena de peces. En la experiencia registrada en Lucas 5, las redes empezaron a romperse; pero en esta experiencia, la red no se rompió.

Tal vez podemos ver en estos dos *milagros de pesca* una ilustración de cómo el Señor ayuda a los suyos a pescar almas perdidas. Todos nuestros esfuerzos son inútiles sin su dirección y bendición. En esta edad presente no sabemos cuántos peces hemos pescado, y ¡a menudo parece que las redes van a romperse! Pero al fin del siglo, cuando veamos al Señor, ni un solo pez se perderá y descubriremos cuántos realmente hay.

Jesús llamó a sus discípulos y a nosotros a ser pescadores de hombres. Esta frase no la inventó Jesús; la habían usado por años los maestros griegos y romanos. Ser un

pescador de hombres en esos días quería decir buscar y persuadir a los hombres y pescarlos con la verdad. Un pescador agarra peces vivos, pero cuando los atrapa, mueren. El testigo cristiano procura atrapar peces muertos (muertos en sus pecados) y cuando los pesca ¡Cristo les da vida!

Ahora podemos entender por qué Jesús tenía tantos pescadores en su grupo. Los pescadores saben trabajar. Tienen el valor y la fe para “bogar mar adentro”. Tienen mucha paciencia y persistencia, y no se dan por vencido. Saben cooperar unos con otros, y son hábiles para usar el equipo y el barco. ¡Qué ejemplo para nosotros mientras procuramos pescar para Jesucristo!

En verdad somos pescadores de hombres, y hay peces alrededor de nosotros. Si obedecemos las direcciones de Jesús, los pescaremos.

2. Somos pastores: Amemos a Cristo (Juan 21:9-18)

Jesús recibió a los discípulos en la playa, en donde ya les tenía el desayuno preparado. Esta escena entera debe haber despertado la memoria de Pedro y tocado su conciencia. De seguro recordó la primera pesca (Lucas 5:1-11), y tal vez la alimentación de los cinco mil con pan y peces (Juan 6). Fue al final de este último evento que Pedro había dado un testimonio muy claro y definido de su fe en Jesucristo (Juan 6:66-71). Las “brasas puestas” le harían recordar la fogata junto a la cual negó al Señor (Juan 18:18). Es bueno recordar el pasado; tal vez haya algo que confesar.

Tres invitaciones sobresalen en el Evangelio de Juan: “Venid y ved” (Juan 1:39), “Venga y beba” (Juan 7:37), y “Venid, comed” (Juan 21:12). Cuánto amor de parte del Señor, en esto de dar de comer a Pedro antes de atender sus necesidades espirituales. Le dio a Pedro la oportunidad

158 Transformados en Cristo

de secarse, calentarse, aplacar el hambre, y disfrutar de compañerismo personal. Este es un buen ejemplo para que lo sigamos al atender al pueblo de Dios. Por cierto que lo espiritual es más importante que lo físico, pero atender las necesidades físicas puede preparar el camino para el ministerio espiritual. Nuestro Señor no hace tanto énfasis en el alma como para descuidar el cuerpo.

Pedro y su Señor ya habían tenido un encuentro privado y sin duda ya se había arreglado el asunto de los pecados de Pedro (Lucas 24:34; 1 Corintios 15:5), pero puesto que Pedro había negado al Señor *públicamente*, era importante que hubiera restauración pública. Hay que tratar con el pecado sólo en la extensión en que es conocido. Los pecados privados se deben confesar en privado, los pecados públicos en público. Puesto que Pedro había negado al Señor tres veces, Jesús le hizo tres preguntas personales. También le animó dándole una comisión triple que restauró a Pedro al ministerio.

El asunto clave es el amor de Pedro por el Señor Jesús, y debe ser un asunto clave para nosotros hoy. Pero, ¿qué quiso decir el Señor con la frase “más que éstos?” Estaba preguntando: “¿Me amas más que amas a estos otros hombres?” No es probable, porque esto hubiera creado un problema entre los discípulos. Todos amaban al Señor Jesús con amor supremo, aunque no siempre le obedecieron completamente. Tal vez Jesús quiso decir: “¿Me amas más que amas tus barcos, redes y pescados?” De nuevo, no es probable, porque no hay evidencia de que Pedro alguna vez haya deseado volver permanentemente a su negocio de pesca. La pesca no parece competir con el amor al Salvador.

La pregunta probablemente significaba: “¿Me amas, como afirmas, más que estos otros discípulos me aman?” Pedro se había jactado de su amor a Cristo e incluso lo había

contrastado con el de los otros. “Mi vida pondré por ti” (Juan 13:37). “Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré” (Mateo 26:33). Hay más que indicios en estas afirmaciones jactanciosas de que Pedro pensaba que amaba al Señor más que le amaban los otros discípulos.

Muchos comentarios señalan que en esta conversación se usan dos palabras diferentes para amar. En sus preguntas en Juan 21:15,16 nuestro Señor usó *agape*, que es la palabra griega para el amor más elevado, el amor hasta el sacrificio, el amor divino. Pedro siempre usó *fileo*, que es amor de amigo a amigo, cariño por otro. En Juan 21:17, tanto Jesús como Pedro usaron *fileo*.

Sin embargo, dudo que deberíamos hacer de esto un tema de controversia, porque las dos palabras a menudo se usan intercambiabilmente en el Evangelio de Juan. En Juan 3:16, el amor de Dios por el hombre es amor *agape*; pero en Juan 16:27 es amor *fileo*. El amor del Padre por su Hijo es amor *agape* en Juan 3:35; pero es amor *fileo* en Juan 5:20. Los creyentes deben amarse unos a otros. En Juan 13:34 este amor es *agape*, pero en Juan 15:19 es amor *fileo*. Parece que Juan usaba estas dos palabras como sinónimas, por sutiles que hubiera las distinciones entre ellas.

Antes de juzgar a Pedro tan severamente hay que considerar dos cosas. Cuando respondió a las dos primeras preguntas Pedro sí afirmó su amor *agape* al decir: “Sí, Señor”. El hecho de que Pedro haya usado *fileo* no niega su asentimiento de corazón al uso de *agape* por el Señor. Pedro y Jesús sin duda hablaban en arameo; aunque el Espíritu Santo haya hecho registrar la conversación en el griego común. No sería muy sabio ahondar demasiado en el idioma griego en este caso.

A pesar de sus fracasos y faltas, Pedro en verdad amaba al Señor, y no se avergonzaba de confesarlo. Los otros

160 Transformados en Cristo

hombres estaban por cierto oyendo y beneficiándose de la conversación, porque ellos también le habían fallado al Señor fanfarroneando su devoción. Pedro ya había confesado su pecado y había sido perdonado. Ahora estaba siendo restaurado al apostolado y liderazgo.

La figura, sin embargo, cambia de la de pescador a la de pastor. Pedro iba a ministrar tanto como evangelista (pescando hombres) y como pastor (pastoreando el rebaño). Es lamentable cuando separemos estas dos cosas, porque deben ir juntas. Los pastores deben evangelizar (2 Timoteo 4:5) y luego pastorear a las personas que han ganado, a fin de que maduren en el Señor.

Jesús le dio tres admoniciones a Pedro: “Apacienta mis corderos”, “Pastorea mis ovejas”, “Apacienta mis ovejas”. Tanto los corderos como las ovejas maduras necesitan que se las alimente y se las dirija, y esa es la tarea del pastor espiritual. ¡Es una responsabilidad abrumadora ser pastor del rebaño de Dios! (1 Pedro 5:2). Hay enemigos que quieren destruir el rebaño, y el pastor debe estar alerta y ser valiente (Hechos 20:28-35). Por naturaleza las ovejas son ignorantes e indefensas, y necesitan la protección y dirección del pastor.

Aunque es cierto que el Espíritu Santo equipa a los hombres para que sirvan como pastores, y los da a las iglesias (Efesios 4:11ss), también es cierto que cada creyente individual debe ayudar a cuidar del rebaño. Cada uno de nosotros tiene un don o dones que el Señor nos ha dado, y debemos usar lo que él nos ha dado para ayudar a proteger y a perfeccionar al rebaño. Las ovejas son propensas a descarriarse, y debemos cuidarnos y a animarnos unos a otros.

Jesucristo es el Buen Pastor (Juan 10:11), el Gran Pastor (Hebreos 13:20,21), y el Príncipe de los Pastores

(1 Pedro 5:4). Los pastores de las iglesias son pastores subalternos que deben obedecer a Jesús al ministrar al rebaño. *Lo más importante que el pastor puede hacer es amar a Jesucristo*. Si verdaderamente ama a Jesucristo, el pastor también amará a sus ovejas y las cuidará tiernamente. La palabra griega que se usa para “ovejas” en Juan 21:17 quiere decir *ovejas queridas*. Las ovejas de nuestro Señor son queridas para él y él quiere que sus ministros las amen y cuiden personalmente. (Ve en Ezequiel 34 una acusación del Señor contra los pastores infieles, los dirigentes de Judá). El pastor que ama al rebaño lo servirá fielmente, cueste lo que cueste.

3. Somos discípulos: Sigamos a Cristo (Juan 21:18-25)

Jesús acababa de hablar de la vida y ministerio de Pedro, y ahora habla de la muerte del discípulo. Esto debe haber sido un golpe para Pedro, que el Señor hablara de su muerte en forma tan abierta. Sin duda Pedro estaba regocijándose por haber sido restaurado a la comunión y al apostolado. ¿Por qué traer a colación su martirio?

La primera vez que Jesús habló de su propia muerte Pedro le reprendió (Mateo 16:21ss). Pedro incluso había usado su espada en el huerto en un inútil intento de proteger a su Señor. Sin embargo Pedro se había jactado de estar dispuesto a morir por el Señor Jesús. Pero cuando la presión aumentó, Pedro fracasó miserablemente. (A ti y a mí probablemente ¡nos habrá ido peor!) Cualquiera que se rinde para servir al Señor debe sinceramente confrontar ese asunto de la muerte.

Cuando una persona resuelve esta cuestión de la muerte, ¡ya está lista para vivir y servir! La propia muerte de nuestro Señor es un tema que se repite en el Evangelio de Juan. Jesús sabía que su hora vendría, y estaba preparado para obedecer

162 Transformados en Cristo

la voluntad del Padre. Nosotros, como seguidores suyos, debemos rendirnos, tal como él se entregó por nosotros, y ser “sacrificios vivos” (Romanos 12:2), que están listos para ser ofrecidos (2 Timoteo 4:6-8), si esa es la voluntad de Dios.

Anteriormente esa mañana Pedro se había ceñido y saltado de prisa para ir a la orilla para ver a Jesús (Juan 21:7). Vendría el día cuando alguien se haría cargo de Pedro, y lo mataría (ve 2 Pedro 1:13,14). La tradición nos dice que Pedro sí fue crucificado, pero que pidió que lo crucificaran cabeza abajo, porque no era digno de morir exactamente como había muerto su Maestro.

Pero la muerte de Pedro no sería una tragedia; ¡glorificaría a Dios! La muerte de Lázaro glorificó a Dios (Juan 11:4,40), y también la muerte de Jesús (Juan 12:23ss). La gran preocupación de Pablo era glorificar a Dios, fuese por la vida o la muerte (Filipenses 1:20,21). Ese también debería ser nuestro deseo.

Las palabras de nuestro Señor: “¡Sígueme!” deben haber puesto nuevo gozo y amor en el corazón de Pedro. Literalmente Jesús dijo: “Continúa siguiéndome”. Inmediatamente Pedro empezó a seguir a Jesús, tal como lo había hecho antes de su infame negación. Sin embargo, por un momento *Pedro quitó sus ojos del Señor Jesús*, error que cometió por lo menos en otras dos ocasiones. Después de la primera gran pesca milagrosa, Pedro quitó sus ojos del Señor y *se miró a sí mismo*. “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lucas 5:8). Cuando estaba andando sobre el tormentoso mar con Jesús, Pedro quitó su vista del Señor y empezó a ver el viento y las olas, e inmediatamente empezó a hundirse (Mateo 14:30). Es peligroso mirar las circunstancias en lugar de mirar al Señor.

¿Por qué quitó Pedro la vista de su Señor para mirar hacia atrás? Oyó que alguien les seguía. Era el apóstol Juan,

que también estaba siguiendo a Jesús. Pedro cometió otra tontería y le preguntó a Jesús: “¿y qué de éste?” En otras palabras: “Señor: acabas de decirme lo que me va a pasar a mí; ahora, ¿qué le va a suceder a Juan?”

El Señor reprendió a Pedro y le recordó que su tarea era seguirle, no entrometerse en las vidas de otros creyentes. Cuidado cuando quitas tus ojos del Señor y ¡empiezas a mirar a otros creyentes! “Puesto los ojos en Jesús” debería ser la meta y práctica de todo creyente (Hebreos 12:1,2). Distraernos con nosotros mismos, nuestras circunstancias u otros creyentes, es desobedecer al Señor y posiblemente desviarnos de la voluntad de Dios. Mantén tus ojos de la fe en él y sólo en él.

Esto no quiere decir que menospreciamos a los demás, porque en efecto tenemos la responsabilidad de cuidarnos unos a otros (Filipenses 2:1-4). Más bien, quiere decir que no debemos permitir que la curiosidad por otros nos distraiga de nuestro andar con el Señor. Dios tiene su plan para cada uno de nosotros, inclusive planes para nuestros amigos y compañeros creyentes. Cómo Dios obra en las vidas de los demás es asunto de él. Nuestra tarea es seguirle según nos guía (ve Romanos 14:1-13).

Recuerdo un tiempo crítico en mi propio ministerio cuando me sentí perturbado debido a que otros ministros al parecer estaban recibiendo la bendición de Dios en abundancia, mientras que parecía que yo estaba recogiendo una escasa cosecha. Debo confesar que les envidiaba y quería que Dios me hubiera dado los dones que ellos tenían. Pero el Señor tiernamente me reprendió, diciéndome: “¿qué a ti? Sígueme tú”. Fue justo el mensaje que necesitaba, y he tratado de acatarlo desde entonces.

Jesús no dijo que Juan viviría hasta que él volviera, pero eso es como algunos creyentes lo entendieron

164 Transformados en Cristo

equivocadamente. Los creyentes confundidos han causado más problemas que los incrédulos. Interpretar mal la Palabra de Dios sólo crea malos entendidos en cuanto al pueblo de Dios y los planes de Dios para su pueblo.

Sin embargo, hay algo enigmático en lo que el Señor dijo respecto a Juan. Jesús no dijo que Juan viviría hasta que él volviera, ni tampoco dijo que Juan moriría antes de su venida. La realidad es que Juan vivió más que todos los demás discípulos, y en efecto presencié la venida del Señor cuando vio las visiones que relató en el libro de Apocalipsis.

Al llegar Juan al final de su libro afirmó nuevamente la credibilidad de su testimonio. (Recuerda, *testimonio* es un tema clave en el Evangelio de Juan. La palabra, o sus derivadas, se usa cuarenta y siete veces.) Juan fue testigo ocular de estos eventos y los escribió para nosotros según lo guió el Espíritu Santo. Podía haber incluido mucho más, pero escribió sólo lo que el Espíritu Santo le dijo que escribiera.

El libro termina con Pedro y Juan siguiendo juntos a Jesús, y él los llevó directamente al Libro de Hechos. ¡Qué emocionante fue recibir el poder del Espíritu Santo y dar testimonio de Jesucristo! Si ellos no hubieran confiado en él, ni hubieran sido transformados por él, ni le hubieran seguido, habrían seguido siendo pescadores en el Mar de Galilea, y el mundo jamás habría oído de ellos.

Jesucristo sigue transformando vidas hoy. Dondequiera que el Señor halle un creyente dispuesto a someterse a su voluntad, escuchar su palabra y seguirle, empieza a transformar a ese creyente y a lograr cosas impresionantes en esa vida. También empieza a hacer cosas maravillosas por medio de esa vida.

Pedro y Juan han estado fuera de escena (excepto por sus libros) por siglos, pero tú y yo todavía estamos aquí.

Estamos tomando el lugar de ellos y el de Jesús. ¡Qué responsabilidad! ¡Qué privilegio!

Podemos triunfar sólo si le permitimos que nos transforme.

¡Seamos transformados en Cristo!

“¡El poder para llegar a ser...!”

En los primeros capítulos del Evangelio de Juan, vemos a dos grupos de hombres que luchaban respecto a su fe y en ocasiones se tropezaron. Pero después de la muerte y resurrección de Cristo, las cosas cambiaron—porque llegaron a ser transformados por el poder y la palabra de Cristo.

Al completar su estudio del Evangelio de Juan (ve Vivos en Cristo para los comentarios sobre Juan 1-12), el Dr. Warren Wiersbe explica cómo tú puedes llegar a ser una persona transformada. Aquí él contesta importantes preguntas tales como:

- ¿Cómo obra el Espíritu Santo en mi vida?
- ¿Cuál es el secreto para que la oración sea contestada?
- ¿Por qué es tan importante la comunión cristiana?
- ¿Cómo puedo vencer sobre las presiones de este mundo?

“Mas a todos los que le recibieron...les dio potestad de ser hechos...” (Juan 1:12)

Esta invitación es para ti para que experimentes, personalmente, transformación y triunfo en la vida.

Transformados en Cristo



Literatura Evangélica para el Mundo Hispano

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, Florida 33870

ISBN 1-932607-21-8

WW-516